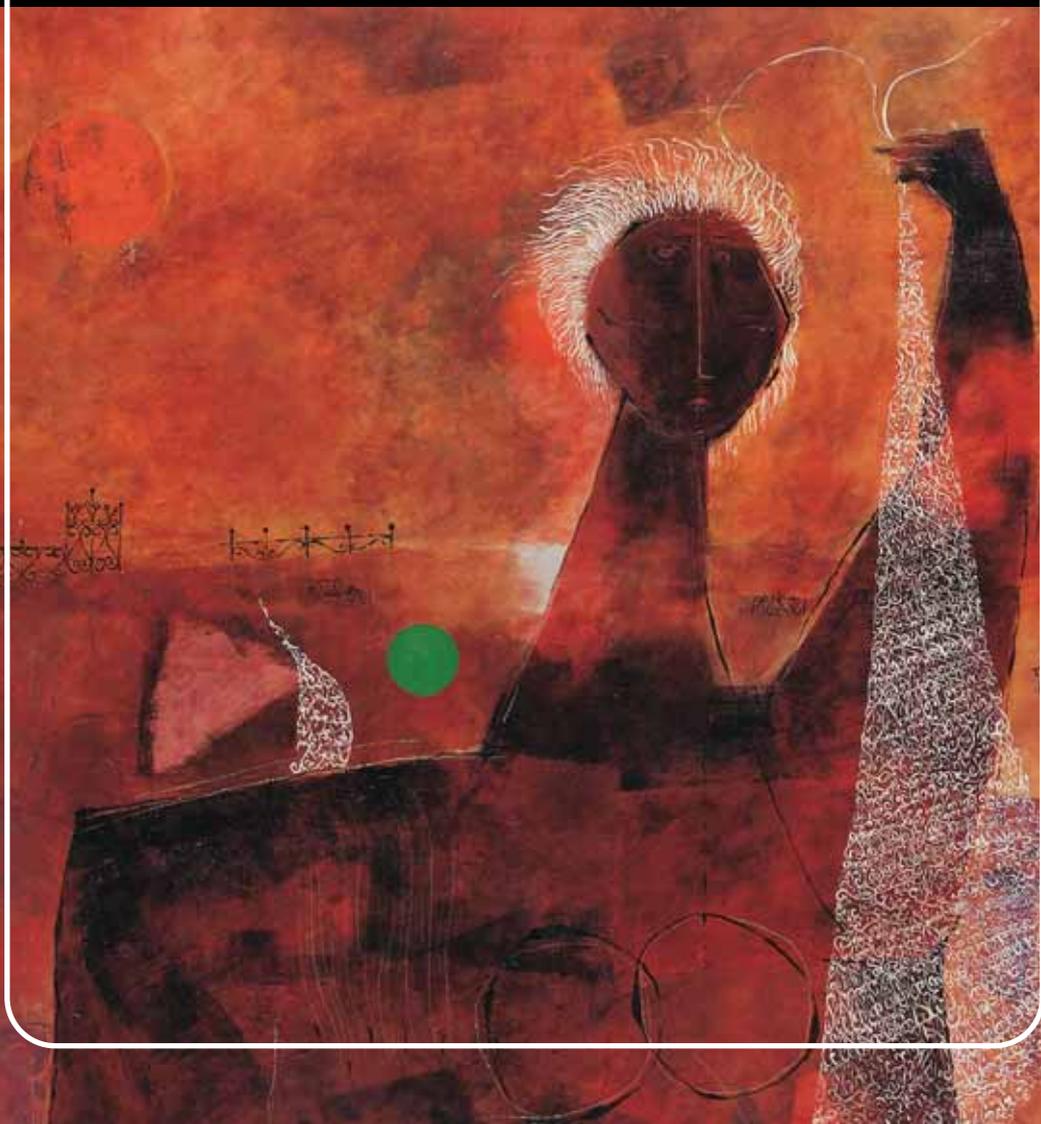


Ramón Palomares

VUELTA A CASA



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974, en el momento del auge de una literatura innovadora y exitosa, ha estado llamando constantemente la atención acerca de la necesidad de entablar un contacto dinámico entre lo contemporáneo y el pasado a fin de revalorarlo críticamente desde la perspectiva de nuestros días.

El resultado ha sido una nueva forma de enciclopedia que hemos llamado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente entendido como conjunto apto para la transformación social y cultural. Sus ediciones, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas, y los apoyos de cronologías y bibliografías básicas sirven para que los autores clásicos, desde los tiempos precolombinos hasta el presente, estén de manera permanente al servicio de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diversas temáticas latinoamericanas, a fin de proporcionar los fundamentos de nuestra integración cultural.

República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho

VUELTA A CASA

MINISTERIO DE LA CULTURA

Francisco Sesto Novás
Ministro de la Cultura

Rosángela Yajure Santeliz
Viceministra de Identidad y Diversidad Cultural
Emma Elinor Cesín Centeno
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural
Iván Padilla Bravo
Viceministro de Cultura para el Desarrollo Humano

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Britto García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Roberto Hernández Montoya
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

Ramón Palomares

VUELTA A CASA

233

PRÓLOGO, CRONOLOGÍA
Y BIBLIOGRAFÍA

Patricia Guzmán

EDICIÓN REVISADA POR

Ramón Palomares

NOTAS

Víctor Bravo

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

© Ramón Sánchez Palomares
© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006
Colección Clásica, N° 233
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf 50120068004556 (rústica)
Depósito legal lf 50120068004488 (empastada)
ISBN 980-276-433-7 (rústica)
ISBN 980-276-432-9 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistente Editorial: Shirley Fernández
Edición al cuidado de: Shirley Fernández
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistente de Producción: Jesús David León
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Corrección: Belinda Téllez y Gabriela Gazzaneo

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Ricardo Waale
Preprensa e impresión: Editorial Arte
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRÓLOGO
RAMÓN PALOMARES.
EXISTIR EN LO INNOMINADO

I

VOZ ORIGINAL que acentúa la belleza y la riqueza del idioma castellano es la de Ramón Palomares. Voz de un elegido llamado a devolverle a la palabra “la preciosidad de su esencia y al hombre la morada para que habite en la morada del Ser”, como dijese Heidegger¹. Voz que desanda y depone lo preconcebido—ideas, imágenes, palabras...—porque ha advertido que lo importante es hacer presencia, alcanzar a ser inundado por ella para que acaezca el misterio y se manifieste el silencio inminente de las cosas.

Voz extraña y sencilla destinada a ensanchar el horizonte de la poesía venezolana del siglo XX y a resonar en las dos orillas del Atlántico. Extraña en virtud del acento profético, cabalístico y mágico que el poeta le imprime. Y sencilla, porque el arduo trabajo lingüístico al que se entrega Ramón Palomares, en pos de la reconstrucción del universo a través del lenguaje, parte de su necesidad de nombrar su lar, su paisaje primigenio—y lo primigenio y esencial que se revela en las voces que arrastra el viento entre los pueblos andinos de Venezuela.

Palomares se propuso aquilatar las voces de esa gente, aquilatar el sonido de lo vivo que allí palpita, convencido de que la fuerza del poema radica en que éste suscita en nuestro oído un puente para alcanzar el alma. Quizá por ello haya escrito Hanni Ossot que cuando somos tocados por

1. Martín Heidegger, “Carta al Humanismo”, *Imágenes, voces y visiones*, Hanni Ossot, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987, p. 89.

una realidad, cuando una realidad se ha de hacer presencia en nosotros, ocurre una transformación en la mirada, ocurre que “la mirada hacia lo exterior y lo interior se aúnan hacia la escucha más profunda”².

La preocupación de Palomares por hacer posible que tanto el alma como el paisaje encuentren expresión más allá del lenguaje estructurado del poema, a saber, en otra instancia, en una instancia donde poema y vida sean una sola cosa y donde, esencialmente, la vida sea experiencia del oído y del ojo; tal preocupación, decíamos, se convierte en obsesión y, por sobre todo, en misión de vida y en misión creadora. El poeta es enfático en señalar: “El oído tiene mucho más efectividad que el ojo”³, aseveración emparentada con las del filósofo francés Gaston Bachelard: “Oír es más dramático que ver” y “El hombre un ‘tubo sonoro’... un ‘junco parlante’”⁴.

Importa dejar establecido, en virtud de acceder de manera nueva y de la forma más legítima posible al problema de la mirada en la obra de Palomares, que su insistencia en invitarnos a agudizar nuestra capacidad de escucha, convencido como está de que gracias al oído podemos acceder a otros niveles de la realidad, lo conduce a supeditar y condicionar la visión. Digamos que el poeta asume como urgencia el acto de oír para poder luego levantar su voz o hacer escuchar la voz de los otros, de los paisanos de Boconó, Chejendé, Betijoque, Escuque y demás poblados de los Andes; pero no menos cierto es el hecho de que en sus poemas no es explícita la tarea que cumple el ojo, no porque Palomares desdeñe el poder de éste, sino que comulga con el relato de sentido bíblico y originario, según el cual cuando la luz se esparce sobre el mundo para descubrirnos sus maravillas, lo primero que hace el poeta no es ver sino escuchar voces. Toda visión nos trae una voz que debemos escuchar.

2. *Ibid.*, p. 89.

3. Ramón Palomares, “Asumir la libertad del poema”, *Caballito del diablo* (Mérida), N° 1 (1976), p. 1.

4. Gaston Bachelard, *El aire y los sueños*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 281.

II

Para Ramón Palomares el acto más acorde, más fiel y natural de relación que le está destinado tener como escritor con la palabra escrita, se le da como oyente, se inicia con la audición, y no a través de la imagen visual de la palabra escrita. Estima que un poeta se da más en el orden de la palabra sonora pues allí puede concentrarse y expresarse en su totalidad el valor afectivo del sonido. Para corroborarlo, bastan las primeras líneas de su poema en prosa “Esta historia comienza”, retomado por Palomares para integrarlo a este libro en el que bajo el título *Vuelta a casa* reúne textos que ha transitado en los últimos quince años y que traslucen el tablero sobre el que erige sus imágenes y compone historias, poemas...

Esta historia comienza con sus vacas y caballerizas, su olor a bosta, su techumbre de palma seca. Es temprano, casi como para que todo se levante en ligera niebla y frío. Entonces se escuchan las primeras voces. Hay en el vaho del cuerpo un sabor a sueño y bostezo. Tenemos un calor húmedo y amoroso en estos trapos y mantones, en la lona de catres y la densa y seca paja y plumas de almohada, pero sobre todo en las voces. Voces de ordeño, madrugada con nombre de luceros y mariposas. En el aroma de boñiga y café, el sonido de pasos y tropiezos, algo cae. Y aun las últimas estrellas, el brillo empecinado, cuando el mugido y el murmullo, el susurro, la orden, el Sí y el No buscan entre las ubres la densa miel, la miel lactescente.⁵

Su historia y el vivir comienzan cuando se escuchan “las primeras voces”. El calor húmedo y amoroso con el que amanecen se posa “sobre todo en las voces”. Y habitan la casa, la despiertan, la amanecen, “el sonido de pasos y tropiezos”. El vivir, el amanecer, el despertar viene “con el mugido y el murmullo, el susurro, la orden, el Sí y el No”.

Todo en su poesía, todo en la poesía de Palomares se enmarca en un decir, en un tono de admonición y también de celebración. Elegías y fiestas. Bautizos y entierros. Pérdidas y hallazgos... se transparentan en cada uno de los trece libros que ha editado y que en pos de referir cabalmente su obra

5. R. Palomares, “Esta historia comienza”, texto inédito, mimeografiado.

de seguido mencionaremos, intentando aprehender la esencia de cada uno de ellos y el ánimo con el que les concibiese Palomares.

Desde el primer día –cuando habitábamos *El reino* (1958)– y hasta el día del regreso –con *Vuelta a casa* (2006)–, luego de hacer renacer el mundo en el canto primigenio de los bienaventurados habitantes de las montañas andinas (desdoblándose en las voces que cantan y como uno más de los que escuchan, en *Paisano*, 1964) y a la vez, interesado en dar con una estructura formal de mayores dimensiones que le permitiera depurar la artificiosa solemnidad que envuelve los temas históricos, oficia las *Honras fúnebres* (1965) de un hombre desencantado ante el poco sentido que se le diese a su gesta; y más tarde, viaja para despedirse de Ulloa, Guaicaipuro, entre fantasmas, espejos y presagios en el sitio de *Santiago de León de Caracas* (1967) –atreviéndose a imprimirle sentido estético a asuntos de la historia.

Bastaba de dramas y se fue hasta Boconó para compensar su corazón escuchando *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* (1969), y sucedió que recibió el llamado de su tía Polimnia y otras tías y retías, y hubo de estar en el umbral para despedirse de su madre, de Laurencio, en *pleno verano y dándole de beber a su alma* para decir *Adiós Escuque* –con tanto arte en ese su decir que recibiría entonces el Premio Nacional de Literatura (1974).

La naturaleza continuó hablándole entre *El viento y la piedra* (1984), como colibrí, búho, halcón y desde el muro que tendrá escrita *una flor con amarillo torpe y ceñudo*. Y se sumergió en las aguas enigmáticas, y hasta fantásticas, de las regiones equinociales para apropiarse de la voz del barón Alejandro de Humboldt y recomenzar la travesía del expedicionario alemán por estas *Alegres provincias* (1988) –haciendo gala de sus facultades encantatorias. Con *Lobos y Halcones* (*Antología*, 1997) igualmente tuvo que darse cita con los suyos, y asido a la más alta de las alas que se desplazaban por el firmamento contempló, “al compás de aquella música tristísima, y no sin cierta nostalgia y sin tantico de dolor, la procesión de aquel Domingo de Ramos”. De pronto, vemos al poeta viendo al “animal rojizo/ bañándose con aire nuevo/ estrenando su fuerza (...) No ayer No mañana Sólo su imagen y bramido/ Perseguido de su gran esplendor/ sólo espacio para su hambre, pasto salvaje y viento...”.

La sola mención –fraccionada e involuntariamente descontextualizada que acabamos de condensar en tres párrafos– viene a ilustrar cuánto compromete emocionalmente la voz de Ramón Palomares toda lectura, y torna más fácil de entender el interés de la crítica y de los creadores por comprender el uso que hace Palomares de los recursos literarios y sobre todo de los recursos espirituales de que dispone el hombre que va siendo, a orillas de la tradición y la cultura en la que le ha sido dado existir.

“... Ante un universo de verdades a veces elementales pero sugerente y ante un lenguaje de muy nuevas y acaso inusitadas posibilidades de creación” nos situó Palomares con *El reino*, según observara Guillermo Sucre inmediatamente después de la publicación del libro. Y añadía: “Radicalmente sensual, poseído por los goces y destellos de la materia, pero sin complacencia alguna en lo puramente deleitable, no elude tampoco el planteamiento de otros temas más comprometedores y determinantes: una cierta angustia ante el tiempo, una indudable ironía ante el transcurso de la vida”⁶.

Guillermo Sucre (se) interrogó sobre cuál sería el futuro del poeta, y avanzó que si bien su lenguaje podía parecer abandonado en la sintaxis, anti-lírico y casi primitivo, “Palomares no sólo tiene perfecto dominio expresivo sino que aspira también a superar todo ese juego formalista y todos los énfasis en que se ha complacido gran parte de nuestra poesía. Su idioma poético juega con las más variadas posibilidades, elíptico, directo al mismo tiempo, real y místico; renueva los giros más prosaicos y los prestigia con una gracia y ternura inusitadas”⁷.

Como “real y místico” e impregnado de “una gracia y ternura inusitadas” distingue Sucre el idioma poético de Ramón Palomares, gracias quizá a su entrañamiento con el aire para hacerse pájaro y para que el pájaro se haga en él:

Tú asumes el pájaro y lo encuentras como un espíritu del bosque. No porque lo diga Keats o lo diga Shelley sino porque tú lo sientes así. Entonces, oyes la

6. Guillermo Sucre, “*El reino* de Ramón Palomares”, *Papel Literario de El Nacional* (Caracas), (21 de agosto de 1958), p. 8.

7. *Ibid.*

tierra cantando en un pájaro. Ahora, ¿qué estás oyendo? Estás oyendo la tierra. Otros estarían oyendo el pájaro, pero uno está oyendo el pájaro y está oyendo la tierra, porque es lo que fluye de verdad. No es artificioso que uno esté oyendo la tierra a través del pájaro. Lo que estás haciendo es una comprensión más vasta. Es un hecho poético fundamental que escapa al hecho intelectual, meramente intelectual o meramente del conocimiento lingüístico, de lenguaje. Cuando tú tratas de salir del lenguaje, que el poema se salga, se vaya del lenguaje, que no sea el lenguaje, ya tú estás adquiriendo la libertad del poema. Ese es un hecho fundamental. Tú tienes que salirte del poema como lenguaje, y entrar en el poema como vida, como visión, como sensación, como aire, como piedra, como roce.⁸

Salir del poema como lenguaje y entrar en el poema como vida, como visión permite recordar la “Visión preparatoria” que ha quedado escrita en el “Apocalipsis”: “Yo, Juan, hermano de ustedes, con quienes comparto las pruebas, el reino y la perseverancia en Jesús, me encontraba en la Isla de Patmos, a causa de la Palabra de Dios y por haber proclamado a Jesús. Se apoderó de mí el Espíritu, el día del Señor, y oí a mis espaldas una voz que sonaba como trompeta: ‘Escribe en un libro lo que veas...’”⁹. Palomares no sólo escribe en un libro lo que ve, no cabe duda de que escribe lo que oye con sus oídos y lo que oye en sus visiones, porque el mirar de Palomares es un mirar de místico o de mago o de hechizado o de niño en perenne estado de ensoñación.

Podemos afirmar ahora que Palomares escucha con los ojos. Cada poema suyo es pura música que puede ser vista por el ojo, por un ojo de mirada remota que es, no la mirada que atrapa y posee lo real, sino la más pura no tocada por el afán de conocer, la mirada que la filósofa española María Zambrano definirá como: “Una mirada sin intención y sin anuncio alguno de juicio o de proceso. La mirada que todo lo nacido recibe al nacer y por la cual el naciente forma parte del universo”¹⁰. Mirada de primera vez, mirada encantada, encantamiento, imagen que al ser visualizada canta en nosotros, imagen que se deja oír.

8. R. Palomares, “Esta historia comienza”, texto inédito mimeografiado.

9. “Apocalipsis”, *La Biblia latinoamericana*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1972, p. 367.

10. María Zambrano, *Claros del bosque*, Madrid, Seix Barral, 1977, p. 133.

No es otro el caso de la poesía de Palomares. Podría decirse de él lo que Bachelard dijo de Víctor Hugo: sus visiones son las visiones de un oyente. Así, más que expresar una mirada de las cosas, el poeta expresa la voz de las cosas. Pero eso no significa que el Ser –así el hombre, así el poeta mismo– y el Animal –así el Halcón, así el Gavilán, así el diminuto Borococo–, que miran en cada uno de los libros de Palomares no tengan acceso a lo Abierto; sucede que el animal –las más de las veces un pájaro– y el poeta, apenas abren los ojos escuchan el sonido de las esferas, escuchan el magnífico silencio de lo Abierto, y convoca, desde su *Adiós Escuque*, a un gavilán:

Venga conmigo y sea un gavilán que aspira al cielo
Suba aquí Tenga sus ojos en el viento¹¹

Ese gavilán debe “tener los ojos en el viento” para no sólo verlo todo; también para, por la gracia del viento, poder oírlo todo.

Cabe mencionar la lectura que hiciera el poeta y crítico Ennio Jiménez Emán para rastrear las huellas que dejó en la obra de Palomares la simbología nahualt, la presencia del gavilán en su poesía. De entrada, el autor especifica que Palomares trata de aprehender y asimilar la realidad de la misma forma como lo hace el campesino de los Andes: “... a través del asombro, de la contemplación extática”. Y agrega:

reconcilia lo más puro de cierto simbolismo prehispánico (nahualt) con su propio mundo, con la visión de un animismo poético ligado a lo telúrico. Esta vivificación y actualización del simbolismo del mundo amerindio que se opera constantemente en la poesía de Palomares, no es producto de referencias librescas o estetizantes. El simbolismo nahualt, creemos, viene dado en la poesía no de una manera conceptual, sino desgajado en las imágenes como parte de sus facultades asociativas y de memoria, imágenes que podrían presentarse en su mente y transmitirse a su escritura poética, lo cual hace que más allá de su inmediata transparencia, guarden una significación oculta.¹²

11. R. Palomares, “Gavilán blanco de las sierras”, *Poesía*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1977, p. 238.

12. Ennio Jiménez Emán, “La simbología nahualt y la aprehensión de la naturaleza en la primera parte de *Paisano* de Ramón Palomares”, *La Oruga Luminosa* (San Felipe) N° 2, p. 34.

Ese gavilán pues se nos presenta como un símbolo solar, no cabe duda. En consecuencia, como una posibilidad de visión. Pero, en esa búsqueda de la luz para, sugerimos, “ver la voz o las voces que le hablan”, el astro rey también será convocado por Palomares:

Corrí y estuve con él
allá donde están las cabras, donde está la gran casa.
Yo andaba muy alto entre unas telas rojas
con el sol que hablaba conmigo
y nos estuvimos sobre un río
y con el sol tomé agua mientras andábamos
y veíamos campos y montañas y tierras sembradas
y flores
cantando y riéndonos¹³

En palabras de Jiménez Emán, con este poema:

ya el poeta encara decididamente sus deseos de ser como el astro rey (Huitzilopochtli) para superar, simbólicamente, la dualidad inherente a la naturaleza humana y obtener la luz interior que le proporcionará la aprehensión de la realidad natural (...) Esta identificación hombre-sol la encontramos, en su forma primitiva, en la cosmogonía nahualt cuando se hace mención a Quetzalcoatl, la serpiente emplumada, mezcla de pájaro y serpiente, del espíritu y la materia, cuando se transforma en energía luminosa. Quetzalcoatl, “guía luminoso del perfeccionamiento interior”, “señor del conocimiento”, como dice Séjourné, asciende a los cielos convertido en el planeta Venus para enseñar a los hombres una vía de purificación y de equilibrio interior.¹⁴

Es eso lo que intenta continuamente Palomares, la purificación y la armonía interior, es decir, una voz pura y clara, proveniente de las revelaciones, de las visiones que le deparan la luz, el sol, sus ojos. Así, la luz que llega a los ojos del poeta de inmediato deviene en palabra, poesía, como lo indica el Evangelio según San Juan: “En el principio era el Verbo, y frente a

13. R. Palomares, “El sol”, *Poesía*, p. 88.

14. E. Jiménez Emán, *loc. cit.*, p. 36.

Dios era el Verbo, y el Verbo era Dios: Él estaba frente a Dios al principio. Por Él se hizo todo y nada llegó a ser sin Él, y para los hombres esta vida es luz. La luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no pudieron vencer la luz”¹⁵.

Ese vínculo entre palabra y luz en el que hemos venido insistiendo es reconocido por el filósofo francés Gilbert Durand como de naturaleza muy primitiva y universal. “Los textos upanishádicos asocian constantemente la luz, en ocasiones el fuego, con la palabra, y en las leyendas egipcias, como entre los antiguos judíos, la palabra preside la creación del universo”¹⁶. En tal sentido y para ilustrar el tan estrecho vínculo entre palabra y luz, Durand cita la técnica tan propia del tantrismo de recitación de los “mantra”, “palabras dinámicas, fórmulas mágicas que por el dominio del aliento y del verbo domeñan el universo. Esta recitación conduce asimismo a fenómenos de videncia, encontrando de esta forma la imaginación, el isomorfismo aire-palabra-visión (...) Eliade compara además este doble sentido con el lenguaje ‘secreto’ de los chamanes e incluso con el proceso metafísico de toda poesía, tanto de la palabra evangélica como del ‘error’ semántico grato a Verlaine”¹⁷.

Pues bien, la crítica ha identificado en la obra de Palomares una “visión mágica”. Visión que María Elena Maggi entiende como “muy similar a la que se expresa en las literaturas de los primeros pobladores de América Latina y de las comunidades indígenas de hoy; la búsqueda intencional de una expresión americana próxima a la poesía precolombina y a textos que nos legaron antiguas culturas, como el *Popol Vuh* y *Los libros de Chilam Balam...*”¹⁸.

Todo ello viene a recordarnos la ineludible vinculación, desde el origen de los tiempos, entre magia, religión y poesía. Y no queda duda de que Palomares se inscribe en ese linaje de poetas que no distinguen entre una y otra manera (quizá en vez de manera, mirada) de abordar la existencia. El poeta, es evidente, retoma las prácticas mágicas que su pueblo integra a las prácticas religiosas y echa mano de fórmulas de encantamiento y de

15. “Evangelio según San Juan”, *La Biblia latinoamericana*, p. 150.

16. Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 145.

17. *Ibid.*, pp. 146-147.

18. María Elena Maggi, “La poesía de Palomares: viva expresión de una cultura”, *Poesía* (Valencia-Venezuela), N^o 75-76 (1989), p. 71.

ensalmo como del tono de la oración para levantar sus poemas. Para tal fin, el modo imperativo y la proclamación se le convierten en las mejores vías de expresión.

El poema “Con los ojos perdidos en tus montañas” viene a ilustrar esa dinámica propia a la mayoría de los poemas de Palomares según la cual lo expresado, lo dicho a viva voz o con voz viva acaba de ser visto o está siendo visto o está siendo descubierto pero –he allí, insistimos, lo que distingue su trabajo en lo que a la mirada se refiere– no por el ojo que mira sino por el ojo que oye pues la realidad toda está cubierta por ese manto que, inspirados en María Zambrano, podría ser llamado “auroral”, es decir, hecho de una luz a través de la cual anhelamos “...que se abran los ojos y miren y digan; que sean no solamente órganos de visión y de adaptación al medio, ¿a cuál?, sino de transmisión y de llamada por encima de todo –por encima de todo obstáculo y distancia. Los ojos con los que miramos lo que ni siquiera sabemos si es visible, con los que rastreamos la presencia y la figura. Aurora de la palabra son los ojos que así miran”¹⁹.

El referido poema apela a la visión mágica del poeta desde el título mismo, con el que Palomares asume que sus ojos están “perdidos en tus montañas”, es decir, encantados, hechizados..., en las maravillas del paisaje:

Vertederos

Se mira el monte y se ve el yelo

Fulgor y más fulgor Ya se ven descender

Puros Peces/ Nomás peces de altura/ Peces que son

haces del alba y celo de la nieve

Arrebatando/Arrebatando

Véanlos caer/ Muchachitos/ Pichones/ Garcitas/ Emplumados de celofán

y emplumados de amanecer

Celajes de agua y agua de celajes que

el frío ha dejado caer

Vengan/ Vengan pues

Díganle háblenle a mi corazón A mis ojos de mejor

Ver

Al dormido que duerme en este pecho

19. M. Zambrano, *De la aurora*, Madrid, Ediciones Turner, 1986, p. 76.

Benditos Reinos/ Cielos Quietos y Acodados Soles
Miren quién viene a saludar los sembradíos abiertos y los mantones
de resiembra
júntense pues anúdense en sus aguas cielo y tierra
Con la humedad recién nacida queden para siempre
Labrantíos Terroneras de bueyes Techos de brasa fría
donde las palomas y el viento se entreveran.²⁰

Palomares ha oficiado un rito, ha fundado mundo, ha juntado el arriba y el abajo (“anúdense en sus aguas cielo y tierra”), ha bendecido la tierra (“Benditos Reinos/ Cielos Quietos y Acodados Soles”), ha revuelto los ríos para que los peces vengan hasta nosotros, salten y se junten en el cielo con el pájaro (“Puros peces/ Nomás Peces de altura”), y a todos y a todo pide que le hablen (“Díganle háblenle a mi corazón”). Pero en ese salmo, ensalmo u oración que pronuncia Palomares no sólo pide que le hablen y que le digan a su corazón, también quiere que le digan y que le hablen “A mis ojos de mejor Ver” y “Al dormido que duerme en este pecho”.

Como afirma el catedrático Paul Borgeson:

El sueño en Palomares, luego, no es irreal: es parte de esa realidad amplificada y animada, de fronteras perceptuales borrosas y hasta inactivadas, poblada de muertos vivos (...). Versos como estos participan de un dualismo importante: obligan al lector a suspender la incredulidad de su intelecto y formación cultural, a aceptar un estado intermedio de existencia, “mágico” si se quiere, con algo de sueño y de “realismo” reconocible, fundado siempre en la visión de un mundo no más alegre que el otro sino rehecho a la anchura de una imaginación tan vasta como el ambiente físico y espiritual que la alienta, fundiendo en un solo plano lo onírico y lo real: una reivindicación poética de los dos. Los versos de Palomares subrepticamente atacan su desvinculación; activamente poetizan su fusión.²¹

Finalmente, entre las muy escasas veces que el poeta hace referencia explícita a la mirada, aparece, bajo la figura de un pájaro también, Polim-

20. R. Palomares, “Con los ojos perdidos en tus montañas”, *Poesía*, p. 237.

21. Paul Borgeson, “Lo andino y lo universal en la poesía de Ramón Palomares”, *Romance Languages Annual 1990*, Nueva York, Purdue Research Foundation, 1991, p. 352.

nia, alma y corazón purísimos, de alguna manera ángel tutelar, de todas las maneras posibles representación de lo sublime y de lo cándido, de lo aún no manchado, de lo que puede ver a lo Abierto:

Pajarito que venís tan cansado
y que te arrecostás en la piedra a beber
Decíme. ¿No sos Polimnia?
Toda la tarde estuvo mirándome desde No sé dónde
Toda la tarde
Y ahora que te veo caigo en cuenta
Venís a consolarme²²

Los ojos del pájaro, los ojos de Polimnia, lo miran, lo miran “desde No sé dónde” –¿desde lo Abierto? El vínculo con ese pájaro, el vínculo con Polimnia, se establece a través del diálogo, a través de la voz, pero también a través de la mirada que intercambian. Porque Palomares le reconoce cualidades al mirar, reconoce que mirar puede ser “un vicio”:

El vicio de mirar inventaba y los inventos eran sacar tigres del árbol²³

El poeta necesita los ojos para seguir soñando, para seguir entregado a la maravilla y a la revelación de lo Abierto. Resulta que, volviendo a Bachelard como en los párrafos iniciales de estas páginas, la conexión de Palomares con las cosas, las representaciones que él se hace de las mismas, son consecuencia no de un mirar con los ojos sino de un estado que compromete a todo su ser y no sólo lo obliga a cerrar los ojos aunque permanezca despierto con disposición absoluta de alcanzar una visión. Ese estado lo distingue con precisión Bachelard llamándolo *ensoñación*, estado que en nada se asemeja al sueño nocturno en la que el soñador es sólo “una sombra que ha perdido su yo”, por el contrario, “la ensoñación es una actividad onírica en la que subsiste un resplandor de conciencia. El soñador de ensoñación está presente en su ensoñación”²⁴.

22. R. Palomares, “Pajarito que venís tan cansado”, *Poesía*, p. 183.

23. “Yo mismo pasando por esta vida”, *ibid.*, p. 217.

24. G. Bachelard, *La poética de la ensoñación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 226.

Sucede con Palomares que en sus ensoñaciones, como diría igualmente Bachelard, “recupera la ensoñación natural, una ensoñación del primer cosmos y del primer soñador. Y el mundo deja de ser mudo. La ensoñación poética reanima el mundo de las primeras palabras”²⁵.

Esta misma dirección siguen las reflexiones del ensayista Igson González Quitral al referirse a la “religación universal” de la mirada del poeta: “La fuerza de la reveladora visión de Palomares, de su mito poderoso, está tanto en que puede conmovernos con la contemplación extática de la profunda religación universal –única vía elevativa a disposición del hombre, vía que supone la propia anulación en favor de una fusión con la grandeza cósmica–, como en que puede estremecernos con el barrunto de la inflexible, ciega, inalterable ley que rige el mundo”²⁶.

Son atributos venidos de la ensoñación y del oído los que revisten la visión de Ramón Palomares. Sus ojos parece haberlos intercambiado con los del pájaro para irse guiando más por las razones que le proporciona el aire que por otras razones. Por ello cabe repetir su aseveración: “El oído tiene mucha más efectividad que el ojo”. Y agrega, para vincular nuevamente su destino al del pájaro: “Entonces, claro, si tú tienes un oído bien desarrollado... Lamentablemente, es difícil para uno. Sin embargo, uno se pone pendiente de los sonidos, a tratar de acariciar los sonidos, de asumir ese pájaro que está cantando ahora, el aire, el sonido del aire en los ramazones, asumir eso. Asumir un poco para cambiar de comunicación, de sentido de comunicación, que casi todo el sentido de comunicación es visual y si no es visual es del lenguaje”²⁷.

Palomares ha asumido al pájaro en él: su ojo y sobre todo su canto.

III

Palomares escucha el magnificante silencio cósmico porque es un elegido, un poeta dueño de una expresión inusualmente decantada, pura, diáfana,

25. *Ibid.*, p. 283.

26. Igson González Quitral, “Ramón Palomares: el creador de una gran metáfora”, *Poesía* (Valencia-Venezuela), N^{os} 75-76 (1989), p. 83.

27. R. Palomares, “Asumir la libertad del poema”, *Caballito del diablo* (Mérida), N^o 1 (1976), p. 1.

genuina, méritos de gran valía sí –inicialmente mencionados–, que han sido cultivados por el poeta tanto a través de sus incesantes y apasionadas lecturas de autores universales de la literatura en idioma castellano y otros clásicos de la literatura, como de sus incursiones profundas en el campo de la filosofía, las religiones, la mitología, la antropología, la psicología, la geografía, la historia.

Se impone advertir que la frescura, vivacidad y autenticidad que caracterizan la poesía de Ramón Palomares evidencia, a juicio de Ludovico Silva, “una gran capacidad de trabajo lingüístico-poético nada común. Su poesía es, en este sentido, una mezcla de inspiración y experimentación”²⁸ y así lo reconoció Silva desde que leyera el primer libro de Palomares, *El reino* (1958), poemario que mucho valoró junto al resto de los integrantes del jurado que le confiriera el Premio Nacional de Poesía en 1974, fecha para la cual el poeta ya había publicado dos de sus también piezas clave: *Paisano* (1962) y *Adiós Escuque* (1974), y el primero de la línea para celebrar episodios nacionales de orden histórico, *Honras fúnebres* (1965).

Silva además destaca que “a partir de su libro *Paisano*, la experimentación con el lenguaje de la lejana provincia andina (Escuque en particular) adquiere visos de una auténtica renovación de lo que se conocía hasta entonces como poesía ‘folklórica’”²⁹.

Con gran lucidez y agudeza el ensayista hace una salvedad de máxima importancia para no incurrir en el repetido equívoco de reducir la poesía de Palomares a la categoría de poesía popular y/o folklórica: *Paisano* y *Adiós Escuque* pueden ser calificados como poesía folklórica, únicamente “si le damos a este vocablo una noble connotación de rescate de lo más íntimo y precioso del habla popular de una región de Venezuela”³⁰, logrado a partir de un trabajo ya no de enumeración e inventario sobre-adjetivado del entorno natural y cultural, sino de reconstrucción del universo por medio del lenguaje, que requirió de Palomares una exigente labor de revisión crítica y el incesante ejercicio de sustracción de cualquier arista que desar-

28. Ludovico Silva, *La torre de los ángeles*, Caracas, Monte Ávila, 1991, p. 153.

29. *Ibid.*

30. *Ibid.*

monizara entre los versos de la partitura de la sensibilidad con la que se apropia de lo diminuto pleno.

Lo diminuto pleno comparece destellante en la poesía de Palomares y se suma a los rasgos que le han ganado un lugar único en la órbita de la poesía hispanoamericana. Lo diminuto pleno de latencias de lo que está por ser, de lo por nacer y perecer al unísono, le “llaman”, arroban los ojos de su corazón y retumban en su alma porque él tiene la facultad para lograr que al interior de cada verso aun lo más pequeño y ordinario se recubra de enigma y maravilla, y el sólo hecho de verlos pase a justificar la vida.

Vértice de su poética ha sido el Nombrar. Nombrar antes que decir, nombrar antes que escribir, nombrar lo visto, lo entrevisto, con halo de primer día y como celebración. Sucede que lo que Palomares nombra adquiere otras bondades, cualidades inéditas e inaprensibles más destellantes de fulgor y eternidad mientras nuestros ojos las escuchan en el nombrar de Palomares –que es también un nombrarse y un atisbo de existir en lo innominado.

En su nombrar intenta el poeta hallarse y hallar consuelo ante la humana angustia del estar aquí que le signa. Porque la pureza en el decir, el apego a lo sencillo, y el afán por sustituir lo oscuro por lo diáfano y la alegría, que connotan la poesía de Palomares se sostienen sobre su excepcional capacidad de penetración en las raíces del lenguaje y del idioma español para apuntalar la valía del habla popular, de los vocablos regionales, así como sobre su especial don para transparentar las grandes preguntas de orden ontológico y decantarlas en imágenes plenas de sabiduría, mas no de árido saber.

La poesía de Palomares no puede ser reducida a categorías como lo nacional, autóctono, popular, americano, paisajístico. Estamos ante una obra de alcance universal, escrita con el espíritu asido a la palabra poética, y en estado de gratitud ante la fortuna de intuir en el horizonte los relámpagos de lo bello.

El peso existencial en el decir de Palomares, la marca de elegido para morar en las entrañas de la poesía, son palpables en cada uno de sus libros. Por ello insiste en proveernos de la posibilidad de, al menos, existir bien en la duración del poema, bien en el intervalo de silencio en el que se cruzan

sobre las pequeñas colinas evocadas en sus textos el gonzalito y el cardenalito, bien cuando se integra a una bandada de alas y se pregunta:

¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura
cuando acontece el descenso de ciertas aves?³¹

Y prosigue como “El viajero”, el peregrino que es, y dice:

Y al paso de los astros
las gentes muertas
y los hechos desaparecidos
brindo a los ocultos
los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
diciéndome que no retornaré más nunca.
Y así comienzo mi aventura.³²

Aventura, viaje, peregrinar, errancia son los desplazamientos de orden emocional que comulgan con admirable armonía en el escribir –y vivir– la poesía de Ramón Palomares. Y sobre esas coordenadas fue orbitándose el *ars* poético en el que gravitan todos sus libros y que en el citado fragmento del primer poema de *El reino* no demoran en llamar la atención en virtud de que llevan a escena la humanísima tensión, la ineludible dialéctica entre nacer para morir, ser y desvanecerse, dolor y dicha.

De allí que Palomares procure aliviar al errante, al viajero, al huérfano con el que recorre el sendero que le ha sido dado transitar, con el sonido más suave y puro de cada palabra, cantándole al lado más claro del vivir para conjurar lo que Jesús Sanoja Hernández ha llamado la “terribilidad del existir”, terrible que el poeta sortea entre diminutivos, *desyerbando el patiecito* de su casa y el patiecito del universo todo.

Desyerbar, quitar, arrancar del lenguaje lo impuro, lo impostado, también se propone el poeta y las inflexiones de su voz son las de la ternura, y

31. R. Palomares, “El viajero”, *Poesía*, p. 13.

32. *Ibid.*, p. 14.

quedo es el tono con el que dialoga con todo y con todos. Erróneo sería confundir su querer saber, la necesidad manifiesta en gran parte de su obra de indagar en las causas del llanto del ave, del Otro, con un interrogatorio, con una interpelación. Él se acerca al dolor de la “Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores”, para canjearlo por alegría, para consolarla:

—Cantá por qué estás tan sola
por qué llorás,
por qué te metites donde estamos los tristes³³

Cada sílaba, cada palabra, cada silencio, cada latido que constituyen el alfabeto del poeta, datan de esos días en los que corría por las polvorientas calles de Escuque:

Corría por el mundo (y el infinito era algo ciertamente parecido al crepúsculo) y el mundo se reflejaba a cada instante en esa landa: una hoja de cambur que se mueve; el pensil de un tallo de cambur, sus flores de un blanco esperma, dentadas y acosadas siempre de abejas golosas, de moscardones y abejorros sedientos que disfrutaban bajo los labios grandes y ansiosos del cansado pétalo maternal...³⁴

Bajo esos mismos labios aprendió Palomares a distinguir las palabras más acordes con el resto de las historias que conforman el cuento de su vida, a distinguir los legítimos acordes de la música callada al ritmo de la cual gira el mundo y aletean los pájaros. A hurgar en el lenguaje, a hurgar en el alfabeto que le enseñó Polimnia, para asir el lado sensible de cada palabra.

En tal sentido, cabe recurrir al ideario de Dante para destacar, como lo hace Philippe Sollers, que la función del lenguaje es “a la vez ‘racional y sensible’ (...) ‘Pues si fuera solamente racional no podría pasar de un lugar a otro; si fuera solamente sensible, no podría recibir nada de la razón ni asentar nada en la razón. Ahora bien, este signo en verdad es probablemente el noble sujeto del que hablo, pues es cosa sensible en calidad de so-

33. “Páramo”, *ibid.*, p. 105.

34. *Idem*, “Textos inéditos”, *Poesía* (Valencia-Venezuela), N^{os} 75-76 (1989), p. 49.

nido, pero racional cuando se lo ve significar varias cosas según nuestra voluntad”³⁵.

Infiere el crítico francés que el signo al que alude el autor de la *Vita Nuova* se halla en “el soplo de Dios” y se traduce en palabra por vez primera sólo en labios de Adam, dado que “la palabra pertenece de entrada al primer hombre que le dirige la palabra a Dios y habla para glorificar el don que le ha sido dado”³⁶.

Tal y como lo hizo Dante, quien mientras lo alaba no olvida agregar que: “y por lo tanto esta alegría que sentimos en traducir en acto ordenado nuestras afecciones naturales se puede creer existe en nosotros por divinidad”³⁷.

El humano andar se hará entonces más difícil. Con cada paso dado, debe el poeta justificar el supremo don de nombrar, nombrar sin manchar el nombre de Dios. Por ello Palomares sigue la luz de su corazón y se aferra a lo que bulle del manantial, del agua clara, del silencio y del sigilo de los montes y de los chaos. Así, dando continuidad al cuento, al canto de su vida, (se) advierte:

Pero deja que sean los grillos, su misterioso silbo, el rincón polvoroso y huracán o la quietud, que respondan a esos otros ruidos sombríos de aires alados y perros nocturnos por donde fluye la tiniebla. El ciempiés inadvertido y la pollilla suelen escribir sonidos como el tallo al crecer, como las raíces y estrellas errantes. Tú lo escuchas, pequeño, tú los sigues con ojos de asombro más, mucho más lejos, en el sitio de verdades ocultas que tu corazón puede seguir y que las pupilas del sol no podrán hallar nunca.³⁸

Tempranamente, siendo apenas un niño, se cercioró Palomares: las “verdades ocultas” deberán seguir siéndolo para honrar a quien, con los labios cerrados, ha de contar y cantar el relato, al autor de este milenarío relato cuyo inicio y fin fue, es y será inédito. Igson González Quitral da fe de ello: “Y una gran metáfora es también la obra de Palomares: tras su mundo sin-

35. Philippe Sollers, *La escritura y la experiencia de los límites*, Caracas, Monte Ávila, 1992, p. 24.

36. *Ibid.*, pp. 19-20.

37. *Ibid.*, p. 20.

38. R. Palomares, “Madrugadas”, *Poesía* (Valencia-Venezuela), N^{os} 75-76 (1989), p. 51.

gular hace señas la impronta, el misterio, para siempre manifestándose –y para siempre ocultándose– en la visible apariencia de sus entes”³⁹.

Frente a esa dinámica de ocultación y desocultación que se activa en medio del vasto silencio que circunda la vida, Palomares no se paraliza y desde que despierta se dispone a ser asaltado por alguna revelación entre lo tanto ignorado, para resguardarlo en su balbuciente corazón y compartirlo con todos. Sí, sólo el balbucir es posible, el humano balbucir sobre el que arroja luz María Zambrano cuando interroga: “¿Será el balbucir la señal de ser criatura y que la criatura no pueda constituirse sin estar, de algún modo, dándose a sentir en ese ‘no sé qué’ aunque solamente de ese modo la sostenga? Toda criatura pudiera estar sustentada por ese ‘no sé qué’ como si fuera su aura o su lugar natural, su atmósfera. La Aurora misma balbucea, al par que todas las criaturas, un reino de luz y color, de espacios no habidos, de tiempos poblados por un no se sabe qué”⁴⁰.

No hay posibilidades de saber; sólo, y por momentos, posibilidades de escuchar –para sosiego de Palomares–, porque, añade Zambrano:

Tiene el lenguaje su sonar, y en su forma más elemental se impone sobre el mismo decir; mas se da una degradación de este sonar que puede hacer de una pura canción una musiqueta, mientras que algunas canciones destinadas a ser musiquetas son salvadas y transformadas por la voz de alguien que canta con alma, más que con escala, en verdadera música y en la música que sostiene sobre el abismo a la palabra y es palabra inolvidable, es decir trascendente.⁴¹

Tal la música que torna inconfundible la obra de Palomares, quien, como ha dejado sentado la crítica, se nutre del habla de su pueblo, se hace eco del voceo que le es propio, se apoya en los diminutivos: pero ello no supone únicamente aguzar el oído, reproducir sonidos. Ha tomado nota(s) de las medidas de la caja torácica de sus paisanos, así como de la intensidad de su suspirar. De no haber sido así, sus libros serían poco más que un hermoso anecdotario, “musiqueta”.

39. I. González, “Ramón Palomares: el creador de una gran metáfora”, *Poesía, ibid.*, p. 85.

40. M. Zambrano, *De la aurora*, p. 78.

41. *Ibid.*, p. 80.

Sorteó el peligro Palomares: su voz y las voces de los paisanos fueron afinadas con los acordes del alma, sus cuerdas vocales fueron templadas para alcanzar los silencios más puros, la escala más elevada, “la palabra desprendida del lenguaje”, como la concibe Zambrano: “... la sola, pura, límpida palabra, [que] nos parece que haya sido salvada de las aguas primeras, de esas amargas y también dulces, como todo lo amargo, es nacida de un mar que ya no alcanzamos a ver, que no estamos ciertos que nos bañe todavía, mas alguna vez podría ser que un instante inesperado naciera de nuevo para volverse otra vez, reiteradamente, a esconder”⁴².

Límpida palabra, límpida voz nos deja oír Palomares en “Solita”:

Después que pasaron las rozas, después que pasaron
me dejaron carbón y ceniza y los que estaban conmigo
murieron.

Vos que sabés cantar, que estás en las hojas del cerezo,
—Ponéte de niebla, ponéte de espuma y de riíto, decí:
“Vení de lejos, velo de lluvia,
llegá sol,
y con la cola sobá esas pendientes, tocá
las piedras moradas”.

A la de la neblina,
paloma tortolita,
decíle a los cantores, decíle a los que corren su boca por las ciudades,
decíles que me voy por la noche, por la medianoche me voy.⁴³

Entre la niebla y la espuma que siguen el curso del “riíto”, a orillas de éste, es bautizado Palomares, impuesto de un “velo de lluvia”, seguido de un cortejo de *tortolitas*, y de “los cantores”, gentes simples —¿o aludirá el poeta a las aves del mismo nombre, en virtud de poseer una siringa muy desarrollada?—, gentes de boca limpia, que entonan sencillas melodías, sin impostar sus voces, sin imposturas en el corazón, advertidos de lo efímero de la pala-

42. *Ibid.*

43. R. Palomares, “Solita”, *Poesía*, p. 107.

bra pura, advertidos del retorno de ésta a lo innombrable, y del retorno del poeta a la oscuridad.

De ese –eterno– retorno rinde testimonio –rindiéndole tributo también–, Luis Alberto Crespo: “... él es [Escuque], en la niebla y la montaña que siempre fue; y quiero de nuevo su decir de frases achicadas por el diminutivo con que habla la inocencia, dichas, en lugar de escritas, como si alguien –Palomares, tú–, se volviera un puro nombrar la vida en la muerte y en lo perdido, juntando cuanto ha sido suspirado y tocado sobre la tierra”⁴⁴.

Y no puede acallar Crespo su deseo de glorificar la obra de Palomares: “Déjame decirlo por ti; que se parezca al arroyo la promesa de estar en el mundo como un adiós. De tu voz surge y transcurre nuestra vida, y tiene una carrera de cola de pájaro/ pájaro mosca/ Colibrí negro/ y baila y baila sobre el trébol/ junto al berro tierno/ Habla como el ala de una cigarra/ Dice que es Páramo, Cielo verde/ Copas.../ y se va”⁴⁵.

Como se va todo ser, Palomares echa a andar con el corazón exaltado, en busca de la primera luz del día, entonando un canto religioso, el canto que lo religa con los suyos, con el lugar, Escuque.

IV

“Elegía a la muerte de mi padre” comparte con “Mi padre el inmigrante” de Vicente Gerbasi un destacado sitio en el horizonte de la poesía venezolana contemporánea. La figura del padre muerto adquiere un peso totémico y horada el corazón del poeta, quien apenas se repone del anuncio de las voces de la comarca, que se comportan como una especie de coro (quizá infernal, venido de abajo, y no celestial). Son ellos los que primero se percatan de la muerte del Padre:

Esto dijéronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo⁴⁶

44. Luis Alberto Crespo, “Prólogo”, *Lobos y Halcones (Antología)*, Ramón Palomares, Caracas, Tierra de Gracia, 1997, p. 9.

45. *Ibid.*, p. 23.

46. R. Palomares, “Elegía a la muerte de mi padre”, *Poesía*, p. 18.

Le dijeron entonces huérfano. Le dijeron que se quedó solo. Le dijeron que su origen es ahora una vasija vaciada. Sucede que a Palomares, como nos lo hace ver María Zambrano, no sólo le cuesta aceptar cualquier donación o gracia, cuando está dispuesto a hacerlo necesita que lo que él ha de recibir le sea dado, al mismo tiempo, a los que con él van⁴⁷. Por lo tanto, cuando se trata de una pérdida, de la gran pérdida, los otros, los que con él van, han de avisarle que ha quedado con las manos vacías, han de avisarle que utilice sus manos:

Ábrele los ojos por última vez
y huélelo y tócalo por última vez.
Con la terrible mano tuya recórrelo
y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte
y entreábrele los ojos por si pudieras
mirar adonde ahora se encuentra⁴⁸

Con esas manos con las que le abre los ojos, con esas manos con las que lo toca, con esas mismas manos Palomares abre y toca las palabras de manera de que le devuelvan el olor del muerto, de manera de que le señalen a dónde fue el muerto. Sí, siempre debemos insistir en que en la obra de Palomares importa esencialmente el decir (que no lo dicho). Sí, siempre debemos insistir en que en la obra de Palomares, junto con el decir, se impone grandemente la naturaleza, de otra manera, de una manera que nada le debe a los románticos, que nada le debe a los nativistas, que todo le debe a ese riesgo suyo, particularmente suyo, de hablarnos, de escribir para que oigamos; inclusive para que oigamos a la naturaleza.

Pero no sólo está de duelo Palomares. Con él están de duelo los gavilanes y el jaguar:

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre
y en el aire dejaron pedazos de sus alas,
con una sombra triste y dura se perdieron

47. M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 107.

48. R. Palomares, "Elegía a la muerte de mi padre, *Poesía*, p. 18.

como amenazando la noche con sus picos rojos.
Las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado
a la noche se han abandonado como corderos⁴⁹

Pero no puede haber duelo, no se puede rendir tributo a lo perdido, a lo amado que se fue, sin flores. Sin el olor de las flores:

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas
toma el perfume entre las manos y échalo lejos,
lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado⁵⁰

Ha entrado la oscuridad. Se ha roto el cielo y por ese orificio se escapa la luz, regresa la noche, la noche perenne de nuestra orfandad:

Ya entró la terrible oscuridad
y con sus inexorables potencias cubre las bahías
y hunde las aldeas en su vientre peludo.⁵¹

Todo se ha tornado oscuro. El aire está lleno de alas rotas. Huele a mirto y a rosa blanca y a cadáver. Ahora el poema, el canto elegíaco, parece tornarse más ronco. La voz del poeta, que también es la voz del Otro que le dice, que le dicta, es más enfática, más frenética, hasta más triste pues llega la hora del entierro del Padre, de meterlo debajo de la tierra y quemarlo para que se vuelva ceniza, como se vuelven algunas aves en mayo.

El poeta toma aliento y se formula delante de nosotros el gran poema, se abre la nuez del poema. Hay algo allí de resignación, de resignación amorosa —la pasividad por amor de la que nos habla María Zambrano. No se sabe a dónde conducen los caminos. Es preferible entregarse al sueño. Dormirse, dormirse nuevamente —¿alguna vez estuvimos despiertos?

Vendrá otro poema, “Conquistas”. Aquí el Padre debe ser recuperado de la oscuridad. Se le suplica:

49. *Ibid.*

50. *Ibid.*

51. *Ibid.*

Retorna de la inmensa sombra.
Baja de la ciudad amurallada por la noche.
Desciende la montaña alzada sobre nuestras pupilas⁵²

Y así quedará para siempre el Padre de Palomares, susurrando como el aire, hecho brisa, hecho niebla. Recordemos que es de la niebla de donde todos hemos salido, de donde salió todo poeta: “El poeta, escribe María Zambrano, sigue quieto esperando la donación. Y cuanto más tiempo pasa menos puede decidirse a partir. Y cuanto más se demora el regalo soñado, se vuelve hacia atrás. Parte, entonces, pero es hacia atrás; se deshace, se desvive, se reintegra cuanto puede, a la niebla de donde saliera... ‘Y pobre hombre en sueños/ siempre buscando a Dios entre la niebla’”⁵³.

Y el Padre de Palomares regresará en los poemas “El patiecito” y “Diario de mi padre”, de *Adiós Escuque*, regresará para “reclamarle”:

No fuiste lo que yo soñé
—Ay padre
lo que soñaste se lo llevaron las aguas⁵⁴

El hijo, el huérfano, ha sido poeta. Porque sólo siendo poeta puede seguir sobreviviendo en su orfandad y seguir escuchando el diario reclamo que le llega desde las tinieblas de Escuque, entre las tinieblas de la Noche Oscura del Alma.

En *Paisano* ya el poeta no dirá Padre, dirá “abandonado” a lo largo de tres conjuntos de tres poemas cada uno que deja para cerrar dicho libro, bajo el gran título de “Gran leyenda”: “Abandonado”, “Muerte” y “Baile”. ¿Escribe Palomares la gran leyenda del huérfano, del abandonado, de aquél al que la muerte le arrancó el Padre? ¿Es necesario que el huérfano baile? ¿Debe el huérfano bailar la danza de la muerte mientras baila la dan-

52. “Conquistas”, *ibid.*, p. 22.

53. M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, p. 106.

54. R. Palomares, “El patiecito”, *Poesía*, p. 214.

za de la vida? Recordemos que Vicente Gerbasi, ese otro huérfano, pasó el umbral de una antigua casa de piedra:

...donde los niños festejan la muerte.⁵⁵

Ha pasado entonces la hora de la elegía. Pronunciada la elegía a la muerte del Padre, el hijo se ha quedado abandonado. No sólo se ha derramado la sangre paterna, no sólo se ha vaciado el cántaro de sangre familiar; ha aprendido el poeta que está solo frente al gran Ausente. Todo se hace ausente.

Oscuridad, noche, Noche Oscura del Alma, negrura, muerte... se tejen en un gran manto con el que se cobija el poeta; se integran en un gran halo que lo envuelve, para a veces estar triste, pero siempre, siempre, maravillado, inclusive, frente al enigma de la pérdida, y maravillado sobre todo frente a la fragilidad del existir. Maravillado siempre porque para él todo está por ser celebrado.

El tema de la muerte en Palomares, ha escrito José Barroeta, “debemos contemplarlo como un eje cuya misión reside en sostener y hacer girar sobre sí mismo un cuerpo lírico que reposa en un pasado y en un presente oscuro, iluminado, no obstante, por la devoción del poeta al universo natural y a sus figurativizaciones metafísicas”⁵⁶.

Ha transcurrido más de una década desde que el poeta José Barroeta definiese el gravitar del cuerpo lírico de Ramón Palomares, mas hoy, tanto como entonces, se sostiene cada una de las palabras con las que describiese tan extraordinario evento, un evento de orden Sideral, del orden de las Esferas, antes de los Tiempos y al final del Tiempo...

Fe de ello, certificado de confirmación, es el manojito de textos que Ramón Palomares seleccionó entre sus cuadernos, libretas, carpetas de cuero o de desgastada cartulina, para volver a estar con ellos y animarlos un tanto más o restarles sin arrancarles el alma. Grato proceso, revela. Exigente, sí, y ejercicio ineludible para él:

55. Vicente Gerbasi, *Los espacios cálidos, Obra poética*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, (Colección Clásica, N° 122), 1986, p. 113.

56. José Barroeta, *El padre, imagen y retorno*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992, p. 114.

Borro mucho, elimino, mi proceso de escribir conlleva esa corrección severa de los términos. Una frase puede pasar a una segunda parte, tercera o inclusive desaparecer. La dinámica de la corrección puede llegar a la transformación de todo el período, un sentido de la organización que cambia lo realizado desde el principio, pero sin que la idea se transforme. Me confío mucho en esos cambios. Casi no agregó sino elimino. Eliminar siempre es procedente, no agregar. Es muy grato el proceso, se corrige, se hala, se trastoca. No es tensión, es un trabajo inteligente, donde la intuición y el impulso primero ya están presentes, está atrapado el pájaro.⁵⁷

Con devoción iluminó lo que “reposa en un pasado y en un presente oscuro”, y transformando períodos bajo la influencia de su psique, organizó por “zonas” los poemas que dispuso para su vuelta a los lectores, haciendo más poesía de la poesía.

Nueve zonas nos aguardan entretrejidas con tres textos breves antes editados con otra perspectiva de espíritu. Los nombres de las zonas asoman poesía y van variando la longitud de onda de la luz y del canto del “pájaro atrapado” por Palomares:

Vuelta a casa / Quimera / Travesía y caminos, para recibir la compañía de Elegía 1830 / El viento y la piedra –reincidentes– / Aguas lustrales / Algunos amigos / Musa y Olvido / El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas –que aquí vuelve a rondar– y Siderales, desde donde nos llega el eco de una “Canción” con la que el poeta nos deja solos en el instante en que...

Dios ha levantado un pequeño ojo
en la más pequeña de las sombras
y asciende con su bella
en fulgor!⁵⁸

57. R. Palomares, *El canto del pájaro en la piedra*, Salamanca, Fundación Camino de la Lengua Castellana y Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2004.

58. *Idem*, “Casa”, texto inédito mimeografiado.

EPÍLOGO SOBRE EL *DECIR* DE PALOMARES

El nombre de Ramón Palomares pasa a formar parte de la Colección Clásica del catálogo de Biblioteca Ayacucho con esta edición que se inclina por una antología que supuso el regreso del poeta sobre sus propios pasos, tras la idea de entregar a los lectores “algo más que otra antología” y en consecuencia, integrar un conjunto de poemas, fechados en distintos años y concebidos en las más total libertad de espíritu, con el entusiasmo de celebrar la belleza de la sonoridad de las palabras y las ilimitadas posibilidades expresivas que se derivan del encuentro entre la palabra escrita y el sonido que el poeta intenta traiga ésta.

De las ilimitadas posibilidades que derivan de esa confrontación del poeta con la lengua, en medio de la página escrita, provienen los poemas que bajo el título *Vuelta a casa* (1992-2006) Palomares entrega ahora a los lectores y que me confiara, en común acuerdo con Biblioteca Ayacucho, para integrar a su *corpus* poético.

En tal sentido, esta edición reúne, en su versión íntegra, los poemarios *Honras fúnebres* (1962), *Paisano* (1964), *Santiago de León de Caracas* (1967), *Adiós Escuque* (1974), *Elegía 1830* (1980) y *Alegres provincias* (1988).

Paisano se incluye íntegramente en tanto que se ha convertido en el libro *summa* de la trayectoria creadora de Palomares; y *Honras fúnebres*, *Santiago de León de Caracas* y *Elegía 1830*, en virtud de no poder fracturarse la estructura secuencial episódica que lo sustenta, y sobre todo, el tono que les urde interiormente gracias a la poetización de dichos episodios, ahora deslastrados por Palomares de la sobrecarga metafóricamente que caracteriza el tratamiento de temas de la historia nacional. Más difícil aún resultaría fragmentar *Alegres provincias*, dada la cadencia de relato de viaje dialogado –con el expedicionario alemán Alejandro de Humboldt– de la que deriva.

De los títulos *El reino* (1958), *Adiós Escuque* (1974), *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* (1969) y *El viento y la piedra* (1984), se han seleccionado para este volumen los poemas más citados por quienes desde que Palomares publicase el poema “Elegía a la muerte de mi padre” (1955) dieron cuenta de la irrupción de una voz distinta, original,

llamada a renovar los parámetros del decir poético venezolano con alcance universal, y aquellos otros poemas que trazan el periplo vital y creador de Ramón Palomares.

El criterio que guió la estructuración del último libro de esta edición, *Vuelta a casa*, fue el de “zonas”, zonas a las que durante la experiencia de asir la idea o sonido o clima del poema, accediese Palomares, y que nombrara de manera altamente sugerente: *Vuelta a casa / Quimera / Travesía y caminos / Aguas lustrales / Algunos amigos / Musa y olvido y Siderales*.

Patricia Guzmán

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Esta edición comprende los poemarios completos: *Honras fúnebres*, *Paisano*, *Santiago de León de Caracas* y *Alegres provincias*. De los poemarios *El reino* y *Adiós Escuque* ofrecemos selecciones. Al poemario *Otros poemas* le fue agregado “La forastera”. El poemario *Vuelta a casa*, del que se ha tomado además el nombre para este volumen de la Biblioteca Ayacucho, contiene todos los poemas de la edición original, el poema *Elegía 1830*, selecciones de *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas*, *El viento y la piedra*, y varios poemas inéditos fechados luego de 2004.

Se han utilizado como base las ediciones Príncipe: *El reino* (Ediciones Sardo, 1958), *Honras fúnebres* (Ediciones de Venezuela, 1962), *Paisano* (Ateneo de Boconó, 1964), *Santiago de León de Caracas* (Ediciones de la Comisión del Cuatricentenario de Caracas, 1967), *El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas* (Ateneo de Boconó, 1969), *Adiós Escuque* (Universidad de Los Andes, 1974), *Poesía* (Monte Ávila Editores, 1977), *El viento y la piedra* (Empresas Grespán, 1984), *Alegres provincias* (Fundarte, 1988) y *Vuelta a casa* (Universidad de Los Andes, Ediciones Actual, 2004). También se ha usado como base *Antología poética de Ramón Palomares* (Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2004).

Las ediciones mencionadas fueron cotejadas con *Paisano* (Ateneo de Boconó, 1969), *Extrait des cariz de Caravelle. Monde Hispanique et Luso-Brésilien* (Toulouse) N° 321 (1979), *Lobos y Halcones* (Tierra de Gracia Editores, 1997) y *El reino* (Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2001), por el profesor Víctor Bravo y el poeta Ramón Palomares, con la colaboración

de Flor Miranda, para identificar omisiones y erratas ortográficas, tipográficas y léxicas, que han sido corregidas.

Para esta edición el autor ha incorporado algunas modificaciones tipográficas y léxicas: sustitución, omisión y adición de palabras, versos, dedicatorias. Asimismo, ha realizado cambios en la disposición espacial de ciertas estrofas y poemas.

B.A.

VUELTA A CASA

*A la memoria de
mi tía Polimnia, mi madre adoptiva,
Agripina, Filomena, Laurencio, Baudilia, Rómulo y José
y al amor de
Poli y Lauri,
Gonzalo, Leti... y Filomenita
como a la amistad que tan noble y cariñosamente nos acompaña
en esos imborrables seres, solidarios en la alegría y el desamparo
–amigos viejos lobos y gentiles dueñas–
dedica el autor*

*Mi reconocimiento y gratitud a Patricia Guzmán
por su dedicación y nobleza*

EL REINO

(1958)

*Dedico este libro a doña
Polimnia Sánchez de Olmos*

EL VIAJERO

Me permito mirar atrás,
tomar una copa y reír
en todo igual al cielo
y sus brindis de licor fino sobre mi cabeza.

Comienzo así la deliciosa fiesta
en que la feria
por mi corazón queda transformada
pura, despojada de los malos sabores
y los asuntos del desprecio.

Entro así,
parecido al ganador de las mañanas
o al pájaro que roba la última estrella.
Esta es mi suerte
y así quedan mis dados,
mis cartas entre los paños amos del azar.

Una mujer alumbra este rostro
desde muy lejos.
Hecho por su amor,
a ella debo el fulgor de mi boca
y el baño que en mis labios se brinda
cuando la belleza me posee.

Luzcan en mi elogio muy altos sus senos,
conviértanse en el lirio inmortal.

Amigos, desertores del salto,
huidos de las mieles del juego.

¿En qué parte, diseminados,
siembran los años de compañía
y lloran, por nostalgia,
las pequeñas glorias pasadas?

A cada día
el cielo se hace espeso
y andan lentas las naves.

Alarguemos este amor
y el único rocío de los besos.

Un brindis, un brindis para ti,
precioso amor ido,
o venidero
o de nunca jamás.

Y aunque muera esta rosa roja
y mi frente sea un día coronada por la rosa blanca
quedará en los aires un íntimo y purificado placer.

Por más que no me llamen los aires
estará el aroma vivo
y la alegría bordará la tierra.

Si no se conoce mi nombre
me llamo el viajero,
el que no alcanza a ser la flor trinitaria.

Pero hoy te poseo, sol,
no menos que las espumas
o los peces ocultos.

Tiempo hace que mi padre abandonara la ciudad,
pero mi presencia le da créditos.
Y, constantes,
las altas montañas derriban la luz,
y los caballos juegan sobre el oro
bajo el último sol.

Hermanos, qué lejos,
qué aire tan diferente respiramos hoy,
en tu boda
¿No hubo lágrimas?
¿No se manchó el traje de alba
ni hubo lluvia mientras se dormía?

¿Pensará alguien en nosotros
ahora, frente a la llanura,
cuando acontece el descenso de ciertas aves?

Qué larga la tarde
y dada a la meditación.
Pronto, al árbol que miro cerca de la noche
aparecerán densas riberas
brillantes hacia el cielo.

Por todo esto que peso
y comparo al paso de los vientos
veo que debo ser algo triste.

Pero en un instante soplo la nostalgia
y arranco de mí la alegría
como a la más bella flor de mi cuerpo.

Y al paso de los astros,
las gentes muertas

y los hechos desaparecidos
brindo a los ocultos
los desconocidos pájaros del rodeo próximo,
diciéndome que no retornaré más nunca.

Y así comienzo mi aventura.

SALUDOS

Saludos, precioso pájaro.
Y no abandones el oro de las plumas
entre aquellas nubes
ni pierdas el canto en el dominio de los truenos.
No sea que pases del cielo
y quedes preso en los astros.

De viajes cuánto se ha perdido,
cuánta ola estrellada en el acantilado,
mientras tus alas
robaban fulgores al poderoso perro del cielo.
Y cuánto de lluvias,
de verano, de hierba roja
por la implacable estación.
O de gris, nieblas y continuado fantasma
frente al joven enamorado de barcos.
Los vecinos perdidos,
el llanto de amigos
que he visto secar en paños
por olvidos e irremediable paso.
Ni qué decir de la muchacha
cuyo pecho hasta ayer fuera tan liso
y que luego se ha visto
como exquisito racimo.

Saludos.
Pero, amigo de viajes,
¿cómo poder contar las pérdidas,
ventas que se han hecho,
nuevas adquisiciones?

Y si la modesta familia
vende las posesiones de provincia
y compra apartamentos confortables,
¿no hemos vendido al corazón
y una y otra vez
cambiado los pareceres de conciencia
para entender mejor las noticias a la semana?
Y mientras tú por el pasado año
te entregabas a los aromosos cielos del norte,
aquí las muertes y los nacimientos
cambiaban las cuerdas del buque
y hacían trastabillar al viejo.
Y mientras robabas a ese perro
los bellos fulgores,
el oro para majestad en tus alas,
los cambios de ciudad,
las venidas al amor,
los cantos de una ilusionada nube
que nos ahogara en deseos
pintaban nuevas y extrañas figuras
en la quilla del buque.

Y entretanto no había más
que el incesante brillo
y el incesante batir de esas alas
sobre espumas y ciudades,
sobre campiñas y lejanas praderas;
más allá de las torres establecidas por la caída de noches.
No había más que esos ojos absortos,
fijos hacia el norte o el sur,
la cola firme,
a manera de timón,
y el impulso
y la ruta que algún hilo indicaba.

Y el cielo, y los aromas
de flores muertas o recién abiertas
y los aires cambiantes.

Y nada más había para ti, amigo de viajes;
las idas, los regresos
encontraban esas pupilas
quiétab, serenas, tendidas
en medio a las carreras que el cielo juega.

Saludos.

Apenas para ti hay tiempo de cantar
en el delicioso jardín
y sacudir en el estanque las alas
allí donde el viento no ha podido vencer.

ELEGÍA A LA MUERTE DE MI PADRE

Esto dijeronme:

Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele los ojos por última vez

y huélelo y tócalo por última vez.

Con la terrible mano tuya recórrelo

y huélelo como siguiendo el rastro de su muerte

y entreábrele los ojos por si pudieras

mirar adonde ahora se encuentra.

Ya los gavilanes han dejado su garra en la cumbre

y en el aire dejaron pedazos de sus alas,

con una sombra triste y dura se perdieron

como amenazando la noche con sus picos rojos.

Las potentes mandíbulas del jaguar se han abandonado,

a la noche se han abandonado como corderos

o como mansos puercos pintados de arroyo;

velos abrirse paso en el fondo del bosque

junto a los ríos que hurgan¹ su lecho subterráneo.

Y de esos mirtos y de esas rosas blancas

toma el perfume entre las manos y échalo lejos,

lejos, donde haya un hacha y un árbol derribado.

Ya entró la terrible oscuridad

y con sus inexorables potencias cubre las bahías

y hunde las aldeas en su vientre peludo.

1. "buscan" (1977).

Toma ahora el jarro de dulce leche
y títalo al viento para que al regarse
salpique de estrellas la tiniebla.
Pero aquel cuerpo que como una piedra descansa
húndelo en la tierra y cúbrelo
y profundízalo hasta hacerlo de fuego
y que el pavor se hunda con sus exánimes miembros
y que su fuerza descoyuntada desaparezca
como en el mes de mayo desaparecen algunas aves
que se van, errantes, y nadie las distinguirá jamás.
La joven vestida de primavera,
la habitante en colinas más verdes,
la del jardín más bello de la comarca,
la del amante de las lluvias;
la joven vestida de primavera se ha marchado,
inconstante, como los aires, como las palomas,
como el fuego triste que ilumina las noches.

Así pues:

Que tus manos no muevan más esos cabellos,
que tus ojos no escudriñen más esos ojos,
pues se cansa el caminante que en la cumbre se detuvo
y que al camino no pudo determinar su fin.
Pon sobre los lechos tela limpia,
arrójate como el vencido por el sueño
y como si fueras sobre los campos, sobre los mares,
sobre los cielos, y más, más, y más aún:
Duérmete, como se duerme todo,
pues el limpio sueño nos levanta las manos y
nos independiza
de esta intemperie, de esta soledad,
de esta enorme superficie sin salida.
Dijéronme:
Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.

Ábrele por última vez los ojos
y huélelo y tócalo por última vez:
como se toca la flor para la amada, tócalo;
como se miran los extraños mundos de un crepúsculo,
míralo;
como se huelen las casas que habitáramos un tiempo,
huélelo.

Ya los zamuros se retiraron a las viejas montañas
y también los lobos, las serpientes,
y no saldrán hacia los claros bellos de la luna
y no escucharán el canto de las estrellas silvestres
y no detendrán el suave viento que mueve las hojas.
Voltearon y se fueron y ya no quieren más las claridades,
las claridades que bailan serenamente en las copas.

Ya las flores nacidas anoche,
como el lirio, como la amapola, como la orquídea blanca;
las flores nacidas anoche han desaparecido
y sólo cuelgan con olores tristes de los gajos.

No mires más a los arroyos que se llevaron las aguas,
las de ayer, las de hoy, las de ahora mismo,
y por la lejanía no dejes vagar tu mirada
acuciada por el dolor de los pájaros presos,
por el dolor de quienes dejaron partir a la amada,
por el dolor de quien no puede marchar más nunca a su país.

Hace poco tiempo han pasado ante tus ojos
sobre la tarde gris, por el cielo inhóspito,
ciertas aves migratorias llenas de tristeza.

EL MONJE

Fastidiado por la suerte, ¿qué haría si no sentarme bajo las palmas
amargas de la habitación
rodeado por mis pérdidas y la gloria de mis condiciones?
Estarías aburrido de ir por las regiones bajo manto silencioso,
tranquilo y bello
donde el viento oponía sus rosas a tu mandato.
Y en la habitación, de improviso, alguien toca la puerta
y aquel que está acostado bajo el reino de hastío
hace entrar su huésped
igual que ave para encantar los ojos y atar a los yugos
un nuevo y vistoso buey.
¿No te entregaste con furioso amor al sexo de ese huésped inmortal?

Así bañaste las urnas de esa mujer,
de cabellos extensos como el cielo,
y permitiste que en la embriaguez de las lides, en grandes espasmos
derramara hacia todas partes sueño y nostalgia.

Hubieras divisado una inmensa candela
bajo los alabastros del muslo, cayendo, sin peso, a las inmortales
columnas del palacio azul,
y los hijos de locura, cantando, alegres o llorosos,
a través de tus habitaciones.

A esa manera estuve triste y solitario antes de su inclinación
en las rojas aldabas de mi cuarto
y después ¿he tenido culpa de mis hijos, errantes e inmortales,
que vagarán sobre los vientos y cometas?
Tu trabajo, señor que organiza, señor de los siete días,
estuvo en tu corazón a la manera como tenemos nosotros los sueños

de nuestra vida.

Andabas ocioso y ligero por los paños blancos de tu leche.
No conocías estar triste ni estar alegre
como el árbol que no conoce a los vientos.

Hasta hace un instante he sido desconocido, yo,
el que organiza en la tierra a sus gustos:
las rosas y el diamante
las mujeres y el caballo;
aquel que cumple sus sueños bajo la mano del sol.

Pues a veces, que el corazón está lejos de amor y que tus actos
no buscan a la mujer adorable,
parece que no estuvieras
y vas de uno a otro lado, por las calles oscuras al afecto,
sin importancia y sin ser, puesto que mucho de ello
está en los ojos de los demás.

En lo que nos rodea de nuestras vigiliass y nuestra muerte:
fundaciones de ciudades, amores y accidentes,
como también lluvias prolongadas y sequías;
y en lo que es para después:
ciudades deslumbrantes
y la luz y días felices;
en eso hemos estado,
hemos sido igual que el cabrito de las sierras.

Y tú, el joven de la llamarada
has cantado² entre mis íntimos
en cada palabra de odio y amistad
y cada luz de faros y risas de mujer.
Igualmente en aquella soledad del padre que murió en el jardín.

2. "cantando" (1977).

Entretanto el soberano repasa estas viñas que le somos.
Y sueños y deseos, nuestras vastísimas cabelleras,
–sus nietos–
y de manera semejante estos locos hijos del amor y la bella dama
–los últimos contemplados con perplejidad y susto.
Como el joven enamorado de Ariadna
boquiabierto en las noches de la llanura
con tantas estrellas en los ojos como burbujas a lomo de las olas
–allí su corazón amable calla y, después,
salta, sorprendido,
pues alguien ha espantado una de aquellas moscas azules.

¿No estuvimos así después del azar corrido en los límites celestes
cuando, divinos y poderosos, nos aventuramos
por aquellas praderas?

Monje poderoso:

Tu corazón es el único sol que no se desangra,
tu sueño es el destino y sus vicisitudes,
negras rosas –cruels o placenteras.

ERRANTES

A don José Olmos Sánchez

Las llamas cantan vestidas de azul
o curtidas al bronce de astros si la noche se ha fundado.
Henos aquí, de llegada, armados de gaviotas
y con especies índicas,
quitándonos la sal de playas y barcos perdidos en el ocaso.

Y qué te diremos acerca de los fondos del océano
y las lucientes corolas.
Y qué de las mujeres de pie alado en las riberas floridas,
con lengua encantada, habladoras del sueño.
Y la nostalgia que a manera de fino tejido
sobre las montañas amanece, deslumbrante a los ojos
del que mira desde la borda de *ferry-boats*
o que pasa, bañado en aguas de asombro
y envuelto en plumas ricas de ciertos pájaros
puramente marinos, cuyos nidos
flotan en las espumas.

Allá, perdidos en las praderas errantes
quedaron los caballos de una batalla
que sólo admitiera sangre de jóvenes.
Y en una parte triste del mar, entre corales,
el paso de caravanas cuyos carros se incendiaban
y esparcían oro hacia las flores y jardines de los navíos.

Amables fantasmas despejaron una y otra vez
los cielos de extraños cometas
apenas visibles bajo las Pléyades
y a la hora en que ellas despiertan.

Y estuvimos presentes cuando un bosque
bailaba envuelto en llamas y bajo la furia de sus tigres
–raros espectadores de majestad–,
tanto que permanecemos hasta la tarde
toda una eternidad, conmovidos por el movimiento
y la manera como las perlas ascendían, vestidas de fuego.

De uno y otro lado de los océanos
las silenciosas especies
emprenden travesías apacibles, pueblos
que aman la virtud de estar callados,
simplemente mostrando en las ondas el lomo altivo
y los nostálgicos ojos
y cubriendo con sus sueños el mar,
como otros dioses a quienes nada importa el deseo.
En aquellas rondas, enteras comarcas en marcha
a veces asustadas por el olor de un asesino distante.
Esperamos la llegada de una gran gente
vestida como en otras épocas la tierra,
hasta que en los girasoles arribaron
y se detuvieron sobre la hierba del coral,
con nieves sobre la frente,
desafiando lo que las águilas aman.

Su conversación fue animada
y las nubes estuvieron semejantes a ciertas ciudades
en el comienzo de la noche.
Nacen las islas sobre la pulida esmeralda,
apartando en círculos las gaviotas,
con sus grandes penachos y las plumas de aves radiantes.
Te asombrarían a la misma hora
esos lobos que de un lugar a otro de las riberas
cantan una suave melodía,
con sus hocicos pálidos por el amor.

Y allí mismo las jovencitas del río
revividas y puestas en la superficie,
delgadas y trémulas al abanico de las lunas,
bailando y saltando en las salientes,
con algas y violetas azules sobre los cabellos,
igual que otras estrellas en las alturas.

Lugares donde las ciudades ascienden desde el remoto:
fondo de los amores del mar que las volviera de los sueños.

Nos detuvimos una mañana a presenciar un puerto
que agonizaba al pie de altas montañas
y cómo sus piernas rojas iban vencándose con lentitud,
hasta terminar en el sordo chasquido del mar,
sus huesos otra hora altivos y relucientes.
Y en la caleta bramaban, perdidos,
los pequeños carboneros,
debatiendo sus últimas fuerzas en aquellos poderosos brazos
hasta que sólo quedaron azules gaviotas en la bruma
y cenizas celestes.
Y un poco más allá,
orgullosos palacios del mar se alzaron,
desafiantes y de magnífica postura,
con otras gentes del océano,
concedoras del alegre oficio que las aguas ocasionan
—y mirando los grandes espectáculos de lo terrible quedaron
desde sus bordas, vestidos como el tiburón,
hasta perderse en sus propias eternidades.

Y otras tierras y otros tiempos nos rodearían
con sus ritos: vimos los muertos ser desenterrados
y expuestos al sol,
bajo banderas poderosas, cuyos colores

recordaban las islas eruptivas, con volcanes
para desafiar al cometa y los lejanos retos de la llama.

De extensos cabellos errantes en los cielos
y con rostros amables,
aquellas esposas reclinadas en las rodillas de fuertes milicianos,
cuya muerte estaba prescrita como próxima en sus ojos
—y no se desasían de sus piernas,
atadas por el amor,
sino que volvían los ojos a las nubes de paso
con rogativas suaves,
dulces como incienso,
alargando aquel pequeño dinero que daba la tristeza
a cambio de viudez
—y más tarde todas las naves erraron por la muerte
en tanto que ellas extendían de uno a otro rumbo
los cabellos amargados por el llanto,
buscando en las casas invisibles aquellos miembros tersos y seguros.

Días amarillos en el amatista del mar,
pues dalias huidas de un jardín hundido en otras épocas
se habían sustraído al olvido
y estaba el océano como una bandeja,
honradora del cielo con tal presente
—ardían apaciblemente como las islas de aves.

Allí hemos pasado nuestro tiempo
en las radas mágicas donde los navíos cargan la noche
y el alcatraz toca con su pico amplio
en la zambullida, ajena a estas épocas.

EL NADADOR

Seas bello, joven nadador,
levantado sobre las aguas,
ajustadas tus piernas y cada brazo al muslo.
Bello como el mástil que alcemos al día soñado.

Ni tus cabellos sean irrespetados por el viento
ni tus labios tiemblen.
Más bien parezcas al sol,
divino en su postura, y, desnudo,
seas como rosa amanecida hoy para la aventura mortal.

Sólo un pájaro distinto
descendiente del más alto ramo del cielo
sea igual a tu cuerpo
en la maravilla del salto.
Al desafío de los aires
penetras sus dominios
y en la caída silbas tu cuerpo.
Ni una rápida estrella
igualaría esa delicadeza:
el arco mágico de tu pecho
que se abalanza al agua desconocida.

Seas impuesto sobre los voraces
y la gran injuria de la espuma
errante, sabia de otros odios,
no llegue a tu boca
ni entre a tu garganta como el leopardo de muertes.

Pase un navío cerca de ti,
bellas sus velas, altos sus mástiles,
con aves en derredor.
Y te sea descendida una embarcación de descanso.

Caiga del cielo un ramo salvador
y asido al fulgor de sus hojas
abrace el día siguiente.

O más bien te sea otorgada una isla
toda llena de la flor pasionaria.

Seas salvado, joven nadador,
hoy allí, frente a la casa del cielo.
Lejos sólo una llama, débil palma
preciada como salvación.

Las aguas caídas en los años pasados
no desconozcan al joven nadador

ni dejen de tejer sus paños en el día triste.
Y traiga el encanto dorados caballos
y el cielo de aquella ciudad
donde el invierno llora.
Baste para él el amor,
igual que antes bastara la margarita
para sus elevados misterios.
Y brille siempre el aire sobre él
y una luz sea sobre su cabeza.

Recuérdese para el joven nadador
los altos árboles
en los montes esbeltos y soberbios

a la hora de la muerte y la huida de aves celestes.
Quien fuera sueño de los días,
oro a los ríos,
recordador del sol;
bien va sobre las aguas
a terminar su corazón en los temibles hielos,
la garza helada de las alturas.

No bastan los ejercicios de esta adorada ribera,
se escuchan por el monte los terribles lobos.
No basta la contemplación:
Perseguidos, como la flor astromelia
igualmente asesinada.

Y en tiempos ya ajenos a la memoria
un resplandor devora su casa.
Aparece en su corazón un ramo,
una fragante maceta de lirios,
un apasionado y rebelde astro.

Un ave larga y radiante
pasa sobre los ojos para el efecto de maravillas:
Un reino para ti,
joven, bello nadador,
para holganza de tus miembros.
Y esta extraña mansión alza sus tigres a las estaciones,
a las lenguas del astro.
Sean entonces los sueños arrancados al cielo
por un joven que abre sus brazos al agua desconocida,
ajeno a toda perfidia.
A pesar de la luz maldita,
la perdición de estas hojas que bailan las nubes,
las furiosas bestias habitantes del corazón.

Aparezcas no comido por el vestido cruel,
no atrapado en redes, la traición
y la humillación de los rangos altos.

Seas el limpio, dulce paño de las noches,
y aparezcas, joven, bello nadador,
arriba del milagroso altar,
igual que la estela invitadora al bien.
Seas llevado por los días,
el mar, gran atormentador de los navíos solitarios,
el agua armada,
puro de orfandad, sano sobre los peligros.
Vayas siempre asido al cielo
sobre las brisas y altos fuegos de tormento.
Digno amparado de la luz,
joven, bello nadador,
hoy y para siempre colocado más alto que esta flor limpia
salida de tu boca a los terribles,
locos, voraces cielos
a que se enfrenta el corazón.

ASUNTOS DEL TEATRO

LAS COMEDIAS Y LOS DÍAS

Todos los colores son trágicos
desde la barba púrpura que señala los días de sol
hasta el azul, denotador de los mares
y que es más amable a los públicos.

No se representa en diciembre con trajes amarillos
ni se hace ostentación
más bien cúbrese con violetas y tulípanes la voz del actor
y de uno a otro lado hay telas vaporosas
semejantes al llanto.

No pondrías a diciembre en los límites de abril
y mayo sería incompatible con octubre
de estas maneras cada época alumbra en los soles del mes
sus propias flores
y conoces que aquella que se jacta de su olor y brillos en junio
no tendría iguales condiciones por noviembre,
asimismo los vientos emplean otras banderas de color
en sus mariposas y aves.

Lo propio sucede entonces con las damas
y observarás que los incitantes escotes
no están irremediabilmente bajo la rosa Reina de las Nieves
o consagrados a la orquídea de melancolías,
pues a otra ocasión
fulge bajo el astro rojo de sus suertes

la aguamarina familiar a Capricornio
o estalla en la piel suave y blanca del cuello la dalia del sol.
Correspondiendo a estos motivos cruzamos por los ojos del público
en poses apropiadas
y a ejemplo de ello caeremos de rodillas en octubre
ante las tumbas ilusas;
cuando el aire celebra los fieles difuntos.

A cambio de ello haremos una rama de fuego en las juventudes
de febrero
bailando el lujoso tambor tocado por las demencias
hasta caer como insectos impuros sobre los sexos
y los vestidos rotos de cada uno en la parte de las piernas.

Celebramos alegres nupcias en abril
adorando la margarita
sumidos en sueños, con niebla mágica de amores y viajes
y allí, acostados con la damisela del lecho
llegamos al momento de oro
cuando la compañía, inclusive la muchacha trágica,
tiene los ojos menos preparados a la circunstancia dolorosa.

Y el público nos aplaudirá delirante
junto a las mujeres vestidas de tela liviana
y con sus encantos más a la vista bajo el hechizo de lilas.

Después será la andanza por campos de julio y del agosto
que ya pesan al calor de más de un incendio
en los cabellos de las jovencitas.
Y allí la presentación de una pieza frívola
para caballeros y damas de edad
iniciados en prácticas amorosas de mayor audacia
y, desde luego, menos escrupulosos en sus manejos.

Entonces no habrá otro color que el del alhelí
bajo el cual asoman las damas sus manos
lujosas por la joya.
Y allí desearemos prolongar la comedia
porque en octubre la moda dicta muertes de violencia
mezcla de azules de tempestad y el vino de obispos
hasta llegar al color cardenalicio
semejante a los vientos oscuros sobre el tejado
y las ruinas de casa en las efervescencias del incendio.
Y aquí es donde arrastraremos
para sorpresa de la amable charla de las meriendas,
en medio a la bebida,
arrastraremos ante los asistentes
un joven apuñalado por celos,
y los esposos suicidas y las mujeres crueles
asustadas en el desastre de sus amores.

Y nos llevaremos la mano al pecho
y cruzaremos el teatro de uno a otro ángulo
con exclamaciones sorprendidas
para desmayarnos poco después, en el más alto clima del juego.
Y por último un tulipán negro es la señal de representación
y nos verías de riguroso luto
o bien cerrados de blanco,
y los presentes, acongojados en sus sitios,
temerosos de la próxima ocurrencia,
pendientes de la tragedia donde todos los actores están condenados;

y observarás que la mujer
oculta su cuello con lirios
y el techo está gris, matizado
por rojos y negros en sitios convenientes.

Entonces alguien da la alarma
y todos, irremediabilmente perdidos,
caemos como extraños astros en el abismo.

MÁSCARAS

He aquí que existimos en el límite de la mentira
que nuestra vida es impalpable
que estas personas representadas pertenecen
a un dueño de otro orden.

Cumplimos cabalmente en escena
ante el gran público. Así recreamos bajo los astros
y acudimos a una cita en los vientos
saliendo al paso de nuestras fiestas.

Nuestro corazón está prestado a otros personajes,
murmuramos un sueño y nuestros labios no son responsables,
somos bellos o nobles según la circunstancia.
Nos asalta un delirio azaroso
y caemos en los escenarios bajo una voluntad extraña.
Y no tenemos vida,
pues andamos sobre ruedas en un país desconocido
cuyas flores nos interesan de manera frívola
y cuyas mujeres nos aman en alcobas de falsedad.

Producimos un fuego y su corazón azul
crepita con más fuerza que el nuestro
en tanto arden los leños a la manera de sangre.

Nos permitimos ser extraños. Falsos.
Llevar una emoción no sincera.
Mientras andamos, desterrados de nuestro cuerpo
en un interminable paseo.

HONRAS FÚNEBRES

(1962)

A las señoras Lucila Sánchez de León y Celima Durán

1. LA LLEGADA

a)

Venidos del mar
a nuestra ciudad del oeste
–puerto en las costas pacíficas–, y desde ayer
son estos hombres vestidos de luto
enviados del país fronterizo
tristes y regados por las calles de antiguas piedras
¡pues sean bien sentados en las buenas mesas preparadas por
[la comisión
con ese aire sombrío de sus trajes!
Los veo recogidos en sus capas
sin sonrisas en la inclinación del saludo o la reverencia
del ceremonial.

b)

Y bien
helos aquí en nuestra ciudad pacífica
bajo las grandes casas del anfitrión
y la teja orinada por los años,
con sus motivos
en el traslado de cierto cadáver
aniquilado en estas tierras
por un fuerte mal.

Corre ahora el sombrío noviembre
y del lado de la costa
una bruma igual que bandada de fantasmas
canta desagradables melodías
¡así nuestros padres se consuelan de las pérdidas
pues sueñan un vano regreso de los naufragos!

c)

Como una bandeja con tarjetas de condolencia
motivado al recuerdo del difunto glorioso

próximo a partir

sobre el mar:

así se encuentra la ciudad.

Y es un aire negro

un pájaro oscuro y trágico

que vuela sobre tu frente.

2. IMPRESIONES

a)

Muy circunspecto
holgazaneando con las campanas,
al oído de las altas bardas y los ventanales solitarios,
está el sacristán,
y las señoras de bronce entregando sus faldas de luto
restregándolas por los enseres de cocina
los rostros y los trajes;
por sobre el lomo de las bestias, allá, en los límites
donde sortea el colector sus reses
y terminan las paredes
arrastrándose, consumidas. Inundados por la lengua
de las iglesias
tomados por las voces que nos recuerdan el viaje a la última
[tierra
y las flores que nacen sobre el lugar de nuestros padres.
Sí,
días hace que tales cosas padecemos.

b)

Como en los tiempos de temblor
cuando se hincan las vacas,
nos vemos condolidos por un sentimiento general.

La vieja en el corral acosada por las gallinas y los
pavos
igual que el anciano
por un momento abandonan sus útiles
y miran al mar

como si se acercaran inmensas olas
o barcos extraños.

c)

No hay sitio para las risas
en estos tiempos graves.

Hemos perdido los gritos del borracho
acostados bajo una pasada melancolía
que regresa como el hijo no esperado.
Somos incapaces de reconfortarnos con vinos o flores
bajo eso que parece grandes fangos de azul.

No hay sitio para un pájaro
llegado de luminosas alturas
ni se asentaría hoy un circo en nuestras tierras
con sus bandas de alegría.

La muerte exige un pago de nostalgia
que aceptamos
en los ropajes morados de la ventana
la bruma y el óxido sobre los tejados,
¡Y las banderas en tristeza!

3. EXHUMACIÓN

a)

Desde los elevados sitios de armas
se parte el cielo
y se azotan las ventiscas con el cañón
para espanto de todas las aves
llanto de niños y susto de la muchacha de falda ligera.

Como inmenso cuero suspendido
hasta el fuego celeste
estremeciendo los techos y bamboleando campanarios.
Y más alto que esos fulgores que alguien teje con altivez:
esa sacudida, esa terrible y triste estampida regular
precisa
a manera y par de redobles,
en recuerdo de las íntimas condiciones
y el destierro
y las flores de la miseria:
como una bien medida persecución de espanto
ahora
cuando la tarde es roja carne recién tasajada, colgada en garfios.

b)

Y se concentraron las gentes a la luz de los vagos y altos vitrales.
Allí la sombra del cadáver y los murciélagos del tiempo
entre las bendiciones sacerdotales y el humo.
Hasta que alguien dice:

“Es su cadáver”
y los huesos resbalan sobre la tela

y los señores tristes y sobrios huelen la tierra
por la seguridad de sus funciones.

c)

Así se arrancaba a esta ciudad el cadáver
y le fueron quitadas las adherencias de tierra
de entre sus huesos
y conservó la dignidad.

Y lloró la alta iglesia entre sus órganos,
la música salía hacia el cielo
por las puertas laterales y la del centro
más honorable todavía.

Y entraron al resto en preciosa urna de madera
adornada con escudos de armas
sin que faltara la leyenda
de oro
sobre laurel.

Aprisionados por el homenaje
lloramos

alzados, disueltos entre las campanas y las salvas de Santa
[Bárbara

perdidos, con los ojos húmedos
de orgullo.

4. DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD CUANDO PASA EL CADÁVER

a)

En la esquina
el adorno negro como inmenso pájaro
espectador, y en grandes racimos los lirios
desde cada ventana
poco más bajo de la bandera a media asta.
Y los altares de las casas encendidos
en lámparas de aceite
por decreto y para buenandanza del homenaje.
Las gentes cruzan con lentitud
al mar
hasta ver en la bruma los escarceos de la gaviota
ocultándose en las velas lejanas:
espuma
del azul trágico,
¡disueltas en la música fúnebre!

b)

Reflexiono acerca del digno catafalco,
el sudor de los emisarios lejanos
y el estremecimiento de las magnolias.
Y tal vez
otra voz se une a estos rezos
en el sombrío rostro de cada uno de los que marchan
entre sombras. ¿No hay un sueño,
una estada en otro país?
Un ave mortal
en esta calle

y volamos, volamos ahora, dulce,
pausadamente.

c)

Se dispuso del sol en lugares grises,
no habrá nada más que esta vía
y los recuerdos y las honras.

Una y otra vez

y otra vez hacia la noche y hacia la muerte

hombres del funeral

lóbregas damas de negro y llorosas bandadas de redoble,

y más salvas, precisas y regulares

sonando, sonando

hacia el atardecer, hacia el crepúsculo sombrío,

como estrellas malditas que giran a nuestro alrededor

llenándonos de muerte.

5. LAS BATALLAS

a)

Al oscuro Pacífico
se dirigen las armas.
“Disparemos siempre
al vacío y a los vientos
a los que cruzan por la niebla
a las olas del jamás y los barcos fantasmas
(y los alaridos que nos asaltan por la noche)”.

b)

Mas
todos tiran a herir el viejo retrato del héroe,
lo que aprisiona en su frente
y en tantas descargas quedará prendida su gloria
y los alcatraces sobre la espuma, flotando,
y el caballo
y la espada con que dirigía las batallas
y su uniforme
y los muertos despachados por su fusil,
y a la décimoprimer descarga
caerá su cabeza entre las gaviotas.

c)

Suplicamos
sea bien recibido entre los muertos
aquel
nuestro héroe, caído por males del cuerpo
mas para siempre salvo en sus hazañas;
que un sueño parecido al de nuestros hijos
lo alumbre donde esté.

De esta manera
y con tales bendiciones
despide la ciudad pacífica al huésped
—en nombre de todos los sitios, de todas las plazas
de todos los altares y las espadas y las aguas
de tu país.

6. OTRAS NAVES DE COMPAÑÍA

a)

Bello el desliz de las naves.
Y el azul plácido
y la gran mañana de licores.

Felizmente enjaezadas
en naves
las naciones se cruzan sobre el mar
y un azar agradable conduce estas huestes
bajo cielos amigos.

b)

Saludos en las salvas de popa que el joven marinero
emplaza hacia una isla invisible
(tal vez si descubra una reina del coral
y sonría mientras el sol cruza sus dientes como látigo).

Capitanes blancos,
insignias de un país
desconocido,
pulcros sobre la madera refulgente.
Pero en silencio,
la mortal compañera, amiga del anciano
más abajo de la franja oscura que desplazan las aspas
sosteniendo el grande y puro ramaje
que sueña.

c)

“Iremos
como gaviotas sagradas

en compañía de este pájaro menos mortal
y engañaremos al tiempo
con los días brillantes y las fiestas del puerto,
en nuestro
viaje de dignidad”.

7. EL NAVÍO

a)

Emisarios mortales, trasladamos nuestro cumplido;
vamos

con la impuesta prenda.

Advertimos las alargadas varas de mástiles y arboladuras
hundidos en los vientos

y el círculo duro de nuestro timón

gira

sobre las aguas;

lo mismo esas telas que cantan.

La distinción está en las maderas y los escudos portados,

los vivos colores del estandarte

y la altivez y dignidad del cadáver

que llevamos.

b)

Capitanes, emisarios, conductores de caballos,

servidores

en los lugares de la tierra y el mar,

—Allí van

regados por los astros.

c)

La gran mesa del océano

servida

¿No se ha visto que un navío distinto,

un ala de mayor prestigio

cruza

ante el asombro de los tiburones y los caballos del coral

como extraña suerte?

Y se ve, arriba de sus palos
un gran signo.
No sin que antes desciendan graves fulgores
que alumbran las velas.

8. EN LAS CÁMARAS FÚNEBRES

a)

Todas las colinas por donde anduve
están sangrientas
y todos los lechos en que dormí fueron del amor.

Veo pasar los caballos
no llevan jinete, no llevan manos que sostengan sus riendas;
yacen por el campo
bajo susurrantes moscas, entre quejidos y olor de heridas
[recientes.

¡Ríen las espadas
y suenan los fusiles azuzados por las banderas y el cielo que
[amo!

b)

“Sobre un caballo igual que candela agitada
giraba mi corazón
empujándome
y mis poderes sabían hablar a la espada
aquí y allá
entre lanzas clavadas,
sin contar con los amores, odios o creencias
de aquellos de ultramar.

Escucho la risa de mi caballo y las maldiciones del cielo
como conversaciones de mayores!

c)
Pueblos
estas son mis armas
y la sangre y los hombres borrachos en la matanza.
Mi amor es un país
que yo arrojé al futuro
como una rama de violencia.
Me complacía verlo
al oeste
con los ojos de oro.

9. UN GRAN SUEÑO

a)

Mi esposa han sido estas distancias
salvajes
cuyas puertas son exterminio;
aquí cantaron los pájaros que quise
y murió la muchacha que amaba, entre valles ardientes;
jugué la mocedad
aquí
donde no había amistad por los siglos pasados.

b)

Hacia las revueltas estrellas mi país estalla
y persigue sus dones felices
en las cruces de los héroes.
Y en los lugares de su bandera es asesinado
como un hombre en lugar extraño
–buscando una moneda, buscando una dulce moneda
que rueda por las multitudes.

c)

Si él ha hablado
hemos perdido sus palabras.

Y si hubiese reído o llorado
habríamos perdido su risa o su llanto.
Pues nosotros sostenemos una augusta cámara funeral
expuestos a la risa y el llanto.

10. LLEGADA DEL NAVÍO A PUERTO

a)

Una línea roja rodeada de banderas eclesiásticas.

Selvas.

Una montaña que se incendia.

¿Qué más distingues entre los disturbios de las gaviotas?

Una mujer,

la bruma.

Un hombre que grita.

Todo es tragado por el mar.

b)

Más cerca

verías que las barcas

visten gualda y morado; nadan brillantes,

vistosos, como enredaderas.

Cada una posee un personaje

que saluda respetuosamente

nuestro cadáver.

c)

Está cerca la ciudad constante.

Nos despediremos del buque,

no quedan más que conocidas ceremonias.

Ha quedado atrás nuestra fastidiosa

amada travesía.

¿Iremos así, de un país a otro

recogiendo interminablemente sus cadáveres?

11. A TRAVÉS DE LA ALTA MONTAÑA

a)

Es un paseo absurdo.

–Cumplen una misión acompañando esos restos nobles
a la ciudad.

Moscas sobre ellos

y arriba las flores del catafalco.

Los caballos espantan al tábano

y sacuden los pesados atuendos.

El cielo hace muecas sobre la gran compañía.

b)

Nos encontramos en lo más duro de los montes
con un sol que pudre nuestras costillas.

Hieden las bestias.

Y el catafalco está imperturbable.

Sólo el cumplimiento de una alta misión justifica
este camino.

A los miembros agotados el cielo nos regalará con
viento fresco.

Sólo malditas cigarras

que realzan la sombra y las oscuras ropas de los personajes.

c)

Pero hemos de llegar.

Nos espera la ciudad con sus buenos lechos.

Con las mujeres rodeándonos de afecto.

Con las caricias, el amor.

Y en las habitaciones de casa

verdaderas flores de hogar.

Y los muebles de costumbre y las livianas ropas íntimas
magníficamente bordadas.

Dormiremos plácidamente
al abrigo de un techo conocido de antiguo.
Allí está nuestro merecimiento:
El premio del viaje.

12. LA CIUDAD

a)

He allí una mujer triste;
sobre sus hombros dos pájaros negros
que miran al sur.
Sus vestidos caen sobre la tierra
cambiando de color a cada instante.
La gente habla distintas lenguas
por las calles del centro y sus alrededores;
miran un sueño,
nadie adivinaría cada uno de sus años;
por las calles del centro,
en gran agitación.

b)

Paso al cadáver!
Yo soy el mago que enseña la gloria:
un par de serpientes y la frente de antigua dignidad,
fuego que crece desde mis piernas
y un lento mal, lento
como la enredadera de los muros.

Entonces aparecen las damas en el balcón vestidas de luto
pero bellas, muy bellas,
y sonríen con la gracia de sus dientes
hacia el pasado, hacia los años de treinta años atrás,
hacia un jinete que entra por el vocerío
y camina bajo las tiendas de la guerra
y caen rosas negras que se encienden
y banderas de oro.

Y luego serán los desfiles,
los muchachos de los colegios, obispos y representaciones
[sociales
vestidos pomposamente...

c)

Mas

tú estás triste, amigo;

has arribado a la última ciudad.

Has perdido la guía de tus pies.

Aunque desde la escalera saluda la joven esposa

y ves su pelo

como bella cinta que flota sobre los hombros,

ancha y negra en el marfil por la parte de su

garganta.

¿Por qué no admiras la hija que va sobre sus piernas al cielo?

Cuántos ocultos aposentos.

Cuántos ocultos dictámenes.

Te pregunto a ti, ¡jefe de los que traían
la muerte!

PAISANO

(1964)

A Carmen Beatriz Berti
A Boconó

JUEGOS DE INFANCIA

CULEBRA

Echando candela, metiéndose en los oídos, bebiendo sangre
allá está, calladita
dejándose arrastrar
y como vino entre el viento, allá está
en el cuarto donde se come los pájaros
–les comió las plumas y las alas y después las patas
pero la cabeza se le va a atorar
y va a comenzar a cantar a medianoche
y se va a mover por los espejos
y a agarrarse de la cabeza del diablo que está en los rincones
y a decir ay
porque esa culebra tiene muchos diablos
y el sol le cayó encima
y por eso anda por todas partes, mordiendo, mordiendo,
hasta que se lo lleva a uno al infierno.

UN GAVILÁN

Se paró el gavilán y se quedó pegado en las nubes
y ya no pudo dar más vueltas
y le dijeron:
Ya no podés hacer más hilo, ya no vas a poder tejer el cielo,
entonces todas las flores que estaban se pusieron tristes
y comenzaron a secarse
y entraron caminando en una cueva
y se veía una fila de gladiolas que iban rezando
y cuatro coronas de orquídeas y rosas
y así se estaba quieto el gavilán allá arriba
viendo que las montañas se habían puesto negras
y que los ríos parecían urnas;
cuando llegó un gran viento y dijo a resoplar
y estremecía los árboles como si fueran ropa colgada
y bajaron todas las estrellas y se pusieron a hablar
y salieron volando las nubes y dando vueltas
brincando por las colinas
y las praderas estaban muy contentas y les brillaban los dientes de
[risa.

Entonces se desató el gavilán y se sentó en una silla a beber
y se emborrachó y dijo a cantar
y nombró a todos los que habían venido para ayudarlo
y le parecían las alas como lunas
y los ojos que tenía era el sol que se le había metido en la cabeza
y a él se le llamaba el gran tejedor
porque anudó todo lo que había y puso en el cielo un barco
que va nadando, nadando
enseñando todos los sueños.

EL SOL

A Elisa Lerner

Andaba el sol muy alto como un gallo
brillando, brillando
y caminando¹ sobre nosotros.
Echaba sus plumas a un lado, mordía con sus espuelas al cielo.

Corrí y estuve con él
allá donde están las cabras, donde está la gran casa.
Yo estaba muy alto entre unas telas rojas
con el sol que hablaba conmigo
y nos estuvimos sobre un río
y con el sol tomé agua mientras andábamos
y veíamos campos y montañas y tierras sembradas
y flores
cantando y riéndonos.
Allí andaba el sol
entre aquellas casas, entre aquellos naranjos,
como una enorme gallina azul, como un gran patio de rosas;
caminando, caminando, saludaba a uno y a otro lado;
hasta que me dijo:
Mi amigo que has venido de tan abajo
vamos a beber
y cayó dulce del cielo, cayó leche hasta la boca del sol.

1. "caminado" (1997).

PATAS ARRIBA EN EL TECHO

A Adriano González León

Yo sé dónde se encuentra
dónde está cantando ahora y comiéndose las hormigas
el pájaro que vuela arriba de las nubes
el que sabe andar por los sueños.
Estaba acostado patas arriba en el techo
murmurando que tenía ganas de matar
y espantando los perros que se le venían del cielo
y escupiendo los tigres
y diciendo:
Yo sí que voy a pegarle a los perros que se me vengan
yo sí que no les tengo nadita de miedo.
Y con las enormes alas azules les daba y les enterraba cuchillos
y me llamaba a mí y me decía:
Ayúdame, ayúdame.
Entonces terminó
y se puso a meterse entre todas las nubes
allá, muy lejos, cerca de una laguna.

ENTRE EL RÍO

A Edmundo Aray

Voy a entrar en un río
me quito la ropa y entro y le abro la puerta
y miro adentro de su casa y
voy a estar sentado en las sillas negras
y en los espejos;
cuando hable escucho qué dice y qué quiere
y cómo manda a todos y dice que se va a remolinear
y veré cuándo sus patas empiecen a despedazar la ladera.

Tomaré agua de su corazón y me beberé su cuello
y haré gárgaras y escupiré adentro² y los pedazos de oro
y de ojos le pondré unos gatos
y veré qué vestidos se pone y cómo hace para correr
y si está durmiendo le escarbaré a ver qué sueña.

Yo vi qué come el río vi su mesa
y tenía platos como guayabas podridas y ganado muerto y casas
y todas las siembras que se llevó
y un hilo verde muy verde como un ángel.
Me estuve sentado viendo un gran campo que estaba debajo
y allí cantan todos y se ponían morados
hasta que se oyó una voz durísimo
y salieron iglesias y calles de las nubes
y todos corrieron
y comenzó el río a decir que se iba a morir.

2. En Coned, p. 23, 10ª línea, 5ª y 6ª palabra: “escupirá dentro” por “escupiré adentro”, que es la versión correcta, tal como aparece en la edición Príncipe.

DE NOCHE

*A mis hermanos
Atanasio, Laurencio y Leopoldo*

Anoche estuve en una parte muy negra
volando sobre candelas
metiéndome en las casas y sentado sobre flores que les habían
[robado a los muertos.

Y me metía por las ventanas porque era un humito
y olía todo
y vi muchas mujeres que bailaban
y les caía agua y formaban una gritería y se reían
hasta que salí y cogí por una sabana
y entonces llegaron unas conversaciones:
—“Ay caray, tan bonito que estaba ese árbol con las guacharacas
arriba
ay, y cómo le metieron una puñalada, ay, ay,
y aquella muchacha que estaba sentada en el zaguán”.

Y como estaba blanca la luna,
como estaba blanca,
me fui para donde habían caballos a verlos relinchar
y a verlos en el chao para averiguar lo que tienen de noche
y si hablan y por qué parecen envueltos en sábanas.
Hasta que pasaron las doce y tenía que devolverme
y así fue que tuve que convertirme en piedrita
y echarme a rodar y rodar
y caer en un ventarrón, y así
hasta que pasó un borococo y de una vez me comió creyendo que
[yo era un ánima
y me fui por la noche entre su alma y
apareció un enorme mar
y quedé en el azul.

EN EL PATIO

Pues me estuve entre las flores del patio
con las cayenas
gozando con las hojas y los rayos del cielo.

Aquí pongo mi cama y me acuesto
y me doy un baño de flores.
Y después saldré a decirles a las culebras y a las gallinas
y a todos los árboles.
Me estuve sobre las betulias y sobre las tejas de rosas
conversando, cenando, escuchando al viento.
Yo me voy a encontrar un caballo y seremos amigos.

Mañana le digo al sauco que me voy
hasta muy lejos, hasta allá donde están cantando los hombres,
donde corren los muertos y se entierran.
Yo caminaba por unos árboles, por unas hojas doradas
y me comía las estrellas, y me senté
y escuché la hierba alta y vi los ojos de una mujer
que brillaban como un diente
entonces arrojé una gran rama de naranjo
y todo quedó oscuro.

TIERRA DE NUBES

EL NOCHE

A Oscar Sambrano Urdaneta

Aquí llega el noche
el que tiene las estrellas en las uñas,
con caminar furioso y perros entre las piernas
alzando los brazos como relámpago
abriendo los cedros
echando las ramas sobre sí,
muy lejos.

Entra como si fuera un hombre
a caballo y pasa por el zaguán
sacudiéndose la tormenta.

Y se desmonta y comienza a averiguar
y hace memoria y extiende los ojos.

Mira los pueblos que están
unos en laderas y otros agachados en los barrancos
y entra en las casas
viendo cómo están las mujeres
y repasa las iglesias por las sacristías y los campanarios
espantando cuando pisa en las escaleras.

Y se sienta sobre las piedras
averiguando sin paz.

JUAN LEÓN

Metete vos en el caldo, Juan León,
Juan León
que no hay nadita qué comer,
que descasea la carne y la yuca y las alverjas,
metete en la olla y hacete humo
aunque sólo tengás huesos y pellejo y dos dientes de abajo
Juan León.

Olleta, cocélo bien,
cocélo que ya le vamos a echar sal,
con la candela sale el humito, por la boca
sale el humito.

—“Juan León:
Acordate cuando estabas por el monte
que cortates hojas de bijao,
que te metites por los zanjones,
ay Juan,
te picó la mapanar,
no te pudiste parar más”.

Andate por las montañas, humo,
por la cuesta de las canciones, humo,
por el cielo azulito.

Llevame humo,
llevame ruido de la candela,
llevate a Juan León,
nubecita.

—¿A qué te sabe el caldo?

Me sabe a muy salado, me sabe a piedras y a palo santo,

me sabe como a tierra, como a hoja de ocumo,
a leche de cambur.

Andá ve que el viento se llevó la troja.
Mirá que el sol se está comiendo los zanjones,
que la tierra se está cuarteando.

¿Como que se fueron todos los de esta casa?
¿Como que ya desaparecieron todos los corotos y el olor
de todos?
Dejáme ver, humo.
Dejáme ver, viento.
¿Qué se hizo la casa de Juan León?

HUYENDO

Después que matates a tu hermano,
después que lo volvites cecina,
que te echates las tripas por el cuello y bufabas
después que se te hizo poco para quitarle pedazos
y darle más y más tajos.

“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”.
Y te volvites hormiga y cuando pasaban los guardias
te metías bajo las matas
y te volvías gusano y te subías
por las tapias
y las tapias estuvieron llenas de sangre y por la noche
brillaban
y se oían salir quejidos del monte.

Te fueron a buscar por los chaos y
te buscaron por el monte y
“Hay que rezar la oración, hay que rezar la oración”
y comenzaba a llover y se ponía todo
resbaloso,
y se resbalaba la gente en los huesos de tu hermano y las costillas
[de tu hermano
que brillaban por la noche
sobre los cerros.

No comás hígado por estos días,
no comás tripas, no comás
sesos,
no comás carne por estos días
porque te vas a comer el hígado y las tripas y los

sesos de tu hermano
y te vas a estar con una espina de mapurite;
con una espina de mapurite clavada en la garganta, clavada en
la boca del estómago,
clavada en la nuca, clavada en las vergüenzas.

Mira que el campanero repica y habla la boca de tu hermano
y que juegan baraja y se apuesta una pierna de tu hermano
y que bailan y toca la mano de tu hermano
y que silban y son los labios de tu hermano
y que muerden y son
los dientes de tu hermano.

Hasta que aparecites,
hasta que te trajo el río,
hasta que después del aguacero te trajeron las aguas
y no tenías ojos.

CAZADORES

Pasaron tres cazadores con escopetas,
a las cinco pasaron a esconderse,
cuando escandilen los zorros,
cuando encandilen al venadito
ya estará alta la luna.

Pasaron tres cazadores
con los ojos envueltos en violetas,
berro en la frente;
pasaron echando olor, suave olor
por el camino.
Sabén muchas canciones,
si viene el tigre lo van a embobar.
Esperan que las perdices estén dormidas en la hierba,
esperan que el silbador traiga los venados
al bebedero.

Volvieron los tres cazadores,
volvieron al otro día,
pasaron con un tigre empalado
sobre los hombros.
Le echaron encanto por los ojos, le echaron
un lazo de seda,
lo rodearon de candela y le cantaron
y cayó muerto con plomo en la cabeza
esta mañana,
y la luna todavía estaba alta.

ISMAEL

Sos el ánima de Ismael,
sos la rueda de candela,
sos la mujer de las tres gallinas sobre los hombros.

Te damos vueltas,
te damos vueltas en la noche,
son las nueve pa date vueltas,
son las nueve de la noche, las nueve de los dobles fuertes
[por la noche,
las nueve pa que descanses,
pa que te metas en los árboles, pa que sacudas los aleros.

Ánima de Ismael
decí dónde están los cobritos, dónde pusites la busaca,
dónde metites los cobres ánima de Ismael.
Donde alumbrés con más brillo,
donde mostrés un deslumbre de machetes,
donde corrás con un candil en la mano.

Te vimos llegar y te sentates en el patio
y te quejabas.
Vos que sos un ánima, Ismael,
vos que nadás por la tiniebla,
te escuchamos.

A ver, a ver,
te vamos a dar el descanso, te vamos a dar
la rosa que lleves al cielo,
estrujaremos toda la tierra, Ismael,
romperemos la casa y la huerta y los potreros, Ismael.

A ver, Ismael,
decínos dónde está
antes que llegue la mañanita.

HERMANOS

Los que andamos con el frío,
con la niebla, con el sol,
ay,
tenemos que comernos el valle,
tenemos que morder el enorme cedro y el algarrobo.
Allá viene silbando el que es sobrino de las nubes,
el que salta por los pastos.
—No vas a envolver el techo de los pobres,
no les quites la espiga del maíz
ni les asustes los caballos ni les despertés los muchachitos.

Y viene mi hermano el mojado
y el que tiene ojos fulgurantes y el roncador
y el furia.

Enroscando todo
nos vamos los hermanos,
ya cogimos los árboles y los tumbamos de cuajo
y no nos dio lástima los pichones ni las culebras que se criaban
y las florecitas que volaron.

Se dirá que íbamos por la oscuridad y sacudimos nuestra plata
como los ricos,
esos que vinieron con mantos de noche
encabritando los ojos.

PÁRAMO

Pasó la niebla por las cuestas,
tapó con su noche,
ningún pájaro se ve por los montes,
ninguna luz.
—Cantá por qué estás tan sola
por qué llorás,
por qué te metites donde estamos los tristes.
Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores,
a quién le cantás,
a quién le decís de querer.
Allá está la que tiene un gran vestido,
se la pasa llorando,
se la pasa bebiendo de la montaña.

Echaron agua bendita
y se murieron las torcaces y dejaron
esterado de plumas todo.
Ay,
cuando estás cantando
todo se mueve, todo se vuelve
hacia donde cantas.
Te llamaré paloma, te llamaré miel,
te diré piedrita de río.
Cuerdita de la montaña, pájaro de los siete colores:
¿A quién le decís de querer?

SOL

Ya vienes echando rosas, ya vienes abriendo oro,
ya te pusites sobre los montes;
despertates las colinas y las matas de malva

Gran perro que viene del Infierno
echando olas,
revolvé las nubes,
ponélas de pájaros, de caballos, de pueblitos

con los ramos de candela
de muy lejos.

SOLITA

Después que pasaron las rozas, después que pasaron
me dejaron carbón y ceniza y los que estaban conmigo
murieron.

Vos que sabés cantar, que estás en las hojas del cerezo,
—Ponéte de niebla, ponéte de espuma y de riíto, decí:
“Vení de lejos, velo de lluvia,
llegá sol,
y con la cola sobá esas pendientes, tocá
las piedras moradas”.

Ala de la neblina,
paloma tortolita,
decíle a los cantores, decíle a los que corren su boca por las
[ciudades,
decíles que me voy por la noche, por la medianoche me voy.

RESECO

¿Y será que no se va a ir este polvo?
¿Y será que no se va a acabar este verano?
Y será que no se va a terminar de rajar el patio y de prendese
[los chaos?

Ay, Dios,
nos vamos a volver chamiza, nos vamos a volver piedra reventada,
nos vamos a volver purito carbón.
Y saliendo candela de las hendidjas.

Que te reventás los ojos, que te los reventás
con ese sol.

Puro polvo, puro sol,
desde aquí hasta las vueltas del diablo,
hasta las candelas del Juicio.

GRAN LEYENDA

ABANDONADO

*A Vicente Gerbasi
y Augusto Payares*

Ay, que no tengo un patio para asolearme,
que no tengo cuarto,
que no tengo ni una ventana;
yo que tenía tantos patios con limones,
tantos naranjos,
tantos zapotales;

que era rico, que tenía animales en casa,
que me acostaba en el café y me reía y me ponía rojo de reír
y me estaba bajo las matas oliendo el monte,

pero ya se me fue,
ya me quedé solito,
ya el sol me dijo que no.
—¿Y qué vas a hacer ahora? —me dijeron los gallos—,
ya nosotros nos vamos, ya te dejamos,
aquí no nos vamos a estar.

Volteé de la cama y miré
y me dijo la cama que se iba,
y quedé en el suelo y me dijo el suelo: —Me voy,
y quedé en el aire
y me dijo el aire: —No te sostengo,
y me quedé en los naranjos y los naranjos me dijeron:

—Nosotros nos vamos.
Yo que tenía tanta luz,
yo que me vestía con lunas
y tenía la fuerza en mi nuca.
Una vez me vi en las montañas como piedra encendida
y tenía coraje y vigor,
ay, que me metí en la niebla, que estoy apagado:
—¿Qué se me hicieron las casitas,
qué se me hicieron?

Yo tenía tanto ganado que se veía
como un pueblo
cuando llegaba,
y se veían montes en el polvo
y se entusiasmaban los días, y era que tenía
tantas casas que cada sueño lo vivía en una y no se me acababan.

Hasta que me fueron dejando
y fue esa luna roja, esa piedra negra,
esa rosa que me venía iluminando, iluminando.

ABANDONADO

Malo,
anublado, te sentís
en los puentes, echado y bajando y bajando
y escuchás un rosario:
—Vamonós Ángel de la Guarda,
vamonós.
¿No podrás cogerme una flor?
Ponéme en la frente una ramita de eneldo,
echáme hortensias, echáme betulias.

Me han comido,
me trastornaron el cuerpo y me pusieron rabia en los dientes
y en el cuello esa culebra que se come los cuatro vientos.

Se cerró el camino con
cuatro puertas y cuatro
tapias negras y
cuatro mujeres de fuego.

No oigo ni las crecientes
ni cuando tocan allá por las fiestas,
ya no tengo más suerte, ya
se la dieron a otro,
me fui,
soy un rumor.

ABANDONADO

Hasta que la cara me quedó como tierra pelada,
que no tuve cara,
que se me fue apagando la vista,
que se me fue deshaciendo la boca
y quemándoseme la lengua.

Me puse como una oscuridad
y rodé hacia las espinas entre el olor del naranjo
y me dolió mucho la espalda clavada y la nuca clavada
y me salía tristeza.

Y no era sino una lluvia
vuelto hilacha,
y olía como hoja podrida
vuelto los ríos,
vuelto la agüita que baja por los zanjones.

Me volví puro llorar, puro llorar
y lamentarme:

No me hagás más daños.
No me hagás como ropa que se remoja.

Y quedé enterrado debajo de la iglesia,
soñando.

MUERTE

Te estás durmiendo
te estás terminando
echá la última rosa por la boca,
que viene tu cabeza por entre el agua,
que viene como entre espumas.

Escuchá la florecita que entraba por tu ventana
oí las palomas rozar tus orejas
aquí se está hundiendo tu casa.

Primero fuiste azahar y tela de matrimonio
y después agua
y después niebla espesa
y después lechada como la que se pone en las tapias.

Ya no ves el amanecer.

MUERTE

Me metí por el canto del borococo,
me metí por su oscuridad, me fui donde sus plumas silban,
allí están echados sus perros
allí está su casa entre humo.

Me entré en la negrura,
y me fui
como un muerto me fui donde está la noche
abriendo las ventanas llenas de polvo
oliendo el moho
encontrando vestidos y flores.

Estas son tus piedras donde haces lunas
aquí te dan leche de tigra
donde los huesos brillan.

Estoy en la mata del sueño
en la sala de la casa,
mi cabeza ha crecido
se convirtió en nubes de aguacero.
Yo soy el que toca la noche,
ya te dije que me vuelvo árbol entre relámpagos:
—Vengo de lejos,
de más allá de las casas,
de más lejos que lo que se pierde en los montes.

Agarré mi vara y volví los ojos:
No andaré más por los zanjones,
no oleré más la carne de asar,
ni la lluvia.

MUERTE

Vas a poner tus pies en mi casa
vas a dejar tu bastón
vas a decir: ¡Hipa! ¿No hay gente?

Me toqué la frente y me encontré como vidrio
y miré mis piernas y vi dos torcaces negras en vez de piernas
y me fui nadando y me encontré en una música.

Yo vi antes este zaguán
que le cantaban al ángel
y escuché silbar por entre las cortinas
y me senté y puse cuidado:
escuchaba conversar, escuchaba la noche.

BAILE

—Toquemos el valse.

—Aclaremos el instrumento.

No van a decir que olemos a azufre

Ni que tenemos rajada la garganta

Ni que dejamos el corazón

y no tenemos corazón

y no pueden ver que no traemos corazón.

Aquí venimos a tocar:

A las dos de la madrugada tendrán brasas en la frente,

a las dos y media tendrán brasas en los ojos,

a las dos y tres cuartos beberán sangre en vez de aguardiente,

[sangre,

y a las dos y tres cuartos cantarán

y a las dos y tres cuartos estarán girando,

girando a las dos y tres cuartos con un puñal,

con un puñal y una candela en la frente

y el sonido agitará las aletas de la nariz,

y ya irán a ser las tres,

las tres y el círculo estará muy estrecho,

muy estrecho a las tres, que casi llegan al centro,

y ella es una gallina que corre debajo del ala del gallo,

y ella se despliega y se le sube la falda

y tocamos arrequintando y dándonos gusto en el cambio,

dándonos gusto, dándonos gusto hasta

que él se vuelve un hombre rojo

y se mete en el pecho de los demás

casi a las tres, casi a las tres, antes que de la torre venga

[la campanada,

vuelto un toro se arrima debajo de ella
hasta que las criznejas se le deshicieron y le queda el pelo
[regado.

Y entonces pasa el viento caliente, el viento que quema
[el corazón

el que sube la mano armada,
el que hunde en la espalda muchas veces,
el que acaba, cuando las tres suenan y
se pierde el último rumor

en el charco desaparecemos
en el rojo desaparecemos
en el caliente rojo desaparecemos
sin que nadie notara, notara
que olíamos a azufre
y que nuestra garganta estaba rajada
que no trajimos corazón, que vinimos sin corazón.

BAILE

Te entró candela por los ojos
y espinas y pringamosa
y leche de muerte
por eso arderás siempre
pudriéndote
debajo de las piedras estarás podrido y ardiendo
después que sacates la daga y bebites de su espalda
como si te hubieras estado quebrando por dentro
acesando, acesando,
mugiendo de rabia.

Ya te vemos volver
vendrás echando espumarajos como puercoespín
con la lengua como trapo,
te detendrás sobre las lomas y gritarás
irás corriendo envuelto en azufre,
hijo sangriento,
te volvites miedo y borrasca que lanza chispas
azotando los guamos, golpeando los bucares
haciendo que las gallinas se asusten, que relinchen los caballos.
Cuando se prende el baile
estás de repente y vas a arrojar puñales
y pintas de rojo el suelo
como si fueras gran aguardiente.

Ya se perdió tu nombre, ahora te llamarán de otra forma,
con un ruido te nombrarán

con una seña dirán cómo te llamabas.
Detrás tuyo van los que te quieren ver
con la cabeza vuelta sanguaza.

BAILE

He quebrado el sol
soy una baraja que brilla
por el cerro están mis estrellas.

Allí estuve una vez, riéndome
y me echaba el pelo en la espalda y cantaba
y todos se quedaban quietos y se quedaban
encantados.

Ha venido envuelta en fuego sobre las lomas;
vuela el quejido de su boca
y vuelan sus cantos y los embrujadores labios que estallan
en lirios de la noche;
de la medianoche a las tres, de la medianoche a las tres
fatales
de la madrugada.
Cuando el músico arrequita el cuatro
y giran los pies
y la sala se quema.

No dejaré de volver
Voy a iluminar las ventanas
Voy a enredar las crispas de las yeguas.
No dejaré de volver.
No dejaré de volver³.

3. En (1977) este poema sólo tiene 17 líneas y no 22 como en la edición de (1967).

SANTIAGO DE LEÓN DE CARACAS

(1967)

DIEGO DE LOSADA

I. BORBURATA DE LOS FANTASMAS

FUNDACIÓN*

*A la memoria de
don Enrique Bernardo Núñez*

Qué belleza la tierra cuando esa montaña
sube un cuerpo blanco en sus aires
y se estima su altura.
Y el azul se ve limpio y es un filo que
de sólo lejano
está bello.
Así ese día cuando el jinete aún
no había calzado sus espuelas
ni de su tienda el aroma de una bebida fuerte
se expandiera, diciendo
—Aléjate sueño, otra vez comenzamos.

Apenas una línea de aurora
y ya los caballeros reconocieron todo el sitio:
Qué templados aires!
Qué colinas!

Qué día con tanta agitación de guerreros
Cansado de guerrear

* En (1967) al principio de cada poema hay un título y no un breve resumen de ellos, como en (1977).

y viendo que la muerte volvía y revolvía junto suyo
—Fundaremos! —se dijo.

Y evocó a Santiago El jinete.
Arriba de su frente se coronaba el rostro con cenizas de guerra,
cincuenta círculos del caballero.

Y comenzó a tender su pueblo.

—Alzad la empalizada!
Marcad la tierra!

Y se veían llegar los pájaros del sur.

—Clavad los postes!

Pacían los caballos y las demás bestias,
tranquilos,
pero los hombres

Qué agitados!

—Preparad ya la misa!

Y el barbado jinete apresuraba su caballo.

Comenzó la misa
no había coro ni armonios,
frondas sí
y un aire solemne.

Santiago!
dijo el caballero
—y su caballo vuela.

Marcaba su caballo la tierra
espantando hojas podridas y terrones cada uno de los cascos

Floreecía

Qué día este sol
cuando fijaron sus pendones y levantaron sus espadas
aquellos que vinieron del mar.

CON PEDRO REYNOSO

Para César David Rincón

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Pedro Reynoso, El Capitán.

Adónde vas terrible espada, adónde noche,
adónde oscuro sol

—Yo soy Losada, el Maestro de Campo.

A los quince días oímos el relincho de las aguas,
a los quince
el fuego del oro y las piedras

Ah El Dorado! Dorado!

Agarró la tierra las patas del caballo
y quedó clavado.

—Reynoso, Reynoso, —Vamonós a pie!

Y los agarró la tierra por los pies

—¡Clavados!

LA CRUZ DE ANTONIO SEDEÑO

De la tierra baja
Yo,

La Cruz de Antonio Sedeño.

Estoy en Tiznados, pero los sigo,
cuando vuelven los ojos

—Atrás viene la cruz de Sedeño! —dicen

Él quedó muerto en Tiznados.

—Aquí me levanto en tu casa Losada
Saco la trailla donde venían tus muertos
¡Vamos! ¡mira!
Aquí los traigo por el pelo
cuando se murió Antonio vos y el Reynoso aprovecharon.

Entonces comenzaron a salir
—Ojos, puro ojos!
Mirando, dando vueltas.

MIGUEL, EL DE BURÍA, Y LOS SUYOS

A Mateo Manaure

—Dónde está mi nuca Losada

—Y mis espaldas
y la sal que nos echaban Losada

“Viene un caballo, vete Losada
vete”

—Dónde está mi mujer, Losada
mi hijo
y los perros que se lo comieron

“Oye relinchar ese caballo, Losada, oye,
¡Vete!”

—Dónde está la trailla
y las gorgueras que nos ponían.

—Los palos donde nos ahorcaron
¡dónde están Losada!

“Ya llegan Diego
por el techo, por las ventanas, por las puertas
¡Llegan!”

—Ahorita mismo
Aquí nos vas a responder

¡ALLÍ ESTÁ PEDRO PONCE!

—Que te traguen los perros!
¡Que te pudras!

Y Pedro Ponce paseaba por el cielo
y debajo iba el mar,
y él —callado— paseaba.
Y estaba Diego maldiciendo
—¡Que te rompan las tripas!

Y no lo oía Pedro Ponce
que aireaba su cadáver

—Vos y tus hijos me robaron
¡Ladrones!

Y se veía el cielo claro
entre la noche y la eternidad,
y Losada se miraba pequeño, muy pequeño.

—Me robaron
Vos estabais echado
¡ni un pelo de indio apaciguasteis!
Habría pasado Pedro Ponce toda su muerte dando vueltas
y Losada gritando
pero llegó una lluvia y corrió los cielos.

REGRESO AL SITIO DE NARVÁEZ

Huesos que se levantaron una vez
podridos huesos de la noche
cráneos boqueando y tibias y brazos espantados por los caballos
aquí venía Narváez con los suyos¹
—marañones que pusieron en sus tumbas a
más de un alma
y otros que vinieron a merecer,
¡yacen!

De aquí me iré a cubrirlos con una buena capa
así el viento no empujará otra vez sobre las peñas esos restos
y el blancor de sus huesos volverá
con el oscuro suelo.

Permita el tiempo regresar
al Sitio de Narváez,
sobre todo por el entierro
que desde hace mucho llega Narváez y me llama

—Entiérranos, Losada, entiérranos
tú que conoces dónde.

—Ya voy Narváez, ya voy,
espérenme
que yo los entierro.

1. Este verso no aparece en la edición de (1977).

A BRAZO PARTIDO CON INFANTE

Una cabalgata se apartó de la sombra
y bajó rápida:
—Infante y Juan García

Y dijo Infante
—A ese Losada
no lo resiste ni el Infierno,
echado todo el día
tejiendo rencillas y ahorcando indios.
Nos manda como perros.
Cualquiera de estos días nos ahorca por el puro placer.

Y oyó Losada
—¡Infame!
que de no estar en esta cama os juro que ahora mismo
os tragaríais la injuria.
Y se le encogía el corazón. Estaba acostado
con su dolencia en apogeo
y le temblaba la barbilla.

—Nunca va él
manda uno de nosotros —Id vos Infante —dice
endiosado en el mando.

—Traidor
las veces que salisteis
¡temblabais!

Y discutían, Losada desde el cuarto

Infante al otro lado de la noche,
y se sacudían con insultos.

Y Losada volaba sobre La Borburata persiguiéndolo
y se escuchaba a Infante tronar
igual que un tronco cuesta abajo

ESE DÍA DE LOS CACIQUES MARICHES

—¡Vamos Ponce! ¡Vamos Fernández!

¡Pronto!

Y un vocerío. Y Pedro Ponce y Martín Fernández leyendo la muerte.

—¡Pronto!

Y Ponce y Martín Fernández de Antequera erguidos puro odio.

“Que se los lleven
Que se los lleven bien atrás” –dijeron
“Que se los lleven y los empalen!
Bien metidas las puntas!
Que los agarre el diablo!
Que aprendan!”

Yo en el centro, con ellos.

“Atrás de las últimas casas, bien atrás”

Y se alejan y queda Ponce junto a mí,
y los indios amarrados, viejos macilentos,
arriados, yéndose

—¡Qué alaridos! ¡Por Dios!

Ay Ponce

Ay Antequera

Qué mata de crimen

¡Qué diablos de sangre!

CIELOS DE BARQUISIMETO

Viene el cielo arrastrándose

—Quién es el que lo toca. Quién le viene arrancando las nubes!

—“¡Yo que busco mujer!

¡Que me devuelvan esa tierra!”

Dónde hay una mujer para este bravo

Es que no vino de Andalucía, de Asturias

una muchacha recia de caderas y pechos

que sepa disponer una casa?

Qué pasa con ese que quiere desmontar a las nubes!

—“Yo que busco mi hacienda

por aquí, por aquí estaba”.

¿Pero es que habrá de ser que le quiten todo

que lo vuelvan un

palo?

Anda

Corre esa cortina muchacho, Córrela!

Que se tape la infamia!

REGRESO

Anda
que no tengas más discusiones ni más
pleitos Que no pases
sacudiendo los techos!

Por un pedazo de gloria, por un amarillo
pedazo de gloria
te estás volviendo

¡flecós!

Me has seguido desde Puerto Cabello, desde
La Borburata

Di al fin!

“Se enganchó de unos árboles y echó a caminar
y tomó su figura”

¡Más, Losada!

“Y recogió su humo y se endureció
y arremetió brillando”

Recién venido del Infierno
en su primer amanecer
después de tanta noche.

CUANDO EL VENADO Y EL TIGRE DE MAR...

A Vicente Gerbasi

Podrida la tierra
con esos fieros y terribles del mar.
Achicaron los hombres volviéndolos
un pasto.
¡Ya no hay camino que no pasen!

Llegó el día de meter los críos y las mujeres en la niebla.
Todos los hombres bajarán
Por uno y otro lado
Por las alturas y la tierra
Entre los ríos
sobre piedra y espumas

Como puntas de lluvia
y piedras
Como cabellos de mujer
y monte
y más que hormigas
bajarán
Anequemocane y Macuto
y Paisana
y Mamo y Paramaconi y Tiuna
y Tamanaco
y Conopoima y Terepaima y Chicuramay
y Sorocaima y Aramaipuro

—Pide a tus dioses, invasor.
Limpia muy bien tus armas!

Qué día
Qué fuego
Cuando se unieron la neblina y las olas
Cuando el venado y el tigre de mar
Se hicieron a la guerra!

QUE TIEMBLLEN LAS CULEBRAS ENEMIGAS

Ahora comenzará a temblar la tierra
a quejarse el monte
a revolverse el agua
¡Nunca vieron tanta fuerza regada!
Nadie juntó los hombres así como el Tigre del Cielo

Y los jefes de piel verdosa y plumas
de arrendajo
–Flecheros ellos,
y corredores y saltadores–
suenan su selva

Unos se pintaron de alcatraz y gaviota,
porque traen sus flechas como puntos de espuma
como ojos de peces,
y vienen con estrépito
sonando caracoles y huesos
En sus gritos corre el sol de las aguas

¡Que tiemblen las culebras enemigas
Que tiemblen las bestias enemigas!

LAGO DE HOMBRES

Adónde van
A qué parte vuelan sus piernas!

Pasaron por las tierras de Catia, al oeste,
atravesando niebla

Qué dicen los invasores
Qué temblor mueve sus rodillas,
Sus relámpagos

¡Dónde se esconden!?

Nube negra vienen
—con odio y tempestad—
los de la tierra,
Con alaridos vienen.

Azules y sangre
Negros y amarillos
Verdes y manchados de tierra

Qué lago de hombres
Qué lluvia de guerreros

—Ahora verán los de ultramar
a qué sabe la muerte.

ASÍ COMBATEN LOS DEL HUMOSO BOSQUE

Para Enrique Hernández-D'Jesús

Cortando caras y arracimando brazos y dientes,
¡allá vienen!

Salieron de sus escondites
brincando.

Tienen una lanza en cada mano,
y en sus espaldas

Colmillo de flechas!

Una mirada de esos guerreros
y los dioses del enemigo
tiemblan.

Una flecha
y sus ojos se cierran!

Ya no hay más que cadáveres
Ya no hay más que fuego.

En las bocas y narices del enemigo
y en su risa y su cuello
enterraron sus lanzas

—Y nada pudo el dardo invisible ni

la atronadora candela!

Sus escudos y sus dientes de hierro
¡Inservibles!

Así combaten los del humoso bosque y la arena
Que se fija y dispersa!

¡Y nuestros dioses ocupados, jugando,
Ni se fijaban!

Di, Tiuna
di Tamanaco,
Dónde está el que dispone,
Por qué no llega?
—No responden Tiuna y Tamanaco,
secos de lengua.

Di, Paramaconi,
di, Tamanaco,
Dónde está el que dispone,
Por qué no llega?
—No responden Paramaconi y Toconay,
mudos.

O tocamos sus puertas o hacemos por ellos,
los dioses!
Ay tener que tocar la puerta de nuestros dioses!
Ah
Cómo quedarían esterados los recodos del suelo
La yerba y las colinas
cuánto sangraron.

Di, Tiuna,
Di, Tamanaco,

¿Dónde ir?
¡El enemigo ya se acerca!

—No permita mi vida huirle
Que me convierta en oso si no vuelvo la cara al enemigo!

El último día de Tiuna ha llegado, este sol
¡verá que lo maten!

UNO DE CORAZÓN PICADO*

No fue Losada ni Pedrarias de Alместo ni Juan Pinto
ni Sancho del Villar ni Martín Fernández de Antequera
ni Pedro Alonso ni Juan Díaz
–venidos de ultramar–
Uno de los propios, uno
de corazón picado–
Miró a sus jefes, los que iban sobre bestias,
y se aproximó cauteloso

Ay que Tiuna peleaba con tres enemigos
Y llegó el traidor y a veinte pasos de su espalda
tensó la traición
y disparó su flecha

¡Cómo abrió los brazos el guerrero cuando
penetró el hueso de veneno!
Y el dolor y la muerte
lo estremecieron para siempre.

* En (1977) este poema forma parte del poema anterior “Muerte del cacique Tiuna...”; o “La puerta de nuestros dioses” en la edición de (1967) forma un poema aparte: “Uno de corazón picado”.

INFIERNOS QUE TRAEN PERROS Y FUEGO
(Muerte de Guaicaipuro)

Sueño cómplice
No dejes que lo maten,
anúnciale con tu luz –dile
con tu mágica lengua.
Sacúdelo y que huya
porque ya se aproximan los matadores
–infiernos que traen perros y fuego.

Sacúdelo

“—Vamos Guaicaipuro, vamos
que la noche te guarda muchas heridas,
No te quedes acurrucado
¡Levántate!
Vuela a otra de tus casas”

Qué hacían los guardas de su sueño!
Dónde estaban los que debían ver a su lado!

Subiendo por los espinazos del monte
Qué silenciosos
Qué callados
¡Qué tenebrosos los que hurgan la noche!
Sus caballos traen envueltos los cascotes
Sus perros llevan bozal
Y suben –mudos– por la niebla.

Qué pájaros del crimen
Qué cuchillos
Y el traidor que los lleva ¡Míralo!

PORQUE HASTA EL AIRE SE ENSAÑÓ

*Para Humberto Febres,
Mariano Rocha, Juan Verde*

De dónde viene?

—Del aire viene

Con el paso del tiempo y la gloria
los echaron.

De dónde viene?

—Del aire viene

Ah Taramainas, teques, meregotos
quiriquires...

Ah Charagatos, caracas, arbacos, mariches,
tarmas...

¡Hijos!

Qué fue de la gloria!?

Hoy mismo el viento arroja la desgracia a esos rostros.

Peste trae la desgracia

Fiebre.

Porque hasta el aire se ensañó!

¡No vayas a decir
que de miel son tus enemigos!

Ah Guaicaipuro! Ah Guaicaipuro!
Que mil veces te pudras, fementido!

Te encontraré Por Dios
Vive el cielo
que te arrastraré a los infiernos!

Que no me llame más Juan Rodríguez
Que me lleve el demonio a lo más hondo de sus cuevas
Si no me pagas
Ay!

Hijos! Hijos!
Quién me dio que los trajera aquí
Quién me dio traerlos por estos arcabucos

Ay hijos!
Hijos!

NADIE ARRANCARÁ SANGRE BAJO MI CAPA

Verdor
cómo estás anublado
Qué árboles pálidos,
 los caballos cada paso
se asustan.
Los extranjeros sienten frío, alzan los ojos
—el cielo se les viene!

Y ya al atardecer de ceniza, el sol
 saluda apenas.
El de la capa grana detiene su montura
—“Nos siguen” —dice
Pero el silencio fluye de la sombra.

Sus corazones agitados
—“Nos siguen” —dice el héroe,
y se detienen otra vez, viendo—
más sólo de los árboles
 desciende suave ruido.

Y rodó estremeciéndolos un gran mar
y en todas partes
 Furia!

Largas picas, recto a sus corazones.
Allí el héroe se vuelve
 y comienza su muerte.

Desde la montura adonde alcanza la vista

–Penachos, arcos, flechas–
No hay sitio que no sea el enemigo!

Su brazo aparta a uno y otro lado
cubriendo con la adarga.

Y de su espada

¡Muerte!

Ya su cota no tiene sitio para flechas
su sayo y escaupil
lo hacen enorme pájaro!

Cuántas flechas sostiene!

Qué rostro lívido!

Dando desesperados golpes

se refugia en la noche.

Cuán cansado

Cuán cansado está Juan Rodríguez

abajo vio una casa

allí volvió su cabalgadura

(Los ojos de su caballo ni ven del cansancio).

Desmayado sobre la silla de montar

con la adarga caída, sin lanza

la espada apoyada en la montura

–se ha extraviado.

Él solo queda entre los suyos,

tiene el sayo deshecho

sus piernas por los ijares de la bestia

fuera sus pies de los estribos

–cuelgan.

Se tambalea

baja y se sienta

allí seca su rostro

—“Nadie –piensa– arrancará sangre bajo mi capa”
Se quita el sayo, lo echa a un lado
húmeda su camisa
y por sus manos ve la sangre
—“Ay Ay
a quién habré dado mi capa
a quién” –dice
Saca su pañuelo del pecho, tiembla,
seca sus manos y lo vuelve
Allí empezó a mover la boca
–pero no puede pronunciar
En sus ojos una terrible tempestad comienza
—“Agua!” –dice
“Venganza” –dice
Y la tempestad corre a sus adentros.

EL VALOR FUE SU OFICIO

De su brío levantó una ciudad que luce en las montañas

–Mérida–

El Caballero de la Púrpura

Par del acero

y flor de la altivez.

Lejos, sobre el cristal

levantó una ciudad

en las montañas.

Y en su corazón

nunca el temor fue huésped.

La tierra levantó murallas a su cabalgadura

la muerte puso espías en su sitio,

pero siempre y en todos los lugares

el valor

fue su oficio.

III. LA NOCHE DE ULLOA

GARCI GONZÁLEZ DE SILVA

Ah Damas y carrozas de Lima
y corredores de La Habana
y calles floridas de Santo Domingo –dijo Ulloa
Qué donairosas
Qué gentiles

Y estaba el anfitrión de pie
y terminaba su estatura en negra cabellera
que con la barba
rodeaba el rostro altivo,
y con solo ello escribía un nombre hermoso en su presencia.

¡Garci González de Silva
Qué bien vestida lleva su alma!

BRINDIS DE ULLOA

Brindemos por esta población incipiente y por el clima
que si bien estos días se nos muestra enojoso
muy pronto cambiará por espléndidos soles
y clarísimos y azules y entibiados cielos
y vientos saludables

Y brindemos por el pasado reciente
y cuya sombra aún no se ha perdido

¡Y por los versos! –dijo Ulloa

Abrieron las ventanas para que la primera noche
la lluvia y el fuego
crecieran.

PARAMACONI

Entonces llegó ese Paramaconi, el toromayna
(Mira lo que traes en la espalda
—Una fosa, una urna traigo, una urna
—No una herida, un abismo, una urna)

Y de verdad que era muy honda

Y dijo Ulloa

“Este se ve que tiene la muerte
Está muerto, se le ve la muerte”

Yo soy el pedazo que todavía no se han comido
—el último —dijo Paramaconi.

FRANCISCO INFANTE

Como a las siete
entró sacudiendo la lluvia.
Largas piernas
rostro filoso y ojos que al mirar
entreciérranse.
Y corrían dos surcos a cada lado de su boca
y los cabellos bien cuidados y largos
reflejaban luz pálida
y excelente metal

—El Capitán Infante—dijo Garci González

Y estaba el fuego a más y mejor y sonaba la lluvia
y dentro el olor a frituras y el vino
jugaban
Y de la bebida y el comer
pasaron al habla
elogiando la tierra y
echando de menos el Sur
y los reinos de Méjico.
Y comenzó la noche de Ulloa.

EL SITIO DE NARVÁEZ*

A Guillermo Meneses

Cubierto el escaupil de flechas
y sangrando su espada hasta el puño
—Infante—
se vio en el Sitio de Narvárez.
Estaba sordo
con apenas oídos para escuchar los gritos de Losada
dando órdenes
pendiente de todos entre el humo y las llamas.

Y a su alrededor
como en el de Losada y Ledesma y Sancho del Villar
—Cuerpos mutilados, indios y españoles
—quejándose,
mientras la sangre se fijaba en la tierra
(Hojarasca y terrones
ira, fuego
y vidas de hombres).

* “Infante recuerda la...” en (1977) y “El Sitio de Narvárez” en (1967).

PASCUA DE ABRIL*

“—Y así nos vio la noche huyendo
reheriendo zanjones y barrancos
con la muerte a la espalda.
Y por seis días dimos vueltas y vueltas
arrastrando las vidas.
Imagínense aquel tropel de gentes y animales
—vacas, carneros, chivos y gallinas que traíamos—
por breñales y zanjas
Y las mujeres que lloraban
Y Losada que por nada del mundo aceptaba un descanso.

Así llegó la pascua de abril
y ¡al fin! nos recostamos”.

* En (1977) “Infante recuerda la...” tiene 28 líneas; y en (1967), p. 62, “El Sitio de Narváez”, sólo tiene 16 líneas y las 12 restantes forman un poema aparte en la p. 63.

VIO PARAMACONI...

Vio Paramaconi la noche alejada
Vio las montañas enfebrecidas
y los primeros barcos.
Estaban los suyos asombrados y disputábanse los sitios
y miraban los alados y blancos huéspedes del agua.
Y vio también los primeros barbudos
y sus caballos
campeando los breñales.
Y recordó el incendio allá en el hato de Fajardo
y a Don Julián Mendoza ese día
lejos.

¡Ya viene Garcí González cortando la luna
en un caballo negro!

Y con cincuenta más cabalga!

Removió las montañas, desparramó la selva
“—¡Qué difícil encontrarte Paramaconi!
—Muéstrate, Toromayna, Muéstrate
Que te quiero matar!”

Gruñéndose
Garcí González de Silva
Paramaconi El Toromayna
¡Qué dientes!

Caen
y el amanecer los encuentra
sacudiendo sus muertes.

Hasta que el desnudo héroe
golpea un seco trueno en el pecho del extranjero
y rodó éste.
Pero ya se repone
ya desnuda la espada.

Soltó la vida el otro y quedó allí
mientras jadeaba su rival.

HABLA GARCI GONZÁLEZ

“—Sigilosos, conocedores:
Muerte con sombras!
Primero acuchillaron al servicio
y sentí los quejidos desde el sueño
y entonces vi el fulgor sobre Infante
Salté
y a falta de la espada empuñé un acicate.
Ardía la noche en sangre,
despertaron los perros.
—Ladridos, gritos
y los quejidos de Francisco.
La muerte por mi brazo
Vueltas y vueltas, sangre y sangre,
quejidos y resplandor de heridas.
Infante gritándome que huyera

(Ah todavía ese fulgor de cuanto pudo suceder y cuanto
sucedió entre relámpagos!)

Y al final los barrancos y el chillido de los pájaros nocturnos,
la niebla,
y mi cabeza dando vueltas
mi cuñado sangrando ‘—Déjame! Déjame! No podremos llegar’

Y yo
‘—¡Llegamos vive Dios!’
Y la muerte sedienta, arriba, un poco
arriba de mi frente.”

NUESTRA POBLACIÓN

Población tan nuestra como las armas conque defendemos
sus puertas
hija de nuestros brazos
madre de nuestros hijos
Yace aquí la vida de muchos
y sus huesos son abono de nuestra siembra
cal de estas paredes
vigas del techo

Tal vez no seas la más hermosa de las Indias
ni tu tesoro llegue a un sexto de Méjico
Más
qué motivo que no fuera la muerte
podría sacarnos de estas calles!
Ah, casas sin pizca de lujo ni donaires de palacetes ni
pretensiones de virreyes!
Santiago, Santiago de León, Semejanza nuestra!
Nuestros chismes
Odios
Rencillas
Pero más nuestro amor
fraternidades
sacrificios

Y sobre todo
El esfuerzo conque prolongamos el lejano pueblo en que
nacimos!
Las haciendas, encomiendas y enseres son el cielo
y estas colinas y praderas

–riberas soleadas, lluviosos bosques, resplandecientes
Montañas–.

Aunque la vieja tierra jamás podamos olvidar
Ya no podremos arrancarnos de vos Santiago de León
ni sacudir el polvo que con heridas, manchas y virtudes
has ajuntado en nuestra sangre.
Y seremos ya esta única ventura
Tu ventura y tu gracia
hasta el fin.

ULLOA SE DESPIDE

“La madrugada ya vuela ante nosotros
Los gallos
terminaron la noche
Y un silencio oscuro y poderoso y el sueño
toman nuestros
oídos y ojos

Mañana es otro día
y cumpliremos.
(Verás a Tomé de Ledesma y Pedro Alonso y al
Caballero de Ávila)
Hay tanto que decir de esta Santiago de León!

Ya bebemos el último vino de este
amanecer
(Garcí González ha servido, el indio duerme, Infante
ha cerrado los ojos)
Y escucho el ruido de unos cascotes, una acequia, un pájaro
que canta
¡Qué sé yo!”

IV. HABLA LA SOGA*

Muerte de Francisco Fajardo

A la memoria de Víctor Soto Rojas

LA CASA DE CRISTÓBAL COBOS

Yo estoy al final, echada,
–Aquí en Cumaná–
Y el sol me cae.

Yo soy la casa de Cristóbal Cobos,
El justicia.
Por mis paredes recuesta su silla,
por las vigas se mece.
Tira su sogá, escupe
y ronca.
Y yo soy su casa
que lo guardo
y le cierro la muerte.

Lo veo en la sala,
se toca la barba y camina,
camina por los corredores, sonando
sonando

Qué será lo que gruñe Cristóbal Qué será!
Suená
y piensa
“Vamos, muchacho, vamos!”
Estás lejos

* El subtítulo “Habla la sogá” no figura en (1977).

Vente ¡Vente!
Ya te preparo,
en mi barriga te preparo.

Oigo los pasos del caballo
¡viene!”

FAJARDO VA DERECHO A LA MUERTE

Ay que no puedas resistir la llamada,
que no puedas!
Al trote tu caballo
derechito a la sombra

Y tú, Isabel, que no lo llamas.
Baja del cielo y aparécele
“—No vayas hijo”, dile—
Que frene su caballo.

Este día tan cruel ve, sereno,
la víctima.
Este día ¡No escupe al asesino!
Qué no ha de llorar esta tierra que él sigue,
esta calle negra.

Ah! es tarde
pero el sol todavía se estira
y alarga al jinete que pasa
a la puerta del fin.

Ah Ya escucho que vienes, por el principio de la calle
vienes
¡Ya se acerca!”

EL ESPEJO

Cuando se mire desde esa silla enfrente
recordará

Sale de su casa,
se aleja por el mar, hunde el remo
se aleja

Rostro
no te mires en la hoja quebrada,
sobre mí pondrás tus ojos una vez
y desde mí

saldrá la muerte.

Mirarás las ruinas de un pueblo
un alado pueblo del mar
y verás a Isabel
y un valle muy extraño

Qué ojos que no saben advertir la traición!
Qué pupilas!

No vengas!
Oigo ya tu caballo —No vengas! —digo

Qué inútil, tú no escuchas,
oyes sólo una voz
Los abiertos labios de la muerte
llamándote

PRESAGIOS

A Juan Sánchez Peláez

Vio una sogá, colgaba en su casa.
Afuera estaba un muerto
Era una sogá fina y cruel
salía de la boca del muerto.

Vio un pueblo, escuchó gritos,
venían a matarlo
él estaba cargando un arcabuz, sudaba

Después vio unas vacas paciéndo
y un valle claro y reluciente
y guerras

Miró por otro lado
Estaba Isabel en su hamaca, meciéndose,
y junto a ella pájaros y enormes hojas que brillaban
Allí empezó a crecer el mar

Entonces comenzó Francisco a perderse
a perderse

LA COMIDA

No me comas Francisco
que soy tu muerte
Yo, la carne espesa de tomates y orégano,
yo, la sal
soy tu cuchillo

No me comas Francisco
que soy tu filo, tu punta de flecha,
Yo, el venado
el puerco de monte,
el aguacate y la papa
Soy tu vela de entierro,
tu incienso, tu urna

No me comas Francisco que soy tu agua bendita,
las legumbres, yo
tu pala, tu pico
el sitio donde caven tu fosa
No me comas, hijo, no me comas,
que después no podrás vomitarme

Y comió Francisco su noche, su filo, su punta de flecha
y comió su pala y su pico
y la urna
y las velas que no le pusieron.

TRANSFORMACIÓN

Ay

Quién puso esa lámpara justo sobre su rostro!

Quién tiene esa luz allí para cegarlo!

Es el espejo que hace salir la muerte de su capa ligera

La fuerte viga desde el techo

Una silla

Un vaso con veneno!

—Fajardo!

un sudor veo por tu frente:

Rostro cenizo y agua oscura

El crimen corre desde la sombra hacia tu corazón

El miedo

El viento

Es, sí, es

esta casa que se levanta y cierra sus paredes

La puerta que se estrecha, el corredor

que se vuelve un pasillo, un cerco

un

¡Filo!

¡AGÁRRENLO!

Qué sombría la sala cuando
se rompió el velo!
Y el velo era la mentira de Cobos, El justicia.
Allí se quitaron la máscara, dijeron
—“Ah Ah Pero si ya lo tenemos”
y se restregaron las manos.

Y se rompió la oscuridad
cuando Cristóbal Cobos dijo
—“Ahora hagamos justicia”
—“Justicia! Justicia!” –dijeron

Y Francisco estaba muy pálido, sudaba y era ya
de ceniza.
Allí comenzaron a perseguirlo
—¡Agárrenlo! Agárrenlo! –Y Fajardo se resistía.
No hubo un milagro que bajara del cielo,

ni una seña, nada, la cuerda de Cobos
vino de la noche y
cayó por su cuello.
Fajardo sintió que la muerte
lo estaba arrinconando
 “Morir” –se dijo
y sus ojos se hundieron
Trató de zafarse Ah Ninguna sombra, ningún alma
vino a salvarlo
La madre de Fajardo en ese instante
tenía ocupada su alma
—“Madre –decía Francisco– baja del cielo y sálvame!”

Pero ella estaba ocupada.
Entonces comenzaron a halarlo
y habló la sogá con su voz
fina y cruel.

LA SOGA

—Fajardo!
siento las voces por tu cuello
Ah la cabeza cubierta de larga y densa cabellera, y el cuello
Tu cuello!
Oigo ruido en tu corazón!
Desde los pies te sube el miedo!
Hala Cristóbal!

—Qué preciso este lazo!
Casi difunto vos
Fajardo!
Qué respiración fuerte
Acezas

Cobos se ríe
—Hala Cristóbal
—Estás pálido!
La Muerte!
Sí!

MORIR

Ay

Ay

Ya no regreso nunca!

Dónde estás, Isabel, que no acudes a tu hijo?

Madre

baja y ayúdame

Sólo una vuelta y

Ya! Morir

No ver más. No más

ser. Oír siempre el silencio, ni siquiera

oír nunca el silencio

¡La quietud

quieta

hasta jamás!

LOS ASESINOS PROCEDEN

De qué lugar vinieron estos perros!

—De dónde!

Fuego eran por las cejas.

Qué serpiente endulzó ese veneno!

¿Quién los alimentó cuando niños!

Escogieron la noche para apagar los gritos de la víctima
y gozaron el crimen

ACTO DE MATAR

Que no le den con ese trueno
Que no estrellen su frente

Ay
—¡Ya más no lo maten!

Cómo quedó el cuerpo sin seña
El alma sin rostro

Lo suben

Que se pudran antes de medianoche las manos que suben
[su cadáver
las bocas que hablan empujando a este muerto!

Que llegue pronto el día
para que el sol fije su luz
y aparte de ese cuerpo la noche.

ADIÓS ESCUQUE

(1968-1974)

*Al doctor Rafael Pérez Perdomo,
con amistad y reconocimiento,
dedico este libro*

PAJARITO QUE VENÍS TAN CANSADO

Pajarito que venís tan cansado
y que te arrecostás en la piedra a beber
Decíme. ¿No sos Polimnia?
Toda la tarde estuvo mirándome desde No sé dónde
Toda la tarde
Y ahora que te veo caigo en cuenta
Venís a consolarme
Vos que siempre estuvites para consolar
Te figurás ahora un pájaro
Ah pájaro esponjadito
Mansamente en la piedra y por la yerbita te acercás
—“Yo soy Polimnia”
Y con razón que una luz de resucitados ha caído aquí mismo
Polimnia riéndote
Polimnia echándome la bendición
—Corazón purísimo.
Pajarito que llegas del cielo
Figuración de un alma
Ya quisiera yo meterte aquí en el pecho
darte de comer
Meterte aquí en el pecho
Y que te quedaras allí
lo más del corazón.

TODOS LOS CORAZONES

EL SIETECITO ESTÁ DE BUENAS

A Félix y Mireya

Grandes ojos esas ventanas
Viendo al cielo oscuro Viendo a
todos los muchachos y gentes que pasan
calladas o pateando una lata o llevando de cabestro una bestia, o
Flores, o
Noches...
Miran ellas, Ventanas, Qué grandes ojos!
Y a lo lejos:
Puertas abiertas Hombres escupiendo Hombres bebiendo
Oyes decir muy quedamente:
“Siete, de verdad, cómo estás de buenas...”
Y entonces ves la yerbecita, ves los aleros, ves los grifos
donde salta el invierno
Y echa a cantar...
“Esta es la Casa Grande
Casa Grande/Vive la Niña Delia
Delia Margarita/Delia del Gran Sombrero
Cabellera en el Agua/Delia de las muchachas nadando
Se llama Olor/Granadas Rojas se llama
Delia de todas las Nostalgias
Perfumes Idos”
Y ya el invierno se hace corriente por las piedras
Ai lo escuchás quedito
“Vení Este es tu enlozado húmedo”

Y vas hasta el portón
Ay En este portón se detuvo el Siete Miró largamente
Muertes ajenas lo habían inaugurado
pero ninguna de las tuyas se había inscrito en los huecos de cigarrón
Veta de madera/Tablita de adorno y Cerradura
Y allí pegó el oído para oír:

Se oyeron corrales de chivos que venían detrás de
una mujer

Vieja de las chivas Sí María de los Ángeles dormida sobre restos
/y cagarrutas

Refunfuñona Venía –Al lado de los cabritos/Desgreñada
con un palo en la diestra

Hay cerca de allí un sitio donde oscuras ruinas se levantan
Muros derruidos

los vería con ojos nostálgicos

Mañanas soleadas/Tardes soleadas/Y tardes
de color de golondrinas

“—Siete que estás parado en el portón

Dentrá!”

dicen del zaguancito, de las piedritas

del corazón de esos nombres enlazados —Doña y Él
grabados en la arena.

Y en el silencio Y otra vez

“Dentrá Siete”

¡Qué me vas a decir

Calle de todos los corazones!

DICIEMBRE ANDANDO POR EL CIELO

A Carlos

—“Díganle que me van a vestir de Virgen María
Que ya tengo aquí el vestido y la banda azul que lleva”
Ai nos veíamos por las calles
“Que si aquí no tienen al Niño Perdido”
Ella iba montada en una burrita
Yo le traía la bestia de cabestro
“Que al Niño Jesús Perdido
lo venimos a buscar...” seguíamos
“¡Pobre Virgen María!” —decía la gente
Los Reyes Magos bien rascados
caracoleando los caballos...
“¡Cuidado con esas bestias!”
Velas y faroles incendiaban las calles
los músicos reventaban sus cuerdas Y el cielo
arrebataban las pastorcitas
“Miren! Miren!” —decía la gente
—El cielo más parecía un barco...
“¡Miren!”
Entonces tú volvías la vista:
“Después nos vemos Ya Sabés?”
De todo corazón.

1974

AH RIGOR

No pues no vaya a creer Y cómo no me voy a acordar
Tanta noche con luna! Tanta guitarra! Y las ventanas perfumadas
y vos llena de lirios Y los lirios en un decir

“Amor!”

Todos los árboles de la plaza Los bancos de la plaza La iglesia
los caminos

El pozo Albor...

Oíme Oíme

Yo siempre estoy pendiente:

—Dónde estará Qué estará haciendo Se acordará de todo?

¡Ah Rigor!

LAS CATEQUISTAS

A Enrique Arenas

“Por nuestro amor oculto en el Sagrario”
cantaron las catequistas
Bajaban las escaleras del Harmonio —Cantaban
“Dios está aquí...”
Hebe— Rosa— Beatriz— Gladys— Angélica—
La nave izquierda en la dorada iglesia
batía un aire tibio
—“Pongan Atención!!
Téñse quietos muchachos!!!”
Arriba: Golondrinas entrando y saliendo por vitrales azules
quejidos que venían
de una perdida lluvia
Cómo sostenían sus pequeños libros en pequeñas manos floridas
Y qué rostros de resplandecer
“Venid adoradores adoremos” cantaron
Entonces se escuchó al viejo del Coro: “A nuestro Redentor”
Una rama de mirto y
un pulcro clarinete —Eso eran
Los capiteles se echaron a dar vueltas Y sus columnas
Ascendieron
La Inmaculada toda lágrimas junto a su hijo —San Juan íngrimo
en aquel llano...
“Gloria a Cristo Jesús” —cantaron las catequistas
“Cielos y tierras —Benedicid al señor” —Respondió el Viejo del Coro

El sacristán y su ayudante por la nave mayor pasaron muy de apuro
Y la pesada iglesia comenzó a levantarse:

Las golondrinas y las cartas de amor
las nubes del atardecer y una lluvia imprecisa

se llevaban la iglesia...
No vimos más las catequistas
Hebe— Rosa— Beatriz— Gladys— y Angélica
Qué será de ellas en el dulce infinito?

LA NIÑA ROSA HABLA CON SUS QUIMERAS

A Carlos César

Ventarrones con lluvia
Nubes que de tan pálidas se iban volviendo negras
¡Quimeras!
Había que conocerlas con el tiempo
Porque si no
¿Quién iba a mantenerlas?
—No
¿Y no se acuerda aquellas noches que pasaban volando?
—Aves, sí.
Nomás recados de una estrella
Esa que va pendiente de uno
—¡Y qué de sueños!
Por los días de San Juan:
 “Corazón, mirá bien
 Ahora sí que te vas
 Que ya por vos
 De muy remoto puerto viene un barco”
Y pasaban los años
y allí en las grises calles un mojabobos y un chinchín
 “Nunca te darás cuenta
 de que tu fiesta era un rocío?”

Otro era un decir los montes:
 “Matrimonio y mortaja...
 “Matrimonio y mortaja...

Quimeras Sí!
Mas para qué espantarlas si ai mismito remontábanlo a uno
hasta el más bello suspirar
—Garzos ojos

—Y estrellas que volvían del aguacero
—Barajas y pañuelos de Olán
—Se acuerda los jugadores de billar,
el rosario empeñado...

Nombres tengo
Nombres y sus personas en eso de ensoñar...
Pero así queden
—Valga Sí
que el alma les dolía de quimeras
Y que de aquellas almas les volaba una flor
—La que llamaban Pensamiento Sí
—Se usaban en los libros
Marcas de amores en las cartas
Marcas de versos

Tiempos ya idos Qué de años
De los arrecostados, de los arrinconados decían
“Viejos se van poniendo de puro requerir
sus adentros”.

1974

SERENATA

A Miriam

Vengan las ventanas al anochecer
Vengan las rosas y Vengan los frascos de perfume
Que ella está muy solita y se oye:
 “Mi alma de luto viste –Y se encuentra entristecida”
Ay soledad
Ya regresaron las guitarras a ponerte luna
Ya vuelven los serenateros a gorgorear amor
Y las calles se han ido levantando
 y ya clarean sus nieblas

Oigan —Sí:
 “La rosa que tú me diste –fue cortada antes de tiempo”
Nomás que hacen falta los jazmines del macetero
Pero
Qué digo yo jazmines Miren que el aire acaba de conocer su más
 [dulce ramo]

Oigan respirar al silencio y Oigan
aletear los corazones
porque el pueblo ha subido arriba del sereno
y la canción se lanza al firmamento:
 “No llores Niña - No llores - Que por tu llanto
 Me muero Yo”

Versos y flores
las ventanas se echaron a volar
se quebró la guitarra
Vengan
apaguen las poquitas estrellas
que el albor arribó.

PUERTA DE GOLPE

MI MADRE SE DESPIDE

A Régulo Villegas

Qué tiempo es éste que no tiene sábados
Qué tiempo es éste todo esperas
Adónde están las fiestas que dijeron
Los domingos que decían Dónde fueron!

Perdida en mis enfermedades
Asaltada por fieras hambres
Dios Qué fue de tu misericordia!

Me remedí con haces de leña
Con remojo de ropas me sustentaba
Pero este cuerpo no resistía su carga
Agachado se hundía y se apagaba
Aí fue cuando les dije a ustedes
—“Hijos que me han costado tantas muertes
Vayan y acójanse a otro pecho
Dios no desampara al que cría
Ya los veré si un día regreso”

Sólo Dios sabe que al volver
No tuve ya paz ni remedio
El alma vuelta unos breñales
y el corazón borrando nieblas

Jesús Por qué un pago tan grande

Dime por qué todo es tan negro
Si te ofendía nuestra pobreza
¿Por qué nos aventaste al suelo?

DESPEDIDA DE LAURENCIO

—Apúrate
—Vamos
Y vos lejos, más lejos
—Vamos
Y mucha gente, mucha gente
Ay aparte la gente, me abrazan, lloran
¡Párate Laurel, Laurelito, Zorro, párate!
Pasé la mano por el vidrio
Vi tu nuca
—donde te mataron—

Ay que tengo miedo Siete
Rucha, Mi Poe tengo miedo
—No tengás miedo Zorro No tengás Miedo
Mirá que hay flores Ves? Flores
(Y el olor de la muerte sos Vos, Laurel)
Y ahora todos llorando Todos
y tranco las mandíbulas y aprieto la boca
Todos llorando Todos
Aquí comenzás cantar
“...las aves cruzan los campos”
Ay que tengo miedo Rucha, Mi Poe
—Estoy aquí, muy cerca Zorro
Bajamos los escalones

“... Todo es silencio y calma”
Te asechan Te asechan ¡Te asesinan!

Misa
no hace un año que vinimos a otra
No mirés pa trás ¡No mirés!
—Siete, Siete, oigo una música
Es noche. Muy oscura
se fueron las aguas
“Por la cuesta del arroyo”
Va sudando el de adelante / Suda
Y tocando la marcha
Nos paramos en las esquinas por las posas / Le cae a uno
agua bendita

Tan pálido allí ¡Tan pálido!
¡Muerto!
En la Iglesia agarré unas palmitas que te pusieron
les dije
—Hola Zorro, hola Laurel
y me dijites
—Quiúbo Siete, Quiúbo Mi Poe?
La casa de abajo toda reventada
Iba llorando
Y los almendrones: “Ay que este era el gallo de Laurencio / Cuídenle
ese animal Ay que eso era adoración con él”
Cambiaron los cargadores
“sigue corriendo el agua, Suspiro...”
(esa era su canción, su canción)
Y ya pasamos la quebrada
—Me pusieron un flux que era tuyo oís Rucha?
A tu medida
Dijo el Cementerio

—Ya me traen al Laurel en sangre
le tocaba el primero
Voltiamos a mirar
Arriba Arriba
donde nacimos / donde nos levantamos
a puro sufrir
 “Todo en silencio y calma
 y alrededor...”
Alrededor de la urna que ya está ensogada
porque ya te van a bajar
—El flux que nos cambiamos Rucha, Vítes?
Ya están discutiendo cómo bajarte
—Mi Poe, Sietecito ¡No me dejés!
Y los enterradores
 “eso estaba que era pura agua, ya está limpia”
Pero ya comenzaron Ya comenzaron a taparte
te ponen cemento y
 ya no veo la urna
—Adiós Zorro
 (Tomá esta piedrita)
Y comoiba quedarme con los demás No yo me Fui abajo
bien abajo
 solo.
Elevaban un volantín
un volantín
por el matadero y lejos
 “Las aves cruzan los campos”

miré el cielo
Voltié
 Ya no eras más que Flores
 Flores
Oí

—Adiós Rucha. Adiós Mi Poe, Sietecito
Adiós

—Sí Zorro, Sí Laurel
Adiós

Se fue yendo la gente, yendo
y unos pajaritos, unos pajaritos por el monte

VIEJO LOBO

A Micha y Armando Romero

Al decimocuarto domingo del año
—Amanece! —dijeron
Y yo salí a la luz
Cuántas flores Rosas que duraron un golpe
pues desde muy temprano mi alma sola
repasó versos, frondas y amor
en las hebras amargas. Y así crecí
entre hermanas suaves y tías católicas
y por la edad de adolescencia
zarpé lleno de sueños.

Después pasaron lentos años
se alejó el aire de los viajes y el viento
me amarró a esta casucha
¡Qué plantas desgredadas Y siestas
Y noches que escribían en un oscuro diario!
Un corazón ocupado de amores turbios, alma en vilo
sin ley
En cuanto a los demás:
Perros sin fiereza acesando sobre mugres migajas
—un dinero, un poder
una vida de más preponderancia
No es que yo fuera puro si no
que al poco de correr
vi entre ellos mi alma hirviendo y mascullando
Y ya no me quedaba más que
una huerteceja: tres matas de maíz y estos tapiales
Ai vinieron ustedes.

Y para qué vivir si no

para recuerdos o para andar de arriba abajo
que decían de mí
Ay Dios Lástima de hombre!
Y yo del fondo de mi vida hacía brotar un verso
un verso Sí un verso como una flor
reseca y arrugada
Y entredormido musitaba mi sueño:
Irme, Irme muy lejos
Quieres escucharme otra vez?
“Adiós Adiós la Flor de este jardín...
 Adiós su señoría El Obispo
 Adiós Adiós al General...
Frases de mi saludo a compás
Y subo con mi bastón de vero
pueblo arriba donde mis hermanas lloran por mi suerte.
Desde lejos me odiaban y desde lejos
yo también odiaba
Yo era un resabio
y era un asiento de bebida que tenía que dejarse
Adiós las viejas fiestas, los poemas
el gusto por los discursos de orden
Otros llegaban más mezquinos, más prácticos: Un habla
empalagosa y vulgar.
¡Cuarenta años entonces! Todo
qué rápido y amargo.

EL PATIECITO

A Pedro Parayma

Me dijo mi padre el Dr. Ángel
—¿Qué haces Rómulo?
—Estoy desyerbando el patiecito
voy a sembrar
 Pero...
¿Adónde está lo que te di Rómulo?
¿De qué estás viviendo?
—Bueno soy escribiente padre
 Escribiente.
—Entonces
 No fuiste lo que yo soñé
—Ay padre
 lo que soñaste se lo llevaron las aguas
 Ahora sólo hay malezas
 malezas ¿ves?
 Estoy limpiando el patiecito

LLORANDO A NUESTRA MADRE ADOPTIVA

A Luis Camilo

—POLA!

—Aquí estoy escribiendo esta carta
No ve que ya se va el coronel Llavaneras

—POLA!

Ya voy
Tengo que terminar de acomodar estos recibos: No vaya a venir esa
[gente

—POLA!

Tanta lidia!
¿No ve que tengo que acabar estos panes? Son para el día de los
Santos Inocentes

—POLA! POLIMNIA.

No me dejés solo POLIMNIA!
Pero ella estaba en aquella fría tabla con la cara tapada
Amanecía
En la maletica pusimos sus vestidos, su agua florida
Nos llevamos sus cosas.

YO MISMO PASANDO POR ESTA VIDA

A José Ramón Medina

Árbol florido Todo él echado sobre el patio cabeceando sus hojas
y entredormido
Bueno Vivía allí una vieja con su perro Y yo mismo Niño
Qué de invención de cielos Qué decir fuentes y aires idos
Yo nacía y nacía Todos los días naciendo
De unas nubes arreboladas De un cantío de gallos De unos pájaros...
Venían quién sabe de qué vidas!
El vicio de mirar inventaba y los inventos eran sacar tigres del
árbol
soplar entre sus hojas Enredar
los aires con caballos que nomás salían del ensueño
encabritaban sus narices y ya no se les volvía a ver
Miren aquel ovillo y enredijo de días azules gritando
por los montes
Y allí en el entretanto la vieja cargaba agua de un puente
y el perro ladraba y perseguía a los espíritus mordiendo el aire y
sacudiendo el polvo de aquel asendereado
Así que una vez los vi remontarse muy lejos. Y yo que iba en unas
ramas echando rocíos los llamé:
—Abuela Abuela Adónde vas Adónde te llevas al perro
—Adiós hijito Adiós —dijo

Nomás que el mozo que yo era ni se fijó en el perdido arrebato que
[tocaban
ni cómo el cielo se atornasolaba
Y al ir al árbol
Pues de lo de antes no salían sino huesos
Huesos floridos y gentes demasiado jípatas

Así se fue haciendo todo borroso y cada vez se veía menos aquel
[árbol florido
y se puso el cielo turbio y comenzó a llover días y días
Pasaron las gentes muy tristes
—“Hace días que no amanece aquí” –decían
“Pura Negrura. Nomás Pura Negrura –repetían
Y cada vez pasaba más gente Cada vez más de prisa “Apúrenle!”
Me di cuenta que ya la casa se iba
Ojos míos vieron a lo lejos un niño
Vieron una vieja y un perro junto a un árbol
Quise fijarme bien Quedarme un rato Sí
Pero ya me empujaban Muchos pasaban junto a mí de prisa
muy de prisa
Yo me afincaba y me afincaba Pero ya me borraban el corazón
Ya lo borraban Nomás que Yo era solo de temblor Ya un ensueño
[Aire en vilo.

DE RAÍZ

NATIVOS

A.J.V. Abreu

Nacimos en ese pueblo donde la gente vive preguntando por los
de lejos
—Eufrasio —Démen razón de Eufrasio
—Ustedes no me han visto a Eufrasio?
Ai se reían los otros y se iban al momento
No sabían otra cosa.
Y cuando caminábamos siempre íbamos por ese pueblo
Lo que hay son puros extraños
gente forastera que beneficia animales y los cuece de una vez
para vender.
Nosotros pasamos preguntando por una tierra
—Hágame el favor Qué es lo que queda aquí?
Cómo llaman por estos lados?
Nombres distintos siempre
Dentro de un tiempo. ¡Ni quien nos entienda!
Íbamos buscando esa tierra
Lo que antes eran caídas de aguas, musgos, olor de bosta
Ai íbamos
—No señor, que aquí no le conocemos esas iglesias azules
esos animales
Lo de por aquí no es nativo, viene de lejos
Son nubes
El alma de uno iba extrañándose
Se alejaba.
Veces que se estaba demasiado
Nos parecía prestada

—Decíme corazón Dónde estamos?
Ya no estábamos
Éramos una gente que iba caminando
Unos buscábamos un pueblo, una tierra
Otros ya no
Y cuando mirábamos abajo
Pues allí estaban esos poblados
Ventas
gentes forasteras que vendían carne sacrificada, dulces, hojalatas
Otros le abrían puertas a la tierra
Y se veían apretujados, unos encima de otros
Humeaban
Sacaban chispas
Decirle a su alma:
—Esto no es ni la sombra!
—Cuidado con quedarse!
Nos agarran por el pescuezo y nos sacuden de cabeza!
Mírenme esto:
Lo que una vez fuera un valle de truenos
ya no es más que un siseo.
Otros tomaron los caminos, el agua, los lugares de airearse
Quemazones era lo que se divisaba
Troncos de cedro y apamate y toda madera
iban por los días y las noches arreando hacia las construcciones
Peladeros quedaban
Pobres chamizales
y un gran calor.
Por debajo nos sacaban la sangre,
por los pies se nos iba,
sangre de uno a los remotos mundos...
Tristeza sí.
Tristeza de sentirse andando sin saber
Qué dónde, qué fines, qué muertes y qué purgas
Son.

PLENO VERANO

A Federico Moleiro

Ahora sí que voy a sentarme
Ya voy a ser piedra Ya voy a ser árbol
Ya aquí echado voy a ser fosa Tumba voy a ser
Ya hemos pasado muchas horas dando vueltas
Mire –dice uno– Yo no soy esa motica que sube desde el suelo
Yo soy tierra
Pero al ratico anda vuelto un escarabajo
“Epa Espéreme Ya voy
Estoy empezando una sacudida”

Hace más de cien años esto es pura tormenta
La reverberación sale de todas partes
De todas partes muerden
Dicen que las palabras están perdiendo su alma
que sólo saben nombrar muertes
Y yo me despierto muy cansado
El corazón me sabe a sed.

Alma
Tóqueme aquí que quiero abrir un rato esta casa mía
Quiero sacudirla
que salga la quema
Tóqueme que estoy solo
hace más de cien años que esto es una gran quema
Miren la ceniza
la tierra pelada
Es como si fuera a llover pero el agua no cae.
Tanto tiempo sin ver más que el tropezar de los fantasmas
La madre mía me llama desde una vieja guerra
allí está sentada entre unas ruinas Unas topias

Y esos son los perros en el incendio
los perros que chillan en el incendio
Déjennos descansar –dicen–
Déjennos descansar que esto no es más que una muerte
Solo que queremos una muerte recta
esa puerta.

Créanme No los perturbaré
No quiero más que acostarme
Y echarme solo a ver
Porque las puertas del cielo
Son una reja negra

Yo sé que no hay verdor
pero estoy ya cansado
Miren si hay para quejarse en esta casa
donde todo el tiempo están sonando unos pots
y unos vientos de perros

Bien sé que todo es restos
pero de todos modos recuésteme
y cuando vea esas ventanas
llenas de hojas y ramitas
Que salga música los cuartos

—Alma—
cuando diga a llover
Llámame! —¡De donde esté yo vengo!
Pero ahora en esta plaza seca
Pásame un trapo húmedo
¡Estoy asándome!

ABUELOS MUERTOS, TÍAS, RETÍAS Y DEMÁS SOMBRAS

Hoscas conversaciones que llegaban
Gentes del sueño Gentes del viento
Eran árboles ventosos
Golpes del corazón
De una vez nos llevaban
Nomás éramos una conversación

Éramos árboles y gentes del sueño
Almas erradas Errantes árboles
Y furiosos dábamos vueltas a la vida
Hurgando unas cenizas¹
Hurgando unos rescoldos
más allá de nosotros

1. En (1977) se omite todo este verso.

DIABLO VIEJO

EL ALMA DÁNDOLE DE BEBER

Para Alberto Patiño

Llene este vaso
Llévelo y llévelo hasta su corazón Beba
Haga beber su corazón
Beba con sus ojos Beba con su frente Beba otra vez
Ya está!

Mire ahora
¿Qué me dice del Fondo? ¿No ve acaso una flor?
Sí Esa es la flor que anda en Usted Ai va su flor
Color de vida Sí
Bien puede ser el infortunio
Ai está el cielo bajo
Ya su peso lo abrume
Contra las piedras dan sus huesos
Cuidado! Mire los arreboles
Aguante
Agárrese bien duro
Pero no vaya a asirse a una quimera
Es de la vida que se agarra el mortal Es del vaivén
Ya viene el viento negro Ya le encima su muerte
Ya lo despedazó
Vuelva Cierre los ojos
Florecita Quién te ha mandado disvariar
Mi corazón está cantando
Dando brincos Volando está mi corazón

CON EL ÁNIMA BIEN TEMPLADA

Para David

Nada de escudriñar ni hacer ascos
Tire al camino y dígale a su alma “¡Andando!”
Ya sabe:
 El pecador está encerrado
 Él es su cárcel
¿Si muerden? ¡Cómo no! ¿Las adivinanzas?
Ai las tira la suerte vueltas perros
Ni siquiera imagine
Pero déjese ir que este camino es una fuente
—Con la Ilusión está vestida
 De la Sorpresa hizo su espada
 Y mire
 Los afanes de un mago le hacen tercio
De ese modo no tardará en volar
Cierre los ojos Vaya recto
Es lo que llaman una flecha
No más el aire es lo adelante
Elévese No tema
—¿Los peligros, el mal, las asechanzas?
 El ánimo bien templada/salva la doliente criatura.

CON LOS OJOS PERDIDOS EN TUS MONTAÑAS

A Nela Carmona

Vertederos

Se mira el monte y se ve el yelo

Fulgor y más fulgor Ya e ven descender

Puros peces/Nomás peces de altura/Peces que son

haces de alba y celo de la nieve

Arrebatando/Arrebatando

Véanlos caer/Muchachitos/Pichones/Garcitas/Emplumados de

[celofán

y emplumados de amanecer

Celajes de agua y agua de celajes que

el frío ha dejado caer

Vengan/Vengan pues

Díganle háblenle a mi corazón A mis ojos de

[mejor

Ver

Al dormido que duerme en este pecho

Benditos Reinos / Cielos Quietos y Acodados Soles

Miren quién viene a saludar los sembradíos abiertos y los mantones

de resiembra

júntense pues y anúdense en sus aguas cielo y tierra

Con la humedad recién nacida queden para siempre

Labrantíos Terroneras de bueyes Techos de brasa fría

donde las palomas y el viento se entreveran.

VIEJO DIABLO

EL HIJO PRÓDIGO

Démen lo poquito que sea
—Pues bueno hijo, está bien,
La madre llorándole² y rogándole Cómo se resignaba?
No es por nada –decía– El hombre es viento
Ai se estuvieron regateando Pero
Ya todo estaba listo: la maleta el caballo
Diéronle la busaca!
Y los consejos!
Pero él pura impaciencia
Ai mismo se les perdió de vista
—Que así es la vida –se dijeron los viejos
¡Mírennos al muchacho!
Y por su parte él dijo a andar y andar
Ya por montañas, por laderas por llanadas
ciudades y pueblos Aquello era un pasar
La riqueza, el placer, Eso llevaba
Gastaba con apetito En prudencia era un pichonzuelo
¿Dónde estará la vida? Preguntaba
¡Si será en esas torres!
Las ventanas de las casas eran bien altas
Los comerciantes se le apartaban
Pasó el mar pero estaban las perlas agotadas
Allí sí vio querubines rostros Mujeres celestiales
Pero igual iba agriándose y secándose

². En (1977), “llorando” por “llorándole”.

Si No Necesidad Qué era?
—Ya no quiero andar más —dijo— Aquí me quedo
Eso eran pegujales Se echaba el pico y salían chispas
Ai mismo arrió la brújula —Me vuelvo
La vida se me yela
Vino al regreso
Y eso eran gente y gente
—Mire Qué pasó Cuéntenos
Ai mismo apareció una colina
Una colina bien arrasada
Y el arrase era de una casa
bestias quemadas Las puertas Los techos
eran tizones yertos
—Dios Qué es esto!
Y dónde están los viejos
Y las muchachas Los peones Qué se hicieron?
Era puro silencio
Volvió la espalda y echó a andar
Se veía al hombre yendo y yendo
El camino iba por un desierto
Salió el sol y volvió y se hizo tarde
Abrió la luna
y se vio un puerto
Eso era una trampa Un hueso Un amargo hueso
Los barcos aposentados lloraban
Llegó una enorme tempestad
La tempestad bramaba y bramaba Los Barcos Qué alaridos
Entonces lo llamaron
—Venga —le dijeron— Esta es su casa

La casa era una gran noche. Oscuridad era esa casa
Le decían —Vea dónde están sus viejos— Vea
Y ai mismo quedó ciego
Oiga Oiga dónde están

Y en los oídos le ardió el yelo
Se puso el cielo negro
y él quejarse y quejarse
Y el mar era blanco y era imposible y negro el cielo
Ai salió él y detrás iban persiguiéndolo
—No —decía— Yo no soy —Déjenme
Pero al momento lo alcanzaron
Y entró la noche y batió el mar
Cosido a puñaladas sobre la arena aquel hombre
boqueaba
y arriba se veía el cielo hueco
—Ay cómo has pagado hijo
decían los que escuchaban y miraban
Y se pusieron todos a llorar.

LA CAÍDA

A don Santiago

Estaban ellos sumamente contentos entre tanta flor
que todo les parecía perlas:
La luna, las iglesias, eso era como ponerles vino en las bocas
Bebían y se sentían estrellas
olían y eran aires
Y cuando andaban los yerbazales los cubrían
Y si iban por el agua se volvían sus pies peces
Y si querían volar ai mismo iban arriba
Nadie les decía “No!”
De casas tenían unos rosales...³

Y ella le hablaba a él preciso
Y él a ella era un solo y puro agrado
Y vaya para aquí y andemos para aquel punto
y en eso se recorrían por todo
La tierra igual y el cielo igual y siempre aquel deleite
Si acaso que en la oscuridad los asombraba un ángel
o que de lejos tocaban músicas.
Y de comidas
eso era un hábito de tomar manees y vinos de las hojas
y las bandejas les volaban y las mesas se tendían solas
y cuando se iban a querer los guardaba la vida.

Pero como se sabe había también una gran mata
una gran mata negra de terciopelo negro
Lejos
Y la colina donde estaba era de sangre

3. “De casa tenían unos rosales...” en (1974); “unos rosales”, separada la frase en dos líneas y sin los tres puntos suspensivos al final en (1977).

moviéndose y moviéndose
y los pájaros estaban allí secos
viendo y pendientes
Y más acasito había un manzano
y el manzano estaba siempre llamando
y llamaba y llamaba
y de las mismas hojas y de las ramas
era puro llamar
—Vengan —decían
Vengan
Y se sentía como un regusto, una provocación
Vengan y cómanse esta florecita
Un gajito nomás
Y por la tierra era un recio aroma de comida
Ai mismo apareció la serpiente que era magia de la noche y
magia del día
que por sus lomos aleteaban gallos
y por los ojos refusiles
y adentro de ella se oían bailes y mucho canto
La cabeza se le mecía como una flor
y de sus oídos se cuajaba un perfume
mareando
y todo corazón volaba.
Ese cuerpo echaba días y noches
y se envolvía en raros plácemes.
Y al hombre le dijo
—Que usted no sabe
Que usted de verdá no ha tocado ni olido
Que esto no es manaes ni vino ni comida sosa
Y aquel era un darle y darle a entender
—Que usted no sabe
...Que esto es más que elixires

Pero él era de un material duro y seco

él era de una piedra muy recia
y aunque su corazón le diera vueltas
y aunque su hígado se le revoliera
No caía y No caía
Y en cambio ella era húmeda
porque estaba hecha de tela, un suave género
y el dicho le debió entrar más bien por los pechos
pues estaban hechos de flores
y los pétalos de flores no resistieron
y la culebra le rodeó los pechos, le dobló
y le curvó como si estuviera en el patio, echada
entre las matas
y esa magia se suavizaba más y más
y los condujo entre una claridad muy alta
y allí los esperaban otros ojos
y otras gargantas
y aquello era un solo canto
aguas y trompetas y montañas...
Y les vino otro oír, y aún ellos hacían por zafarse
pero sólo amagaban
Y sintieron un soplo
un soplo áspero
Y en medio del valle encima de una sangre
aquel árbol tan negro
y la sangre moviéndose
y aquellos pájaros pendientes, vuelta y vuelta,
Y subía el árbol y les cerraba el día y lo mismo
les cerraba la noche.

Y vieron unas hojas en el viento
y a lo lejos unas flores secas
y se miraron
y se estremecieron.

EL JUGADOR

Yo soy como aquel hombre que estaba sentado en una mesa de
juego

Y al promediar la tarde ya estaba bien basado

Y dio y dio hasta que estuvo rodeado de montones de plata

Y ya en la tardecita era puro de oro

Y le llegaban mujeres y le ponían los brazos al cuello
y él se reía

Y estaba lleno de joyas, lleno de prendas

y los ojos y las orejas eran de fina joyería

y los bigotes y la barba eran de verdad piedras! Y muy

Muy preciosas!

Y a las nueve ya estaba en su apogeo

Y la mesa y los jugadores y los que estaban en lo alrededor
brillaban

Y aquello eran nomás soles Y un gran sol que era él

Y esa casa era un solo resplandecer y resplandecer

Y mientras más entraba la noche

más y más claro se hacía

Y el tiempo iba y venía y así

hasta que todo era una gran montaña

Y el hombre estaba en el centro y en lo más alto del monte

Y se veía como una enorme piedra roja y en lo alrededor

todos eran de oro y todos de monedas

riéndose con aquellos dientes que chispeaban

y hablando con sus lenguas de porcelana y rubíes.

Entonces eran como las doce Y el reloj

dijo a dar las doce

Y al ratico nomás quedaba la casa

Y al ratico

nomás quedaba la sala con la gente brillando y brillando
Y ya no quedaba sino la mesa y los montoncitos de oro
Y el hombre miraba a todos lados
Y abría la boca y miraba
Y desaparecieron las mujeres Y vio los montoncitos de
Ceniza
Y se quedó desnudo
Y se puso a llorar
Ai se dio cuenta Que todo se le había vuelto noche
Y resplandores nada!
Todo de luto y hosco
Y esos ojos de él vieron una luz
y volvieron en sí
Y volvieron a mirarse como era él
Y tendió la mano sobre los montoncitos de ceniza
sonriendo
Ya me voy –dijo
Me voy como me vine –dijo
“Adiós”
Y se fue por lo oscuro.

ADIÓS

ADIÓS

Para Antonio Luis

Llovió y ha vuelto a llover
y cayeron las hojas y el sol las abrazó y el viento vino
y arrastró las hojas y sonó la hojarasca
y otra vez cayeron las hojas y el sol las abrazó y vino el viento
y el rocío se hizo en la yerba y se fue
abrieron los capullos y el insecto rompió la húmeda cáscara voló
y otra vez el pájaro que cantaba en la cuerda
bajó a jugar bajo el rosal y volvió a su cielo
y cantó y la mariposa estuvo dormida al amanecer y con el sol caliente
[subía dando ligeros golpes
y la lluvia la heló y otra mariposa voló por el jardín y el jardín de ayer
quedó yerto y enrojeció y volvió a quedar yerto y pálido y las ramitas
[secas
chasquearon y cayeron al césped y el sapo cambió de sombra y
[volvió a cambiar
y ha buscado otra sombra húmeda
y el gusano ha terminado de hilar y ya voló y ya volvió a hilar y el viento
mueve la hoja que lo hospeda
y los jejenes han ascendido en el vaho caluroso y caído con las agua
[del cielo
y se han levantado de nuevo porque otra vez ha sido el día caluroso
y la hilera de hormigas corta el campo en el claro seco y boronoso y
[ahora regresa al patio sembrado
y el ratón de monte ha dormitado largamente en su cueva y ha
[despertado por muchos días corriendo en secreto

lejos del búho y ha caído lejos de las garras del búho y el búho comió
[y pasó noches de hambre y volvió a su comida
y duerme este día y se despertó de nuevo y cazó la rata gris
y un hombre encontró su pareja y se amaron y el hijo que nació
[encontró su pareja y la amó
y el hijo que de allí naciera encontró su pareja y la amó y de allí nació
[un hijo
y el hombre murió y volvió otra muerte y se llevó otra vida y otra
[vida se apagó al entretanto
y vinieron hermosas costumbres y cambiaron las
viejas costumbres y otras costumbres y modales se cambiaron y
se levantaron templos prodigiosos y los templos prodigiosos
[se fueron y llegaron nuevos templos prodigiosos.
Y se levantaron los ídolos todos de metal noble y refulgente y dieron
[vuelta y otro rostro cubrió el rostro de ellos
y otra vuelta cambió este rostro por otro de otra forma
y el polvo hundió los ídolos y salieron flores del polvo y el desierto
[llegó a cantar un largo silencio
y las ciudades despertaron y se durmieron y se ocultaron
[y desaparecieron
y volvieron a nacer con sus comercios y sus tiendas y sus reyes
[y príncipes
y poetas y bellas mujeres y mártires y guerreros y sacerdotes y santos
y maestros
y muchachos atarantados y viejos
y la luna estaba dando vueltas y se encendía toda y se adelgazaba y se
hacía tenue
y se llenaba y se vaciaba de plata y volvía a llenarse y a subir tarde
[y tarde bajando tarde y tarde y noche y noche
y la tierra corría y corría y regresaba y corría y la tierra en la noche en
la oscuridad dando su caranegra]
y rodando su cara deslumbrante y su azul ligero y su azul negro
[y sus nubes y aladas

y sus nubes estrepitosas y deshechas con el mar que saltaba hacia su
[madre y saltaba desde el pecho de su madre
y con el viento que lloraba y cantaba como un niño y lloraba y cantaba
como una mujer y lloraba y cantaba como un anciano y como un
[perro
y como un mar hasta que era otra vez viento y lloraba y cantaba
y la tierra iba loca y bella entre sus madres entre sus padres loca
[como una jovencita y loca como una mujer en una fiesta
y como un paso de baile y como una caída de flores y como un beso
iba y venía mientras las grandes redes de estrellas subían y aleteaban
[como insectos desesperados de amor y como
chispas que volaban desde la raza áspera y como cabelleras solas y
como fuego solo y como
oro raptado y oro yéndose y oro viniendo y oro jugando en todas
[partes y moscas plateadas y anillos perdidos y collares
y cuellos y rostros de mujeres exquisitamente desenvueltas y allí las
noches
soltaban sus amarras y se aprisionaban y amaban la noche hembra y
[la noche viril
y el tiempo hembra y el tiempo varón y la vastedad toda
[y los círculos de vastedad
que iban y venían a sí mismo y de sí mismos alejándose y entregándose
y frotándose como dos hocicos de hembra y macho encelados,
[tigres, lobos en celo.
Y ha vuelto a llover y dime qué sol ha venido y qué canción has oído
[y qué mariposa baja hasta la flor del patio
y duerme y
dame ese perfume que todo es un perfume y una esencia y una vaga
[brisa que llega y se mueve anda y desanda
y dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir
y si de ti todo se ha ido y todo está por llegar y todo está en viaje
[y todo es nuevo y vuelve.

Adiós Salud Adiós.

OTROS POEMAS

PEQUEÑA COLINA

Pequeña flor blanca eres,
así te llamaría quien va a casarse.
Pequeña Colina eres,
así te nombraría quien caza perdices.
Pequeña taza de oro eres,
así te llamaría quien beba su licor.
Pequeña corriente de leche eres,
así te diría quien lave su cabeza bajo el sol.

Pequeña colina que duerme.
Pequeña colina echada como una gallina.
Pequeña colina como una cabeza de plata.
Pequeña colina como una fruta que orea.

Ponte cinco flores en el cabello:
Flor roja para tu alegría, para sonreír.
Flor azul para tu amor, para abrirte los senos y darlos.
Flor morada para llorar como una llovizna triste.
Flor amarilla para cantar con la luz.
Flor blanca, flor blanca, flor blanca,
esta última para que una ilusión ande en ti como la nube.

No hables de tristeza tú, pequeño malabar,
oye la luna comer maíz,
oye las estrellas picar las hojas del guamo.
No bebas la leche de un árbol triste,

mira correr los perros de caza,
bebe agua en el arroyo, lejos, donde van los perros de caza.

Pequeña, como las piedras de los ríos tú eres;
tú pintas el poblado de rojo pequeña colina,
tú eres como un ave para enjaular,
tú cantas y tu boca brilla por tu canto pequeña colina.

Como el manto de la serpiente coral
así de bella tú eres.
Así como el vestido de la orquídea blanca
tú eres de amorosa pequeña colina.

Y te llamarán como una pequeña loma
y en ti pondrán una bandera dulce y tierna.

1955

PRESENTE

Díjome que le trajera una serpiente,
la quiere ondulante para jugar
y aprender odio en sus colmillos.
Para ponerla en sus tetas la quiere
Y que ella sueñe enrollada
como los picos de aquéllas.

Díjome que la quiere coral
para ponerla en su cuello de árbol
y parecerse a los oscuros bosques.
Para que enrolle su garganta, me dijo,
y su bello color entrega mis ojos
mansos y silenciosos como perros.

Díjome que la quiere armada, siempre,
como su sexo, como sus caderas en el aire,
como sus piernas chorreantes de veneno.
Para colocarla en el vientre cuando se acueste
y que ella sorba del bello ombligo
y haga su nido allí como un pájaro extraño.

Díjome que le trajera una serpiente
que tenga un sueño por dentro
para gozar cuando la noche sea más negra.

Para aprender el amor de la muerte, díjome,
y para aprender las caricias del viento:
“Tráeme una serpiente bella”, díjome.

1955

LA FORASTERA

La forastera lleva un vestido rojo,
Sus piernas entre él lucen de leche
como sus dientes entre sus labios.
La forastera lleva collares,
collares de noche lleva.
Habla para las flores
como vertiéndoles rocío
y llama los pueblos
para que el misterio susurre.
Quién más para esparcir espliegos
Quién más para abrir ilusiones
Cuando habla vuela una llama azul
Suben claraboyas floridas.
La forastera tiene la cabeza como una bella fruta,
Como una fruta de oro la tiene;
si entrecierra los ojos ríen las estrellas.
Cuando se acabe su alegría
regresará en el aire esa tristeza que hace del día un lamento
y el sol se habrá perdido.

1955

EL REINO COMBATIENTE

A Guillermo Sucre

Era aquélla una casa donde sólo había muertos
Todo allí estaba oscuro Nada florecía
El cielo Eso qué
Toda luz era olor de esperma
—Ya estamos cansados—dijeron los del día—Echémoslos
Echemos a los muertos de esa casa
Vivamos allí
Casa acostumbrada a la muerte
todo en ella estaba derruido
Sólo el aire y el humo frío acabando los pelados fantasmas
Pero aun así / Así y todo vinieron
Agarraron sus hachas, sus cuchillos
Vinieron
No es fácil pelear con ellos No
Nada fácil Nada fácil pelear con los muertos
Pero se pusieron sus trajes atrevidos Corrieron por ellos sus arreos
Ai iba a comenzar todo
Que todo comenzara Que terminara todo—Eso decían
Así que cuando comience la noche haremos tierra en sus espíritus
Eso esperamos: la luna, las nubes húmedas
Cantarán ellas Cantará el humo negro
ai será hora
Tarde atravesaron los patios Muy tarde
Nada se veía
Cuchillos silenciosos ¡Qué coraje!
Nada fácil Nada fácil: Arrinconados como estaban
[Arracimados en los rincones como estaban los muertos
Qué silencio
Quien dice “Coraje” dice otra vez “Asalto” “Otro asalto”
¿Quién se iba a mirar las arrancadas de piel y hueso?

¡Arrancar huesos de raíz, eso hacían!
 Corazones Eso qué
 Cuánto duraron !Y qué amanecer ni qué mañana! Para el sol no
 [había tiempo
 La noche sólo El desafío era allí y eso era casa de puro en noche
 —Tiempo —eso no— No no había tiempo
 Ningún combate con los muertos tiene tiempo
 Pelean en terreno distinto
 —¿Igual que gritos?
 Gritos No ¿Y cómo?
 Eso es un campo de silencio Ai se debaten
 Los cuchillos sonando como suena —digamos— una oscuridad
 Pero ese final
 Apareció allí un campo de flores
 Levantaba la niebla
 —Huida? No —Una dignidad así— Una dignidad como la de ellos —
 Muertos...
 Eso no podía resolverse igual que una huida
 Bien Bien ¿Acaso no se ve ese mar ahora donde antes se divisaba la
 [mansión?
 —Qué ves sobre el mar?
 Flores¹
 —¿Y arriba de las flores?
 Flores
 —¿Y arriba de lo que dejan ver las flores?
 Flores Hace tiempo que allí no se ven más que flores Sólo
 Flores No hay más.

1975

1. En (1977), se omiten dos líneas:

“Flores
 ¿Y arriba de lo que dejan ver las flores?”

VOCES EN EL JARDÍN BOTÁNICO

Te llamo Palmera Cornígera
Te digo Palmera de Corazón
Tu nombre es Palmera de Piernas Cortas
Palma Latania
Palma Cabellera que vuela
Palma Augusta

Y éstos
Corazones Trepadores
Corazones Amplios de Sombra
Helechos de Serpiente Coral
Estos son Helecho Tortuga
Esposos de las Campanas de Cristal
Así los vimos
Óyeme Colibrí Rojo. Recuerdo.

Vi los Trepadores de Nucas
Trepadores con una mariposa
La Flor Áspera que se come
La Serpiente Verde de Jamaica,
Así les dije, estremeciéndolas con sus nombres

Aquella es llamada Las Espadas Dispuestas
Aquella se dice
Espadas Que Defienden un Corazón
Cacto Acostado– Viejo Acostado

El Enfermo– Cacto
Serpiente Devoradora de Perros
Estos estaban del lado derecho, acomodados.

Mujer enlunada– Cabellera Enlunada
Te dije brillabas en el centro de las alfombras.

Miré y dije
Éstos se llaman
Los Que se Recostaron para Volver a Nacer

Bueyes con estrellas blancas y lagartijas
Melenudos, Mechudos con un nido en la cabeza
No se movían, y viven con sus nombres atados al cuello
en la parte de sus flores

A ésa le digo
La delicada de Ver –Que provoca comérsela– Gustosa
Que se halla en el corazón de terciopelo
Y ésta se ve hinchada de sombra
y se nombra –Buena para un descanso Allá en el Camino
con Mucho Sol

Entonces te veo,
eres al Agarrado por la Tierra que quiere levantarse
El Corazón apresado
El Corazón atrapado
Comido –En viaje

Y a ti te dicen
—La Bella, la que jamás podrá morir
Esos se veían por el lado izquierdo, junto al
habla entre ranas

Y apareció por el recodo
Esteras de Oro –Riego de Oro–
le dije así, la escribí con metal

Casa de Refugio –Ramas de Refugio– Refugio
ésa es la palabra, el sonido
Así Sea.

Y ustedes son Flores de Entrada Prohibida
Vírgenes Pintadas– Conversadoras
De entrada sin puerta
Prohibidas

Y por magníficas
Las Espinas que Vinieron a Sonreír
Tejidas con Miel
Olorosas– Hablan con el cielo
–Les dije

El Rugoso– Verrugoso– Pero en la parte de sus flores
y arriba ¡Cómo sonríe!
Palmera sin Patas– Palmera Asombrada–
Por el Centro llamándote
Cabelleras con Rocío
A tu diestra
Iluminadas–
Y éste, al que conocí
Se Durmió en el Océano Al Primer Resplandor
(Sólo al florecer puedes encontrarme. Oro)
Tales palabras les decía, así configuraba
Árbol que Habla
Árbol del Sol –Jaguar

—Y cómo se desperezaba,
Cómo se alzaba

Tú
Sombrilla de Sexo Rosado Extendido por las Nubes

Más adelante te encontré
Aroma
Tramadito
De Pomas rayadas Verdeoscuro –Amarillo– Verdepálido
Salas de Arroyos– Casa de Humedad–
Y así te escribo

Las Amodorradas
Recostadero de la Plata. Ésas!

Jugada del Príncipe
Del que Cantan los Pájaros –Opulento– Tan bien vestido.
–uno que se relaciona con amarillo
Baja del Sueño–
A toda esta casa: ¡Óyeme!

Plaza de los Puñales
Fuego Viejo en las Vainas
Guardiada–

Te digo.
Sea!

1969

ALEGRES PROVINCIAS

(UN HOMENAJE A HUMBOLDT)

(1988)

A María Eugenia

UN PEQUEÑO barco viaja hacia América. Entre todos los barcos grandes y pequeños este barco lleva un Dragón. El Dragón se pasea por la cubierta entre los peces voladores: con un termómetro de plata sondea la fiebre marina, con sus largos ojos de serpiente trabaja la noche. El soñador, el Dragón va en busca del mundo. Es un pequeño barco en viaje hacia América pero sólo él entre todos lleva un Dragón.

Ser Dragón supone tener demasiados sueños; sueños que reconocer, que bordar en alguna selva, algún océano, alguna tempestad... Las temperaturas del agua le descubren un torbellino y una fuente que recorre jardines marinos y crestas de cordilleras hace mucho tiempo fundidas en coral.

Tasar el mar!

Sondear como si se tuvieran largos, muy largos brazos con uñas fantásticas que se desprenden y se sumergen hondo, tan hondo que no llegan nunca. Son sus corrientes, sus corrientes frías que descienden hacia la leche azul dorada de los trópicos, sus corrientes cálidas que horadan el agua sedientas de frío.

Pero volvamos con el pequeño barco: tiene fiebre y pierde su derrotero... Como se sabe la muerte respeta a los Dragones... entonces el pequeño navío se vuelve hacia una tierra nueva donde Yo el Dragón partiré al encuentro del mundo.

Y me esperan allí todos sus ríos, todas sus piedras, todos sus halcones.

Puesto enfrente del mundo escarbaría duro en esa floja tierra donde una flor se estira hacia el sol
y tal vez si pudiera hacerme un camino nuevo, un camino fresco y apasionado

“El hombre ha de querer lo bueno y lo grande, lo demás depende del destino” –me repetía en mis primeras noches de navegación al registrar paciente las brillantes y maravillosas constelaciones.

Me encontraba hambriento de un espacio donde extenderme y apenas llegado a estas tierras el mundo se hizo cristalino y abrió su capullo.

Mi juventud había prendido su astro y era ya el cuervo joven, curioso y sombrío.

Una sal erosionada y densa golpeaba el agua y la espesaba con caldos de oxígeno.

Cantaré húmedo de flores llenándome de tierra nueva y lavando mi alma en pueblos mestizos.

Me negaba a aceptar que el mundo tuviera tales árboles, que el cielo detuviera todo el tiempo esa luz de permanente mediodía.

Y me empeñaba en convencerme de que todo no era más que una fábula, otra fe que me seguía para decirme.

—Alégrate, has nacido de nuevo...

Y parecía entender que en adelante dondequiera llegase, desde mí, alrededor de mí, alguien, algo diría:

—Bienvenido a casa, estás en casa, has llegado a casa.

Abriéndose desde el fulgor marino aparecía el concierto de una extraña familia: la madre estaba sentada con sus hijos sobre ramas de coral, el padre, en esa raza que conserva la juventud hasta muy largos años, se confundían con sus hijos más altos, y todos comían de viandas vegetales raramente pausados y envueltos en una tenue claridad.

Ciertos libros de viaje imprimieron en mí este amor por la tierra y el ensueño de su vasto hogar.

¿Pero fue acaso en Gotinga, luego del tiempo inglés cuando se despertara mi pasión botánica...?

¿Fue allí donde aprendí sobre las plantas milagrosas...?

Y las amorosas familias vegetales que se saludan de costa a costa desde Malabar hasta Recife...

En cuanto a mi especial amor por las palmeras
¿no son acaso las más numerosas, ricas, útiles, diversas de todos los climas? Ya se tenga al frente un Sahara, o selva, o pampa
bien que salude uno al océano o un humilde arroyo
estarán allí sus altos, maravillosos cuellos batiéndose y gritando.

Llovía largamente y de la remoción del cielo y el diluvio los rayos herían las fuentes de chorros lechosos que se disparaba en imposibles rocas color de flamenco.

Ásperas sensaciones hieren mi cerebro despertándome gritos y lejanas pesadumbres:

Esperaré oculto en alguna serpiente al pequeño mono que gusta la miel.

Mi recompensa estas flores salvajes grandes como un puño estas flores monstruosas,
y estos follajes que parecen absorber más que el sol todo el cielo.

Había despertado delante de este mar, un mar de brazos volcánicos, y en el agua roja y borboteante vi las colonias vivas que pintaban las piedras en esmeralda y huesos de fuego.

De las plantas del valle de Caripe.
El Caladio Arbóreo que siempre está nublado
La Micrania Unicrania, contraveneno como el Guaco del Chocó
La Bauhinia Guarapa que arroja sus ramas y las bate estrepitosa
La Veismania Glabra de cápsulas crocantes que deja largo tiempo un
sabor a naranja
Y la Dorstenia de Hourstoni que se abre a la respiración como un cam-
po de mentas
Otras eran
La Gran Flor Cranoliaria tan blanca que enceguece
Y la Manetia de Caripe, nervadura exquisita, su hoja pareciera ence-
rrar mapas fantásticos.

—Sube —me gritan los pájaros y las violentas ramas que se columpian
en la altura.

—Sube —dice el buitre.

Comienzo a levantarme de entre mis amigos y baquianos que abren la
trocha en esa alfombra oscura

*Como el viento escribe en los taludes y los viejos muros así escribían las hepáti-
cas y líquenes en sus huertos de piedra*

Animales, árboles y rocas se iluminan en una boca nueva
Raíces y troncos agobiados de sus parásitas
y la misma tierra afanosamente disputada van alumbrando aguafuertes
de miedo, lecturas de algún santo, delicadas plantas del invernadero de
Schönbrunn
y al percibir un espacio más libre
revuelo sin peso y se apodera de mi alma
“una tristeza que no carece de dulzura”

*Y el alcaraván marino escribía en la arena con el rasgueo de hojas secas y el paso
de lagartijas y serpientes
y escribió ceñudo el color espectral de la grieta y el vaho de humus y podre
y trazó con el borde serrado de una hoja
el espinazo de peces muertos
Y sobre la gracia de una palmera hizo rodar grillos fosforescentes y su escritura
corrió por la rugosidad del cuero y las placas costradas del cocodrilo*

Escribió a través de los pájaros perchados a distancia y el canto de las ballenas azules y el retozo de los delfines

Escribió en el cactus como en las Baubínias, en la parásita como en el leopardo y escribió la primera respiración del recién llegado y el “ay” del que se ausenta.

La Nueva Andalucía / en sus lugares húmedos duermen las cabañas / sus lechos naufragan por las huebras cultivadas de papaya y maíz // Orillamos el río / a la sombra del árbol del pan / pero no éramos más que huéspedes pasajeros / huéspedes en la tierra de errancias / Y sólo las plantas / sus inmensas alfombras entre gigantes / dominaban / pues las gramíneas trepan y se elevan en bandadas / jolgoriando por el oscuro viento.

Remontamos las aguas del Manzanares /, sus copas de arrayanes / y antes que el disco tocase su horizonte / la cordillera se encumbraba /. Y más lejos al tiempo de dos leguas / el mar había rozado la explanada y sembraba tunas y dictamos / en su rijosa lámina / Al mediodía nos sorprendió la tierra con su ropaje de tormentosos árboles / Asustaba su negra corteza / en el deslumbrante verdor de hojas del tamaño de un asno / y sus raíces gozaban de parajes oscuros donde sorbían y se embriagaban /. Alcanzamos sus alturas azules / por el estrecho sendero / Y el agua que roía sus piedras bajaba estrepitosa.

La Nueva Andalucía de nombre casi desconocido

Ya veríamos las grandes boas guaynas con su aguijo bajo la cola / y nos hundiríamos en su mina de grasa / / Y en el comienzo de la luz tendríamos el ronco sonido ch las aves nocturnas / –Gallinas con pico de chotacabras cabeza de cerdas crudas / Ya se embriagaría el corazón / Cantos del viejo musgo y el helecho en los torrentes / entre, esos anillos que trazan mariposas de grandes alas / mariposas que llaman Ninfales / llevándose los ojos hasta prodigiosas alturas.

* * *

La estación de las lluvias estaba ya firme / Y su gruesa falena recordaba al anciano religioso / sus añoradas tierras de Aragón / Sí. / Entre aquellas selvas asperjadas de granizo y tensas de calor / en el vaho mismo de sus inundaciones /.

Se veían en las sabanas húmedas / los saquillos de seda silvestre / balanceando en las ramas su hermosísimo brillo

—Deja —digo a mi corazón

*Deja que esos piachis —Deja que esos brujos de indios / persigan la resina del Cunucái en la selva espesa
y traicionera*

—Deja el aroma de las hojas del Tuorco y al Cinamomo del Tocuyo / embalsamar las ardientes bebidas.

¿Es cierto o lo he soñado? Me parece saber que pintó Ud. una ciudad del cielo oscuro, una ciudad donde Usted mismo va de un lado a otro en sombras, luces, a relámpagos...

(Carta de María Eleonora Godefroid - 1812)

*La ciudad sombreaba una pendiente / el sol se abrigaba de luz pálida / y
rojizas volutas / alentaban su porfía
Mujeres de larga cabellera, como mi madre / se peinaban a lo lejos.
Me encuentro en un extraño palco / en un teatro improvisado
—“Un teatro donde el firmamento es la metáfora” /*

*Y crece allí la imagen del Edén / cuatro sonoros ríos / música de naranjos
azules y apretados nísperos / la primavera de los pequeños valles.
Más a poco el rocío se hace niebla / y ya en el mediodía vuelan cúmulos
grises/
“—Sí—quejábanse los valetanos— / Todas las estaciones en un día / Todas
las estaciones con su delicia y su inclemencia /—”
Otras veces las rozas aventaban vastos abrasamientos / y al día siguiente
la ciudad demoraba en el humo
La ciudad de casas espaciosas... / La ciudad de costumbres joviales...*

—Qué dibujo tan extraño / pareciera la fatiga de un cazador

Recordé con nostalgia una ciudad pequeña separada del mar por una montaña. Yo mismo descendía el tortuoso camino a lomo de mula y acompañado de unos desconocidos. La caravana transitaba sobre piedras, arriba de casas y haciendas en desorden y a la vista de riachuelos ásperos y salvajes. En cierta altura opresiva, frente a una iglesia, me instalaría cómodo, ordenando mis delicados instrumentos. Más tarde disfruté días apacibles y recorrí la novedad de calles claras, despejadas, en un gran palanquín. Me extasiaba en la contemplación de aquellos edificios pálidos, altos de demasía y las casas levantadas muy por encima de las calles abrían a mis ojos grandes ramos de hibiscos. Estuve largas horas en la umbría de boscajes siniestros que amparaban el secreto de alguna corriente, herborizando esas especies alocadas en la furia de sus largos estambres, en sus tirsos de cuatrocientas purpurinas. Y llegada la noche, frente a una mesa agobiada de ramas, distendía en el papel ceroso la magia de aquellos cuerpos vegetales, y horas más tarde en la madrugada, cuando soplaba aquel frío recogido y molesto me hundía en la coloración de mi vasta pintura como en medio de un gran jade volcánico y el firmamento y las deslumbrantes divagaciones celestes reasumían mi vigilia (Cómo no echar de menos las constelaciones australes –radiantes, misteriosas– “Y tan espléndidas como nuestro Orión”). Y me veía inclinado sobre un espacio inmenso perfeccionando un mapa fantástico, exquisitamente precioso, usando de compás una espada blanca que orillaba el alba y el atardecer...

Mi señora, mi amiga

Dichosa usted que tiene en su cerebro esas leyendas de fulgor, que esconde en lo profundo de sus ojos el aroma del fuego, ... disfruta silencios como el fondo marino...

(Carta a María Eleonora Godefroid - 1812)

Imaginé al flotar sobre los grandes riscos mi primera muerte, aquel triste naufragio en Orán*.

Y desechando esa tristeza al aspirar la última tarde advertí en el ámbito de opresivas vegetaciones la razón de mi melancolía: eran estas fuerzas en acecho que descendían tensas y oscuras a despertar mi muerte. Volví la vista y al encontrarme sobre la dorada marina me vi de nuevo frente a aquellos lejanos y risueños jardines, mis adoradas islas**. Y me volví a sentir a la sombra de floridos naranjos que a punto de zarpar me anunciaban un mundo nuevo y encantado. Y ¡Alegría! de repente advierto a mi alrededor aquella corriente en pleno mar sacudiéndome y levantando en torno mío turbiones de peces... Anochecía, los cargadores que habían traído el agua y los delicados instrumentos conversaban. Luces dispersas tocaban de magia la escondida ciudad.

* Ascenso a la Silla de Caracas.

** Canarias.

A pesar de las montañas y los mares, y más alta y más profunda que todas ellas... en la evocación de una naturaleza asombrosamente viva... a pesar de los cien mil fenómenos e imágenes que ocupan mis sentidos... lo nuevo tornándose más y más familiar y lo desconocido asaltando mis desamparados recuerdos... en los bosques del Amazonas, sobre los contrafuertes de los Andes... un soplo único en el dilatado pecho del hombre, en las piedras, sobre las alas de las plantas...

(A Karoline von Wolzogen)

Vi al viajero recostado en una oscura silla y a las bestias del bagaje ali-
viadas y en el sendero del manantial
pequeños cortijos, pulperías y hostalejos...
Acodados en un sórdido espacio los muleteros encontraban su aguar-
diente de guarapo.

Oloroso a canela y oloroso a duraznos.
“Por las verdes planicies descanso desnudo y me baño en estrechos ríos
y al pasar navego en los poblados y voy lejano en una voz en algún ruido”
Los cosechadores de membrillo se pierden en regiones de humo.

* * *

En el sur las estepas levantaban miríadas de vacunos sin patas hacia extraños castillos
las poblaciones demoraban sobre lagos fantasmas
y enjutas quebradas venteaban su desgana por los ardientes aledaños.

Al verdor del claro y noble trigo
abril y mayo regalaban un grano grueso con ventaja.

Abrí los ojos, me encontré en pleno cielo: Un azul bajaba del paraíso a vestir cuanto de oscuro había en nuestro universo.

En el poblado más lejano del mundo
contemplé sobre un paño roñoso
la imagen del Gran Elector
y después, al conjuro de su linterna mágica
la fortaleza de las Tullerías y un incendio en la iglesia de Tours

Hay sabios aquí enterrados en una capa de óxido, y aún así
afortunados y geniales como para proveerse de sus rayos sin
acudir a Volta.

Venero aquel vivo prodigio rodeado de familias de negros
“Cuanto atañe a la leche se asocia con el seno de mi madre”
Era el árbol del Vaco
El Árbol del Palo de la Vaca que los esclavos reconocían hambrientos.

—Por estos tiempos se los ve gordos y lozanos —decía el mayordomo
refiriéndose a los pobres que mojaban su pan de casabe y sorbían con
[gula.

*Entre pequeñas flores de lecho espinoso el amor echó a volar en dirección a
muchos sitios, con alas quitinosas y alas de membranas y cálidas plumas de seda*

Se levanta la constelación del Navío
ascienden las nebulosidades fosforescentes de Magallanes...

Escribo hacia el fondo de una arboleda, las piedras siguiendo una luz
misteriosa, el río bordeando largas sombras.

“Es una planta de drago –son unas palmeras que alumbran sobre ruinas– Donde fuimos más antiguos que toda sombra y nos alimentamos del cielo...

nuestros caminos eran sueños sin final, galerías cerradas

–Yo las fauces de un saurio

–Tú el centelleo de una lámpara”.

La luz del valle seca y radiante escribía que una estrella estaba por nacer.

Yo vigilaba al aire libre un planeta

y el sueño de un niño despertaba en el espasmo de un gran río.

Madre, me habías retenido en tu regazo, en tu dorado huerto para que después de su miel me entregara hasta disolverme en el mundo, su vasto océano de todos los ensueños, todos los jardines, todos los encuentros.

*Respiré en las altas cañas
emplumadas, en las altas espigas de seda
una lagartija se perdía en el raído verdor, pájaros distantes perchaban su elevada rama.*

Volviendo de las sombras se alumbró la llanura
y despertó sus toros y caballos y mulas salvajes,
igual la manada de corzos matacanes
se juntaban en su orgullo de soledades...
Y la ilusión apareció
y en el instante de la mudanza
sobre lagos fantasmas
el aire hizo sus torres y desaparecieron
porque no eran sino falsos navíos,
terromonteros y embellecidas magias

Las mulas cargadas de avíos y equipajes de cristal
cruzaban el mundo bajo un cielo de aullidos
y erraba todo el tiempo como un tañido de campanas.
Pero también hay el silencio en los viejos cauces
y vive allí una muerte sola entre pantanos.
Entonces un caserío viejo va brotando de algún pastizal,
un sonido de peltres se va cortando por los aires
y hay una puerta oscura por donde asoma un buitres.

El festín de ayer continuaba, saludé al río, al silencio que emanaba de sus brumas. Era yo esa suerte de humo extinguiéndose, era yo un calor denso y expectante.

Hay algo triste y lúgubre en la visión de esas estepas
la tierra como un mar cubierto de sargazos
el viento quieto a la altura de las mulas
y el calor sofocante abrasado de arena.
Pequeños torbellinos se batían al ras
y como si fuéramos en chalupa
el mar alzaba su horizonte
y las llanuras ascendían.
Se veían sobre los bancos de vapor
esas palmeras como barcos
y percibíamos el acecho de peligros y fatigas.
Apuraban los baquianos
y al voltear advertíamos los rezagados con las bestias
del bagaje.
Por entonces la nubecilla que volaba al Zenith
anunciaba las lluvias.

De repente vuelan terrones y en medio de la cabaña y bajo los asientos
de mis asustados amigos
feroces cocodrilos rompen su negro esparto, se arrojan sobre un perro,
lo yerran en su impetuosidad
y corren en un baile frenético.
Han dormido por meses y ya en el agua y río abajo desaparecen.

Ojeaba un libro ardiente

Padecía un canto

*“Los músicos derivan de algunas serpientes excelentes cuerdas para sus guitarras
y los cazadores revuelven con sus lanzas las aguas lodosas”*

Durante el día era yo un vuelo de mirada vertical
espiando las manchas en la luz
y después, entrada ya la noche
me dejaba llevar del firmamento.

Miraba en los espejos de agua falsa
ciudades errantes viciadas de vapor.
Ojeaba un libro ardiente:
“Sí, algo triste y lúgubre...
la desolación, la indefensión”

Cuando el espíritu y el cielo se tienden uno al otro la sangre y los sueños encuentran su propia realidad. Es una música severa, inaudible y secreta que nos aparta de entre todo lo viviente y nos revela nuestro ser.

Tostados de ese viento de arena que abrasa mucho más que el sol
Hombres calmos.
Ordenaban las pasturas.

Deja sus narices otear la humedad
Deja los caballos revolver sus rebaños
allá lejos donde la palmera y las charcas celebran su pereza.

Sin huellas de sendero por las desiertas sabanas.
Hacemos nuestro viaje nocturno
este camino infestado de ladrones...

Hacia la tarde los hipocondríacos, tristes y severos araguatos
se dieron las manos
y cantaron su lábil monodia:
De sus gargantas por donde el aire pasa en una sola percusión,
por esos tubos cónicos
cruza el pájaro y deja su impresión
luto, melancolía
un irreparable golpe de cuchillo...
La nostalgia dura entonces una semana, quizá dos,
hay a quienes desfigura para siempre.

Nos acompaña ese jinete comerciante calzado con espuelas de plata
—Dos mil doscientos pesos por mil caballos

Mil caballos al paso por los terrenos abrasados
Un muleto joven de dos años Un peso
Un cuero de res secado al sol Dos y medio reales de plata.

* * *

He visto árboles de familia seca y gris
pero nunca como esa palmera de cobija
áspera y dura que no le entra hacha ni clavo,
su figura de abanico esparce hasta sus pies
flores insensibles y tristes.

Y más al sur reinan
el Aifán Píritu y el Árbol Murichi de la Vida
el que es *victum* y *amictum*:
harina y vino, esparaveles y vestidos,
delicioso saborcillo a manzana.
Sacan de ella un licor refrescante,
y en el tiempo de la mayor sequía
sobre sus hojas relucientes
los araguatos se reúnen.

*Camino en bosques nuevos y voy a ras del cielo siguiendo el perfil de muros
sin fin.*

Por el viento del sur rodaba una tronada
—Diez pesos por la lancha
cuatro reales para el piloto
dos reales para cada boga indio...
Río Apure otoñal
la embarcación cubierta de palmeras y cueros
las selvas avaras de leña
la tierra gozosa de espátulas rosadas.
Entre los setos de cedrela grandes bestias costeaban
y al remontar un cielo oscuro
—“El Señor nos conceda una noche tranquila y el descanso” —murmuró
el religioso que nos acompañaba a Río Negro.

Me entretenía leyendo textos de pájaros “sus plumas podrían confundirse con diminutas espadas”, o “...abren las alas al atardecer fingiendo miradas tenebrosas”, al igual que “... el pico de los buscadores de insectos, el pico del Red billed, el insectívoro de larga cola afuegada que habita el Orinoco, o el mismo de pico más largo que gorgojea en Guatemala y los Andes en espesas selvas lluviosas...”

(De “Rasgos y costumbres de pájaros”, por el Rvdo. P. Aguinaga).

Por un país jamás pronunciado
a la luz de oscuras plantas
por tierras como de tiendas de palmeras.
Vivaqueamos frente al fuego y sobre cueros
Herborizamos en las rocas
pero sólo encontramos un viejo tronco
cubierto de iguanas y salamanquesas.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol.

Voy dolido en el fondo de una barcaza
escucho entre las hojas y raíces largas exclamaciones.
Mi querido Wilhem... mi querido hermano
“es una planta de drago, unas palmeras que alumbran ruinas hondas”

Ésta es la historia de las migraciones, la historia de la esperma del óvulo, la historia de la noche alumbrada y la que está por abrirse, la historia del comienzo y del fin... Mi pensamiento sabe presentir esa historia, mi sentimiento sabe más allá, mi corazón la dice a veces, pero hace tiempo que he perdido sus claves.

Me encontraba en la maraña de una inmensa tierra avenada de corrientes. Las madres de aguas habían rodado de la escarpa con gran ruido y sonaban todavía. Aquí y allá miraba unas colinas emergiendo en la lluvia con sus penachos remojados que los zamuros bajaban a espiar. Iban muchas canoas y lanchones y no se distinguía el río propiamente sino una línea de aguas. Los hombres andaban atareados sobre los grandes saurios espantando aquellos carniceros asesinos, ya a la vista, ya secretos bajo la nata del lodo. Se levantaban a lo lejos navíos considerables palanqueados de indios semidesnudos, gente de rostro más bien triste. Y se podían apreciar los caseríos como otros tantos puertos enchumbados en el horizonte que estremecían el relámpago y tronada. Era un oscuro mapa que llevaba plumas y boras en el vientre de sus embarcaciones, y sus caminos estaban marcados al azar sobre un verde sombrío.

*Se arrastraban las embarcaciones por el valle de Keri
Del Taparo hasta el río Cameji / aguas demasiado altas, superficies como
espejos. /*

Y en las húmedas y blancas mañanas / un aire muerto.

*Sur de Atures, quietudes perpetuas. / Corre allí el vallejo con su iglesia
y las montañas se repliegan.*

Quituna / Maipures / estruendo y diques peñascosos

Purimarimi. / Marimi y Salto de la Sardina

allí escuché las sílabas del NO y el ÑU que designan el cuerpo

*la estrella URRUPU / y la cabeza NUCHIBUCCU / y el cielo y el trueno
que se dice ENÓ]*

y madre que se pronuncia INA...

*Y más adelante sus brazos se coronan de la palma Vadyay / y entre ello el
cabezo llamado Keri*

reluce desde lejos / —Es—dicen— la luna llena / la luna blanca de cuarzos.

A lo largo caminaban hasta desaparecer algunos pobres religiosos doblados del aire, y lentas garzas florecían un rosa extraño y torpe sobre las ramazones. En cuanto a los ganados flotaban y se arracimaban en claros y desnivelados sobre este mar de frío y en la pequeña ciudad sobre aquel río torvo y amenazador sacerdotes y acólitos se afanaban en colocar troncos y pesados fardos previniéndose de la crecida.

Camosi / Keri / el joven indio maco tenía aires de lluvia / cuidaba su casa / cuidaba su aseo / sabía desterrar el comején y la langosta // Pero en el festín las mujeres tristemente excluidas / tan sólo se ocupaban en servir / mientras los hombres saboreaban el mono asado / vestidos de marima / esos trajes que se encuentran ya hechos sobre los árboles.

Los cazadores elogiaban la ligereza de su cerbatana / su exactitud y pulidez como arma de fuego. / Pero son ellas, las mujeres / las que purifican la arcilla / las que lavan y conforman a mano los grandes vasos. / Allá están, atareadas con su fuego de chamarasca.

Las palmeras escribían por el aire “Selvas sobre selvas”
y el cielo y las palas de los remos repetían “Selvas sobre selvas”.
Lejanías pétreas se vestían de castillos, torres y silencios
y un mar de espumas agitaba sus vapores.
Remaron los indios cerca de doce horas, sin interrupción
se despedían las hojas entre las peñas
y saltaba en la jaula el gallito de las rocas.
Bien entrada la noche buscábamos el cielo en los follajes
y el fuego se quebraba lamiendo enormes piedras.

Acabo de ver las tormentas...

Es un mapa lluvioso: agua, viento y un espacio de pastos y melancolía. Un territorio casi nocturno con arboledas que baten sombras. En ocasiones pueden verse unas como calzadas por donde pasan más allá de este tiempo ciertos pueblos errantes. Y al mirar en busca de un color irradiante –un estallido de combustible, por ejemplo– aparece insistente la esmeralda luctuosa y debo ir sondeando el agua que levanta peligrosos troncos desde el limo. Despierto a medianoche y encuentro en mi rostro, bajo el sonido quejumbroso de animales ocultos, esa mano lenta y secreta: el fulgor de la Cruz del Sur.

Acabo de ver las tormentas / postrado de fiebre me asalta el aliento de negras cordilleras. / Los relámpagos elevan ensenadas de espuma. / Sueño contigo mi dulce embarazada / pero de las grietas y los troncos brotan lentas culebras. / La fiebre abraza mi cerebro y tú me ofreces jugo fresco. / Arrastro en mis ojos un verde temeroso / moriré hoy con la noche a mi alrededor / una noche fría / tan fría que jamás estrella alguna podría acercársele. / Al embarcarme ayer pensaba

—un viajero de lluvias

un viajero en busca de los últimos ríos

Y vi los rostros ocultarse / el aire oscuro / los ojos del tigre contra el temporal

Vamos en un toldo calenturiento. Un árbol cargado de monos y pájaros a rastras en el agua.

Los indios gritan una canción lenta y sin gracia, y en la mirada honda y desolada los simios reclaman su selva.

—Niño, el que yo fui, mira que el mundo tiene ventanas ásperas. Tus ríos centelleaban por tierras risueñas y sus barcazas levitaban. ¡Ah, las tierras de este viaje esparcen ese olor de fruta sombría y el largo de su olvido vuela en nuestros suspiros!

Con sus dos alas vivas el agua: “No llegas, no has llegado –dice– Pero Yo sé que llegarás”. Borracha, entumecida el agua “No llegas, No has llegado –dice– Pero Yo sé que llegarás”. Y desde arriba y todas partes —“No llegas, No has llegado –dicen– Pero Yo sé que llegarás”.

—Tú, niño, fuiste el soldado cabalgando y muriendo, pero el hombre en mí se ha resuelto en el agua y mis queridas plantas y cristales me rodean como otras tantas fortalezas. Tengo fiebre y el agua lodosa tiene fiebre. Los libros sueñan en sus cajas y los instrumentos con sus líquidos y tabulaciones descansan. El cielo es muy alto y las estrellas y ciertas flores de corolas metálicas se confunden. La lluvia arrecia a veces para irse en secreto, no muy lejos, nunca muy lejos, oculta en la riberas.

Hogar: esta palabra me refiere a un aroma primero, a una oscuridad desde donde mi espíritu expande una ola de luz abriéndose en principio a la tierra, luego a los océanos, siempre a la eternidad.

Pequeña canoa para las aguas del Tuamini / del caño Pimichín / para el Yavita y el Río Negro

Pequeña canoa entre sus cataratas /

—En noviembre y diciembre hay brisa fresca y es fuerte la corriente / aunque los misioneros prefieren viajar en abril / por la cosecha de tortugas. / Entonces el río va medio lleno y se goza la brisa / y se sube perdonado de los mosquitos.

Pero es de la boca del Zama, de los espejos del Mataveni, el Temi y el Guainía / de donde brota ese color oscuro de café / verdinegro y de gavilla tierna. / Y el viento al soplar / verdea, se ennoblece, huele a zarzaparrilla / y destila sus astros.

Otras vidas sí...

la iguana de un glauco radiante escamotea con su lengua una mariposa cálida y secreta... cúpulas de un verde viejo y sombrío se pierden en las aguas

Decía el viejo

—Si me dieran a beber de tres o cuatro grandes ríos sabría al beberlas
donde fueron cogidas sus aguas.

Los misioneros hablaban de la expedición de Iturriaga

—Muy lejos, por aquellas selvas llevaba su ganado Iturriaga

Y al seguir conversando se quejaban de las tercianas

—No hace mucho tengo también mi calenturita

La luz de los planetas se había vuelto singularmente desvaída
y el salvaje Orinoco nos parecía tan astroso.

Boguemos pues donde jamás penetra el sol

Un río es el pasaje donde se han desvanecido todos los muertos
donde se alumbran todos los nacidos.

Aprende su habla terca

sus palabras entre dientes.

Los indios permanecían remando en la piragua

fatigándonos con sus gritos

La sonaja inmensa del agua daba vueltas

extendiendo su estallido de insectos.

Y sentí que era posible integrar

las grandes alegrías, las grandes fiestas, los inmensos desastres.

¡Dichoso cauce cómo se veía suspendido en aquella Babel hirsuta!

*Ternura, no te escondas, despierta en el pájaro oculto, en el asombro de la flor,
en el golpear sin fin de ese astro que huye. Toca el cristal desconocido y llega a lo
profundo, hasta el niño que fui hasta el niño que habito.*

—“Subirá Ud. por el Atabapo y luego por el Temi y en fin por el Tuamini y cuando las fuerzas de aguas negras les impida avanzar serán llevados por la selva...”

Tal vez si al remontar más lejos encontremos esa corriente
lado a lado aguas de turbera
y el perfil aromado de sarrapia y tolú.
“Cuando no existan más caminos que ríos tortuosos
Cuando encuentres las pequeñas aldeas ocultas en tupidas selvas
Cuando no puedas ver cerros ni montañas
ni saber en qué punto te encuentras
Busca en el cielo —Escudriña en el cielo...”

*Y quién no ascendería hacia las fuentes, y quién no bebería de esos silencios:
Ser ganado para un color nuevo, un agua nueva... —Cruzando ante el follaje, ellos,
pájaros, se entibian en su ramaje seco se zambullan entre sus flores.*

Un hombre tiene en sus brazos densos tatuajes y en su cintura anchas corrientes navegadas de barcazas

y todo él es una inmensa selva, un viaje con gentes que apartan juncales y van labrando oscuras trochas

y en la piel cálida y sudorosa pueden verse cazadores de tigres

hostigando con sus lanzas y perros las bestias arrinconadas en las rocas o en las salientes de una ceiba...

De sus espaldas, de sus piernas, nacen brillos metálicos, hogueras, todo viviente, todo de mareas pues en realidad este hombre es un gran río, un fluir de serpientes y aves acuáticas que levantan vuelo desde manglares y árboles semisumergidos

y todo él se mece de un cielo a otro, dueño y poseído del mundo, orgulloso de la creación, de sus ciudades de cazadores, de sus inmensos espejismos.

“Y no fue sin emoción que vimos por la última vez el disco de la luna iluminar la copa de los cocoteros que rodean las riberas del Manzanares. Por largo tiempo nuestros ojos quedaron fijos sobre esa costa blanquecina donde no habíamos tenido queja de los hombres sino una sola vez. La brisa era tan fuerte que en menos de seis horas fondeamos cerca del Morro de Barcelona. El barco que debía conducirnos a la Habana estaba listo y ya izaba sus velas.*”

* Alejandro de Humboldt. *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*. Traducción de Lisandro Alvarado, Tomo V. Cap. XXV, p. 68. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, Venezuela (segunda edición).

He seguido en las lecturas de Alejandro de Humboldt, la edición de *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, indicada anteriormente, versión de don Lisandro Alvarado, que fuera completada por los señores Eduardo Röhl y José Nucete Sardi, en la Edición de “Cosmos”.

En lo referente a su correspondencia la obra *Cartas americanas*, compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet. Biblioteca Ayacucho. Traducción de Marta Traba, Caracas, Venezuela.

VUELTA A CASA

(1992-2006)

VUELTA A CASA

ESTA HISTORIA COMIENZA

ESTA HISTORIA comienza con sus vacas y caballerizas, su olor a bosta, su techumbre de palma seca.

Es temprano, casi como para que todo se levante en ligera niebla y frío. Entonces se escuchan las primeras voces. Hay en el vaho del cuerpo un sabor a sueño y bostezo. Tenemos un calor húmedo y amoroso en estos trapos y mantones, en la lona de catres y la densa y seca paja y plumas de almohada, pero sobre todo en las voces. Voces de ordeño, madrugada con nombre de luceros y mariposas. En el aroma de boñiga y café, el sonido de pasos y tropiezos, algo cae. Y aun las últimas estrellas, el brillo empecinado, cuando el mugido y el murmullo, el susurro, la orden, el Sí y el No buscan entre las ubres la densa miel, la miel lactescente.

Es cierto que se han encendido las intensas luces. El hombre práctico de la casa escogió esos bombillos con frutos exageradamente luminosos y el resplandor se inflama sobre la sombra y los follajes y las pequeñas, graciosas plantas en potes y materos; y de ese modo los objetos se reconocen y revelan, se cubren de gracia y se proyectan contra la muerte. Y es cierto que la muerte estuvo pesando sobre ellas, mas no una muerte trágica –nada de relámpagos– era la muerte fiel, muerte como una boda en comparación de aquellos que desaparecieron en un rapto, como si la corriente hubiera abrasado desde el fondo y con sorbo desesperado el dulce pálpito del viviente. Y las hileras de sillas recostadas a la pared, plegadas y en perfecto descanso, aun en su condición severa y ritual han abandonado su aire fúnebre y sólo aspiran a reflejar viejas flores y retratos marchitos donde la belleza profundamente oculta se recoge en intensa ternura. Tenemos un reloj incansable uncido a su campanario. Un reloj de cuadrante azul y bien dispuesto que golpea dieciséis toques en todo el ámbito del pueblo; dieciséis golpes al cenit, dieciséis golpes al nadir. Y eso ha tocado ahora cuando el sueño y el dur-

mente; pero sobre todo el sueño infantil y el durmiente de escasos años se encuentran abrazados.

Sí. Hay un tren. Hay viajeros trasnochados. Hay destartalados vehículos inseguros con faros de haces largos y opacos que registran los arbustos y asustados pájaros, y rabipelados, zorritos y lechuzas; y hay quebradas que hacen saltar sus aguas de negro fulgor en las oscuridades que pasan. Hemos madrugado para recibir una mujer llamada Angélica —por motivos de azar y de apariencia, pero mucho más por la esencia de su ser—. No tiene edad y es delgada y pálida, y sus ojos azules y profundos están asociados desde y para siempre al aroma de una manzana y al paso de un caballo encantado (pequeñito, se inflaban sus músculos de goma y echaban a andar, cascos y bridas de un celeste amoroso). Llegó en un tren oloroso a oscuridad y a madrugada. Un tren con nieblas y vapor; un ser inmenso, negro y misterioso que desde entonces sólo volvería a ser recuerdo: un gran resplandor que todavía ilumina su tiempo oscuro, su denso acontecer, su fuerza viva y su fuerza en descanso.

RECORRIDO CON AUSENTES

Los asesinados en sus tumbas todavía sangrantes y los que murieron del aire y la ausencia. Los primeros a nuestra cabecera —Recuérdame. Recuérdame... Jura que no quedaré impune...— Los ahogados habían regresado con los ojos llenos de limo y peces, pero los ausentes tenían una imagen rodeada de fulgor y semejaban presentarse a cada instante.

—Me recordarás? ...El padre que yo conocí tenía tu nombre. La ternura viril que me enseñaron venía de ti.

Entre los gritos que escuché hubo siempre un acento perdido, se trataba de un coraje que llegaba hasta el fin ya sin aliento y sin que el esfuerzo desmedido encontrara justificación en sus resultados...

—Pero yo siempre te busqué, nunca evité enrostrar a tu enemigo...

De los que habían soltado alguna maldición al morir y habían jurado sobre un más allá, de esos conocí el suelo. Y en la sangre que se escurría debajo de un grupo de curiosos... Eran muchos en esa esquina de la plaza de

susadamente iluminada, porque otra vez eran Fiestas... Y era aquel un muerto de venganza, un tal ¿Vieras?-¿Rieras? Forastero. En la oscuridad de noches y noches, en la iluminación repentina de fogonazos y relámpagos Ella lo había seguido, y había caído él como otros antes, arrastrado desde el pecho, pálido y boca arriba, y era así como entraba en la eternidad: los ojos abiertos y la imagen de una fiesta en el pequeño espejo nublado.

¡Y qué de músicas retumbantes y agudas para enredar esos pies desgonzados! La noche... Hay dados y barajas y bolsitas repletas de monedas. Hay oro, plata y copas sombrías. Y bajo el ala de los sombreros el azar había torcido y retorcido y vuelto a retorcer su largo hilo, su ascenso y descenso. Adiós. Sí. Como en alguna tarde, como en algún amanecer. Como mirando el tren y la reata de bestias o más allá la novia, la madre, el amigo que va por algún cruce de senderos.

Otros habían sido tocados de un desmayo, habían sentido un frío y se encontraron en una gran sábana blanca tan ligera y amable que se volvieron al tiempo suave de la inercia con apenas un chisporroteo entre los ojos. Puede quedar uno en su sueño junto al mar en el temor sombrío de las olas, y puede quedar como el sonido de una nota pequeña que se deja llevar de la amenaza y se disuelve de manera insensible en el viento, pues en efecto cortamos dos flores y una de ellas, la del sueño, ha quedado flotando para siempre sin mente y sin palpito. ¿Pero dónde habré visto esa musgosa piedra cerrada de boñiga? Era el recuerdo que llegaba cojeando, entre monturas viejas, pellones de hilo multicolor y gavillas de pasto reseco, una vieja máquina de hacer fideos y una vitrola...

—Pero dónde habré visto esa gente de ademanes lentos, rostros como vidriosos, cuerpos asombrados e ingravidos como si al pasar no asentaran volumen alguno sobre la vida. Miraban con tristeza desde su límite y se quejaban al cerrar y abrir de sus párpados.

CORREDORES Y CUARTOS

Atrás la casa era el olor húmedo de hojas y desperdicios en descomposición: Crepitaban ellas sobre la última capa de humus donde las gallinas escarban

afanosamente en busca de hormigas y bulbosos gusanos. Espacio de pequeñas astillas, botellas y latas oxidadas. El color de la tierra tenía una gracia descuidada; viejos trofeos guardaba ese universo subrepticio de excreciones múltiples: telarañas con blancos huevecillos, la oculta boca de un agujero sombrío, su huésped, y aun la maravilla de esas mansiones increíbles, hormigueros cobijados de plantas minúsculas, habitaciones donde se encontraba sólo por el camino del corazón; corazón infantil, corazón de una edad solitaria, ávida y profunda... Los ojos conocían ese camino, ojos y corazón iban juntos y todo era secreto y nada nos privaría de ese goce, en otro mundo, más allá, más acá, en el sitio sin espacio, en la hora sin tiempo. Corría por el mundo (y el infinito era algo ciertamente parecido al crepúsculo) y el mundo se reflejaba a cada instante en esa landa: una hoja de cambur que se mueve, el pensil de un tallo de cambur, sus flores de un blanco de esperma, dentadas y acosadas siempre de abejas golosas, de moscardones y abejorros sedientos que disfrutaban bajo los labios grandes y ansiosos del cansado pétalo maternal...

Este ámbito de corredores y cuartos exangües y el reducido jardín ya sin senderos ni desportillados cercos hacia la casa vecina (la otra casa) se ha reducido a un espacio; la casa que era doblemente grande, pues se vendió a su tiempo la porción vieja donde se guardaban baúles y reliquias-- sus habitaciones daban hacia el pasado donde otros viejos y otros difuntos a quienes mis ojos sólo pueden evocar en su última ancianidad, al borde y despidiéndose, se resguardaban junto al altar y disolvían en la palma bendita con algún rezo (rogatoria de tempestades casi siempre), y ahora miran desde allí y mi mente se esfuerza por mantenerlos en esa zona dulce que el sentimiento infantil rodeara de un temor religioso pues tenía mis sospechas de que entre ellos--el alma que rezaba y suplicaba y los muertos en referencia-- debería existir un comercio auténtico, aunque triste; y las flores marchitas (malabares siempre) sonreían de manera desolada y perdida abriendo sus alas por aquellos rincones que el agua del hisopo regaba solemne.

Nada había por las calles, ningún hombre, ninguna sombra, ni búho, rata ni mortuoria mariposa. Tan sólo oscuridad. Tan sólo piedras bajo la humedad sin luces y el aire quieto bajo el cielo. Nada que se moviera, las hileras de casas apagadas y la yerba a sus pies. Solamente corría el inmóvil silencio, sólo el cielo, inmutable. En la iglesia ausente ni un solo paso o vela o capa deambulando sus naves. Y en lo alto de los tejados ni el crepitar del escorpión ni eco de animal alguno.

Y estaba todo inmóvil. ¿Acaso había caído todo? La desierta plaza con su estatua muerta sobre la hierba, los árboles fosforescentes en el aire sin decidirse aún a nacer, las mujeres que solían pasear con sus novios, como adormiladas en invisibles ventanales, sin atreverse a abrir los ojos tras los postigos. Sí. Aún no había nacido ese retorcido guanábano en la puerta occidental ni los grandes bucares ardían (era tan temprano) en el sector de oriente, pero en el agua nocturna El Amor estaba acostado con el Amor y de sus aromas húmedos y lechosos la aurora comenzó a desmadejar las calles y tejados, las correrías de gatos de quejidos largos y filosos, la luna errante y mórbida y alguna estrella en lo más profundo de su nostalgia.

Y el Amor, El Amor de dos caras y cuatro pies y El Amor de dos cabezas y tantas lenguas y ojos dijo:

—Hágase así. Que la iglesia llena de pararrayos hartos de relámpagos se levante y canten las muchachas en su vientre de tres estambres. Y la iglesia al instante se levantó entre espumas de árboles.

—Que se llene el mundo de casas. Que se ocupen las calles con su piedra y brotes de enredijo de malezas y hierbas. Y al instante se dibujaron, se levantaron y despezaron abriendo sus ventanas y ruidos, sus pasos de caballos en los charcos. Y en el entorno se abrieron inmensos potreros, cafetales, montes y chaos, todos con su muralla como en el cuenco de la mano. De espasmos y veredas nació todo, del manantial, bullendo desde el silencio y el sigilo, desde la inmovilidad al afán grueso y jadeante; el pensamiento era indeciso y la pasión una música extensa y fecunda.

Sobre la pequeña mesa blanca, entre las crucecitas de azucena y clavel... Pero hay otra mesa blanca y blancos veladores en la sala desencajada; la mujer se sienta al lado de su pequeña, mira la escuálida compañía de rostros solos y se vuelve a su resignación (porque el aire llora largamente y un encaje muy breve y muy pálido se asienta en la pequeña mesa). Es un ser que jamás hizo el mal, mi niña que jamás hizo el mal. No importa que unas gargantas afiebradas vayan notando el viaje del cielo y sus cantos sombríos suban y regresen del aire demencial. El corazón está muy cansado. Los cantadores se despiden. Ha llegado el alba y el alba ha despertado sin luz. Y despertará muchas veces soñolienta y en sombras hasta que cierta nube amaine.

—Esta casa tiene la edad de Usted. Esta casa tiene sus mismos años...

Pero deja que sean los grillos, su misterioso silbo, el rincón polvoriento y huraño o la quietud que respondan a esos otros ruidos sombríos de aires alados y perros nocturnos por donde fluye la tiniebla. El ciempiés inadvertido y la polilla suelen escribir sonidos como el tallo al crecer, como las raíces y estrellas errantes. Tú los escuchas, pequeño, tú los sigues con ojos de asombro más, mucho más lejos, en el sitio de verdades ocultas que tu corazón puede seguir y que las pupilas del sol no podrán hallar nunca.

VUELTA A CASA

Aceptemos que todo sea entramados
y no el camino vuelto un cauce viejo,
o sendas polvorientas donde canta la arena...
hablo de otras veredas, seda y aire
que han tendido la araña y las abejas
y que conducen por un patio pequeño
al otro lado de la huerta,
por donde vamos de regreso a “la casa”
pidiéndola, añorándola
para con gajos de algún fruto muy denso
arrancarnos la sed que ha venido mordiéndonos
a cada paso, en cada asecho
sin que el orden enjuto y los ojos agudos
sequen la risa y el ensueño
levantados de ese humo, de esas tejas sin tiempo
que unas mujeres ya sin rostro curtieron,
en flor de cal terrosa
con amor sin fatiga y fe dulcísima.

Dios las tenga en su gloria.

DESANDAR

*Por el flanco en que debo revivir
praderas muertas, yerbas devastadas
viajo sin que distancia alguna me prive
sin dios que me detenga,
y en la vida invisible
me extendo y Soy.*

Asomándome al agua veo mi casa
el encantamiento, la luz, las ilusiones,
todo se agita.
La maleza y los árboles de antaño abren la vieja puerta
y al escuchar los ramos golpearse
zarzas de frutos rojos la iluminan.
El joven Nadie toca en las escaleras
Un rostro de mirada inquietante desanda los arbustos
Ángeles, Ángeles en vorágine
Arriba Arriba
hacia esa región siempre radiante
Caballeros de pasos apagados, pálidas muchachas
y la señora Nadie, el señor Nadie
Encantamientos, famas, tribulaciones
Su diamante da vueltas y por cada destello
la vida es suya,
la noche asume brujas y tristezas.
Qué árbol más alto en sus tejados,
su torre vuela, ha tomado mis ojos...
Ya voy con ellos:
Flores, Cielos, Jamases, Nunca...

—Silencio!

Otros van pasando Otros descenden.

MI MADRE LLEGA AL CIELO

Mi madre está llegando al cielo
Qué de santos vuelan a recibirla
Quemadita, tostada, unos huesitos
Su traje medio luto ya se lo cambian y le ponen
un traje blanco adamascado.
Pobre, está sorprendida.
Abre los ojos y ve bajo su toldo
tanto dorado y tantos púrpura,
y los ángeles con sus cabellos largos
y la belleza de las vírgenes.
Ya le ponen la cena:
El pan que le partían exhala un vaho fragante
Y ya comida, arpas seráficas
pulen su tenue canto
—aunque aquí abajo nunca supo de música.
Después bañan sus manos con espliego
para el recuerdo del tiempo en que lavaba
ropa en los pozos, lejos de su casa,
—y por las desgarraduras de sus dedos
en desgranar café.
Y esas bocas y dientes tallados en luceros,
bocas de ángeles y sonrisas de vírgenes
quieren mostrarle el Paraíso,
pero ella está muy seria
y en sus ojos pequeños y de sus labios tristes
cuánto le cuesta sonreír
pues todas sus miserias y tristezas
son agujas y piedras que muelen sin descanso
y pesan demasiado
hasta en el Paraíso.

MÁS ALLÁ DEL ROCÍO

*A mis amigos de entonces
los Pérez Negrón*

¿Y qué hay más allá del rocío?
—No me olvides dijo la elevada palmera,
Reventaban allí estridentes cigarras,
 mañanas moteadas, plumizos vapores...
Hay un pequeño estanque, piedra aferrada a una pintura,
grueso amarillo y
 rojo,
andan, nadan, se agreden y arrullan unos patos tiznados,
gansos de pluma vieja y maltratada
Y es sábado
y el Sr. Ángel —un ángel grueso, zurdo y bondadoso
trae libros con dibujos
salen hadas, princesas, reinos, bosques, brujas, murallas
 en ascendentes remolinos
y al mediodía los jobos esparcidos más allá del arroyo se
 alborotan
y removiendo los aires y las nubes.
Zumos, aromas, el amarillo todo, la luz toda
 ¡Vaya algarabía!

NO HABÍA RIQUEZA

A David Cortés Caban

A veces pasaba un viento alegre y las azucenas en el altar del Niño
volaban con las campanas nuevas
y el mismo Niño estrenaba su capa.
Derrumbaron la vieja iglesia y llamaron a un Lisímaco Puente
y Lisímaco Puente hizo una hermosa nube como iglesia.
Pero no había riqueza
la gente comía su pan de arepa, su pescado seco
y un queso áspero y salado majado en leche con ajíes.
Los sastres cortaban y cosían
con puños de alfileres entre sus pocos dientes
y peluqueros distraídos afeitaban los mozos con totuma.
También maestros albañiles y serios carpinteros
se ayudaban con su poquito de aguardiente
y mucha pintura y aserrín como sobretodo y sombrero.
Cierto, no había riqueza,
de vez en cuando un viento próspero
sacudía cafetales y tablones de caña
y soplaba por clarinetes y trompetas,
y en el Club Glorias Patrias muchas parejas se entretenían valseando
y divertían las barras.
Y aunque en verdad no había riqueza
Don Germán del Gallego hizo traer de Suiza
un gran reloj azul y lo puso en la torre.
Al año se murió Don Germán solo y muy triste
en un oscuro sanatorio.
En cuanto a la riqueza
no la había.

CORAZÓN DE LA NOCHE

En memoria de Antonio Sánchez Carrillo

¡Ah caserón escueto!
sala desnuda, rudas sillas
y su mesa vestida de hule rojo
 lloran a gritos el descuido
Vaya tristeza, allí nada ocurría.
Tan sólo el aletear de un gallo acatarrado
aunque a veces el zinc y el mediodía se hablaban
a chasquidos con la lluvia y las nubes.
Y los pasos del solitario cobraban
un resonar hosco y profundo
y despertaban gentes hacía mucho perdidas
y el amarillo de los cuartos lloraba,
y así días y días
hasta que alguna lagartija siseaba su candor
sobre la hoja viciosa:
versos, reflexiones y amores,
y anuncios de unas tormentas íntimas
—y andaba él a tientas en el oscuro mediodía
hacia el fin de una noche medrosa
errando solo a su amanecer negro.

Ríspidos aguaceros arrecian en el zinc
y las trompetas rompen arriba de las casas.
Suenan violines en el aire amarillo
que cruzan y retuercen malvadas hilanderas.
Hemos salido y ya el turbión
entre remolinos y piedras,
el viento trata de lanzarnos del puente.
Él mira al suelo tropezando y asiéndose a mis hombros.

Estoy en el corazón de la noche y las brujas me embocan
vinagre y harta sal
No hay llanto: el estupor me libra de miseria.
Atrás el puentecito reza ya en el estrépito.
Tú vas conmigo, corazón de la noche,
la greda y piedras lisas refulgen miedo y lágrimas.
Y él sigue cuesta arriba en sus traspiés, apoyándose en mí,
un niño acurrucado al fondo de la noche,
ahijado de la muerte.

BICHITO DE MONTE

Otros tiempos y me guardaban matorrales salvajes.
La torcaz rabo blanco alertaba con su sonaja seca
y hoscos jumíes me asediaban a uno y otro lado –agresivos.
Pero más allá de sus espíritus
nada vi más que tiendas verdes.
Y caminaba así, deseoso de endiablarme
Y más que andar saltaba yo y bailaba
Alrededor de higueros y cedros
con flores encendidas, brujas en su verdor.
—“¿Dónde te habías metido bichito de monte?”
coreaban de unos breñales tercios
pero ya estaba yo encantado en los flancos del agua
revuelto y turbulento riéndome entre las piedras
Abajo el cielo ahogaba un color denso y mustio
y burbujas y espumas zarandeaban el aire
aguas arriba, aguas abajo
elevándome hasta sus transparencias.

Casi de noche regresé, ¡cuántos años más tarde!
—“¿Dónde te habías metido bichito de monte?”
chirrió la puerta en un quejido grave.
Una terca polilla golpeaba techo arriba
Y en el patio la zarza y el matojo gruñían
Una ventana grande estaba abierta
y salté confundido y medroso
Busqué las piedras que espejan el amor, la alegría, la dulzura
Busqué en un libro donde todo lo vivido se explica:

–sus tiendas verdes, sus tambores líquidos, sus colores audaces–.
Algo, alguien, había arrancado aquellas páginas,
y con rabia estrujado su dibujo exquisito
hasta arrasarlo todo y esparcir en la nada
su escritura entrañable.

QUIMERA

QUIMERA

Adelante! Dice la Quimera
De mi casa salí
cuando afluían de los alrededores y las calles
los creyentes que se dirigían presurosos a oír la Santa Misa
y recibir la palma bendita
y al poco de llegar a la plaza, junto al templo
desde algún sitio de soledad
me dediqué a evocar...

La vegetación era opresiva
y el Popule Meus de José Ángel Lamas
y la humedad de lluvias pertinaces
se echaron sobre mí,
y contemplé la procesión
aproximándose al compás
de aquella música tristísima.
No sin cierta nostalgia No sin tantico de dolor
recuerdo aquel domingo
soñando más bien que pensando
Que la vida era un Paraíso
y las gentes cosas
angélicas, criaturas del Amor.

El Santo Sepulcro flotaba
arriba de las gentes cansadas.
Con la mirada de mis tías
detrás de sus ventanas

vi a mis familiares difuntos
subir la calle y dar la vuelta,
sombbrero en mano ellos,
en los momentos en que el coro
desde los ventanales de la iglesia
irrupía en los compases más patéticos.

—*Ora por nosotros*

—Acabo de llegar de la misa, asistí un rato a ella y regresé
cuando el sermón...
allí en el templo vi a C. y al galán que parece,
bajo mutua reserva,
su preferido.

Fue un encuentro casual, no creí verla entre aquel gentío
y tan de repente.

Luego pienso en mi débil carácter, que cualquier mínimo
incidente me anonada,
me asusta.

A Dios le pido me conforte y me asista
en mi tribulación.

Sería tal vez la madrugada o la medianoche más alta
cuando miré los últimos cruzar
el neblinoso viento.

UN SUEÑO

Se sorprendió mirándose en un pozo
y vio en su cielo reflejado
que iba rondando un pueblo triste,
y ya en su desolada pulpería
apuraba con ansia un miche amargo.
Pasaba en ese instante su vecina
abrigada de gris y lana cruda
y él resintió su frío agazapado
en esos ojos grandes, semiocultos
que con su fuego oscuro y su tristeza
le sabían a presagio.
Y así bebía y bebía
en aquel poblachón de sol escaso,
y ya sus piernas inservibles,
sintió dos aguilitas desantrándolo.
Ahí mismo aparecieron sus guardianas
que lo llevaron por el aire
Y así se halló en Escuche,
hablando y recitando.

Muy alegre bebía
sin darse cuenta de una sombra
que lo venía rondando
y allí al tragar un sorbo incauto
de su enorme cerveza
una furiosa espuma le estrujó la garganta
y en su respiración enloquecida
la espuma lo cerraba
y se miró braceando y dando saltos

Y los demás, con ojos como piedras
se veían tiesos y asustados
–Dándole golpecitos en el pecho
lo levantaban y agitaban.

Con su esfuerzo más hondo
lagrimeando hasta el alma
buscó asirse a una mesa, una silla
un abrazo.

Y se miró saltando muy arriba
y arrebiatándose en el aire;
pero fijo la garra lo estrujaba
y la inocencia de donde había nacido
le quitó su permiso
y fue cerrándose y cerrándose
hasta caer estrangulado.
Con tristeza he jurado y seguiré jurando
que no lo merecía:
Ser extrañado así, ser inculpado de vivir
y echarlo y disolverlo en ese frío
como un despojo hueco
revestido de hielo y de ceniza.

AVE MARÍA

Qué dirán ellos que en Escuque
ahora mismo sienten mi ausencia
cuando Aracelis abre su primer padre nuestro:
Lucila y Enriqueta, Ana Polimnia y Rómulo
y Julito tan niño, y la pequeña Aracelita...
Tiempo es éste del pan silencioso volando con el Ave María,
escuchando su suerte voy subiendo a mi cuarto
—magistrado de la Corte en Trujillo
—esta villa alargada y montuosa.
La llama del quinqué y el sombrero en la percha repiten
—Cómo puedes dejarnos...
Y el aire oscuro y húmedo revuelve sus espectros

Me asomaré al balcón y tal vez me despeje.

Calles torcidas y encrucijadas torvas
Quién llora en estos pueblos
Sus guerras, sus desastres
su desencanto, su pobreza...
sólo buscan una cierta ventura, algún sosiego...
Qué es este hechizo triste?
Dónde han ido las vísperas y dónde los domingos?
Y por qué tan insípido?
¿Qué te hace tan gris pequeño mundo...?

Es mi balcón del Purgatorio
Allá Allá Por la avenida de la Cruz Verde
Viva Gómez y Adelante!

Viva el general Pérez Soto!
¿Qué hago Yo aquí enfundado en mi traje de fieltro?
¿quién habla con este moribundo?
Faltan sólo dos meses para morir
(el presidente Lincoln preguntó aquella noche, antes de salir al
[teatro
¿Quién anda ahí? ¿Qué quiere?
—Traigo el cadáver del presidente. Lo asesinaron esta noche)
Qué serio es todo en esta calle
casas arrumbadas, hombres tiesos, niños embalsamados
y la bandera que florece de una flaca ventana...

Vientos de lluvia sobrevuelan el zinc:

Muros que resisten mocetones y cactus
y tejas y verdor se van desintegrando
—Nubes y mares de langostas
se acercan por el cielo.
¡Langostas!
Sólo quedan langostas de lo que fuera mi querido Trujillo.

JONÁS

Grave destiempo que corres hacia atrás
mordiéndote las fauces
A mí, Jonás, me vuelves a mi antaño:
–Lluvia y yerbajos...
Dónde está mi aguardiente,
mi botella que no se apaga nunca.
Vamo. Aquí!
No quisiera volver a mis treinta años.
–Venga acá mi revólver secretario del juzgado
–también la cuerda de amarrar el portón
Esta casa encinada es mi ballena.
Me reconozco un asesino... Pero el mar está lejos
el barco muere y su satánica tripulación
chilla y se arremolina sobre el puente.
No fui yo. Se equivocan.
Era una trampa bien urdida.
Esta culpa no es mía
Y sin embargo todo me acusa y me condena.
El mar me espera.
No quiero detenerme Ahí voy
Crash!!
¿Qué?
La bombilla de luz oscura y azulosa ha vuelto a iluminarse
Agonicé— ¿No es cierto? ¿Es mentira Umbelina?
Están tocando en el portón ¡Ya voy!
¡Es mi hermano... el ahogado!

Entonces era cierto...

ENFERMEDADES GRAVES

En memoria de mi tía Enriqueta Sánchez Vivas

Él estaba tan malo con aquel cólico miserere
y ella, mamá Cheli, no hacía más que rezar.
Al otro día llegó el padre Escalante con los óleos
y ella se volvió como loca.
Todo en la casa era un delirio
pero él en medio de su fiebre resistía y resistía.
Ai fue cuando ella dijo
Corazón de Jesús –Corazón misericordioso
permíte que me lleve a mí la muerte
o se lleve la hija que más quiero antes que a él
¡Dios mío!
Yo no quiero estos hijos huérfanos.
Y él se levantó en medio de aquella inmensa fiebre
temblando y remeciéndose.
“Cómo se te ocurre venir a ofrecerte y ofrecer a tu hija.
Tú no tienes derecho...”
Después cayó en sopor y un sueño
que como él mismo dijo
andaba una montaña llena de nieve
y vio del lado suyo un perro San Bernardo
y un santo que tenía escrito al pecho
“San Marcos de León...”
y el santo le dio a beber del ron de un barrilito
que tenía el perro al cuello.
Y al despertar se sintió ya aliviado.

Pero en cuanto a Antonieta
la gravedad fue repentina y todo fue muy rápido.

EL TREN DE MOTATÁN

Próspero— ¿Adónde vas?
El tren de Motatán ha partido
la joven mujer que te acompaña no deja de mirarte...
Próspero tú nos diste a conocer la Poesía, la belleza.
“Próspero te decíamos los locos, los poetas, los líricos -
-igual que nos decían
a su vez los lechuguinos de cabezas de perro y
las mujeres cursis.
Nos alentabas a soñar y así vivimos nuestra gloria.”

Iba en el tren, recostado y empalidecido
y la muchacha ojerosa y cansada le secaba
la frente con un pañuelo perfumado
-Papá, cómo ha seguido...
y respondían por él
un golpetear de hierros, el humo, el insistente pito
- Papá, cómo se va sintiendo
Él conversaba con aquellos muchachos
José Félix Fonseca, Barreto, los hermanos Carrillo.
Era en su habitación de lo alto, en el Hotel de la Cruz Verde,
y serían ya como las doce y el calor deliraba,
cruzaban por Mendoza Caliente y él sentía náuseas y la tensión
[lo desgonzaba.

Había una gente allí junto a las vías
alguien que parecía despedirse
y más allá unos burros, puesta la enjalma
y casas roídas
y penachos de palmeras que parecían mujeres asustadas.
Al fin había llegado el progreso

y en sus aullidos victoriosos
recias llanuras, selvas estupefactas, lo miraban
sus pequeños vagones repletos –maderas frescas y olorosas:
caracolí, roble blanco, ceiba, sangre de drago...
y lejos neblinosas montañas.

A su habitación se habían sumado Saúl Moreno y Manasés Capriles
y conversaban del último número de Ariel, de Azul, el otro semanario
–Trujillo estaba lleno de periodiquitos.

La plaza Sucre rebosaba fluxes almidonados y cuellos tiesos
y algunas mujeres de pelo corto y ajustados sombreros
reían allí con ojos de zorro.

Ella vio cómo su padre se quedaba dormido
pero él en medio del ruido y la tosecita de los vecinos
llamaba a su perdida hija Antonieta
–de su mirada rodeada de ojeras verdosas
lloró débilmente.

–Próspero adónde vas–

Desde la improvisada tribuna su voz oscura
resonaba como un bajo y ascendía lejana en llamado de corno.
También sabía hacer de halcón
Y registraba con voz alucinante
Desde el oído a la garganta
De la garganta al pálpito
Del corazón a un grito
Y al final se tendía en un ensueño.

La selva desde quebrados y zanjones le hacía muecas
y ella, su hija, lo miraba desde su profundo cansancio.
Se encontraba tan sola ¿Qué iría a hacer?
–papá– falta poco

y veía con los ojos cerrados a Maracaibo,
aguas y puerto ardiendo, barcos en un lienzo de fuego,
una ciudad radiante de amarillos hundidos
cabalgando en el cielo.

Maracaibo Maracaibo –dijo él de improviso
Ah Maracaibo, el puerto donde habré de morir.

TRAVESÍA Y CAMINOS

ABRAZO EN SANTA ANA Carta del pacificador Morillo

El general Bolívar El general Morillo
estaban abrazándose como viejos amigos.
Y qué banquete Qué muestras de cariño.
Ahí se subieron a una mesa
y aplaudían todos dando Vivas.
Los españoles repetían:
—*Prefiero este día a todas las victorias del mundo.*
Después de hoy la muerte ya me es indiferente
Vamos todos juntos
Vamos hasta el infierno a destruir los tiranos.

Acabo de llegar de Santa Ana. Ha sido un día feliz, entre
[los más felices de mi vida
El general Bolívar seguro y decidido
cabalgaba tan sólo con un puñado de oficiales
—yo me apené conmigo y retiré con prisa la mitad de mi escolta.
La cordialidad y el afecto no podían ser mayores.
Comimos juntos, hicimos locuras de contento.
Qué sueño verse así, como hermanos y amigos
—“Como si alguna mutación del cielo ocurriera —dijo él
hombres como lo somos, acreedores del aprecio,
y a través de la guerra sólo podíamos vernos
como sombras de horror...
Confieso que mi corazón se ha mudado respecto a estos
viejos enemigos.”

Decidimos alzar un monumento
En aquel pueblo de Santa Ana
Dios!! Cuánto merecía ser tallado
sobre una mole de diamantes!!

SOLDADO

Qué agitación
el camino del pueblo harapiento
Las mujeres del tercer escuadrón
alborotaban con sartenes y olletas
y un loco empuñaba un violín cantando y dando vivas.
Y al fin apareció la caballería:
Los generales de corraje negro
jineteaban sus mulas amarillas.
Ojos de mis nueve años:
Mi padre nos leía de los Pares de Francia
y en sus rodillas resplandecía Alta Clara, la espada de Roldán.
Después me fui
como oficial de a pie
en Carvajal estaba el enemigo.
Y el primer sol del alba
alumbró un hombre muerto
y su fusil
y un perrito que le lamía la cara.
Y al otro día en la tarde
–veredas de Isnotú–
dormía yo moribundo a la sombra de un cío.
Me reviví en posadas tristes con caldos y guarapos,
no así mi hermano, el coronel,
enterrado en un bajo
al pie de un ceibo.

TRAVESÍA

En memoria de Hesnor Rivera

De Maracaibo a Gibraltar, en el vaporcito iba yo,
arrastrado de esos parajes brutos
contemplándome en mis potros guajiros apenas desbravados.
Y aparecieron en cubierta unas mujeres riéndose y cantando
con música que no les entendía;
por las claridades azules y el aire del lago
y el chillar de sus pájaros
¡Qué mañana!
Ya en el puerto me enredaba en aquella trifulca
porque abusaban los del comercio con sus malditas alcaparras...
Y atravesé una selva lodosa, quebrados vastos,
entre un verdor malhumorado y hosco;
las mujeres cogieron otra bifurcación
y siguieron al sesgo sus laderas.
Después las arboledas se tupieron
y las piedras y una nube insidiosa me cegaron
hasta que apareció en mis ojos –tan distante– un agua lejana
y las selvas de su contenimiento.
Luego el trueno se volvió hacia nosotros
Y discurrimos largo por aquellos zanjones.
Ya en el chubasco presentimos detrás de su tormenta las luces escondidas.
Qué habría de verse allí
Dos hileras de habitaciones torvas y su rodeo sombrío...
—“Señor ¿le cuido sus caballos?”
Y por sus corredores y ventanas, vestidas de un iris receloso
—Psst Psst Pase adelante...

Reímos a la luz del carburo, escuchamos los cantos de un sueño
reluciente y sombrío
porque la tierra apisonada y el ladrillo
sabían de un habla tensa
y el coro de aguas escondidas urdían a la callada
fríos crímenes y alevosas sospechas.
Iglesia y calles pardas:
Pude escuchar un rezo largo;
al alba pasaba un puentecito, ascendí varias cuestas,
luego perdí de vista el humo triste y su bagazo negro.

y resolvían su vida por seis y hasta diez años.
–Treinta mil matas aseguran el bienestar de una familia
por dos generaciones y media.

ELEGÍA 1830

Este año negro chillaba al nacer
y sus colas de gato y cara de murciélago
se prendían del sueño
y lo halaban desgarrando su corazón y echando al diablo
sus manantiales y sus puertas...
y sus aires que iban al futuro y corrían
al futuro
en el delirio de aquel que vivía en su Casa Dorada
en el Amor de su Gloria
y su Visión
pues con el tiempo todo se despedazaría
y sería sorbido de esa jauría de adentro y de fuera
que pugnaban por
robar y asesinar
ahora mismo
en las puertas y ventanas de este año,
cuando los empequeñecidos, ladroneros, raspones
abrieron sus pequeñas fauces
y comenzaron a morder;
entonces arrastraron su cadáver por el Magdalena
y lo arrojaron al puerto
donde veía las aguas
sentado en una silla de ruedas
y, resfriado,
sentía gritar sus huesos y chillar sus oídos
con voces criminales
insultos
trapacerías
y toda clase de lenguas infamantes,
ya avisándole, ya amenazándolo

de modo que por las noches se le escuchaba gritar
y los delirios se echaban sobre esa frente rugosa
mordida por tanto frío
y polvo de guerra,
por tanto mar, nieblas
y desolaciones de guerra
y gloria
y tanto sueño amoroso por su querido continente.
Y así
repetía que le llevaran su pequeño equipaje al barco
porque en América
nadie lo quería.
Y escuchaba al capitán del barco decir
“—Véngase Hay Otras Tierras
Véngase a ser
El primer Ciudadano del Mundo.”
—Alto Quién Vive? —le decían
Y respondía con voz muriente
—La Patria.

Tenía un Jueves Santo revoloteando sobre él
Un Jueves Santo Negro
que desplomaba torres y levantaba monjas y soldados
hundiéndolos en la carne
de oscuras iglesias.
Y allí los jardines y conventos
se estiraban entre los muertos,
y las casacas y fusiles
lloraban por las escalinatas,
y el aire se llenaba de almas
insectos y campanas.
Entonces el Espíritu Santo y su carro
se incendiaba en rosas abortadas:
Es mi Jueves Santo a las cuatro de la tarde —decía

Mi Jueves entre columnas y ayes.

—Se dormiré el jacinto en su matero viejo
y el geranio
en su felpa asombrada,
pero Yo estoy a las cuatro de la tarde
y caen Tus catedrales y Tus ventanas desgonzadas
Vámonos Consoladora
Vámonos Lleva mi equipaje
Ya no nos quieren en América.
Y todavía es Jueves Santo
Jueves Santo con sus muros caídos y ángeles
y cadáveres.

América Mi Estrella Mayor
Continente barroso y verde
con tus cabezas de catedrales vencidas
y tus ventanas abortadas...
Ahora me verá el aire azul
y velaré tus muertos.”

Era el sueño olvidado y pérfido
que lo alzaba en sus nubes de azufre.
Iris ha muerto
y la Plaza de Armas
se repleta de sombras.

“—Lima se abre Ay consoladora
echa sobre mí tus dientes y vierte en mí
tus encías de claveles y bosques.
Ya estoy para morir
amadas torres y balcones.
Pasto se ha rebelado contra la República
El Segundo magistrado asesinó al Primero

Pobre de mí que vi morir mi hermano
en su despedida
lejos de mí
en la Selva Asesina,
y su cadáver se durmió sobre el barro.
Consoladora,
echa fuego por mi ventana.
De la Angostura a Quito hubo apenas
una centella
con Perfume.
La yerba hunde tu cabeza en el cielo
y estalla de aromas.
La lluvia vuela
y te humedece.
Y el viento espanta aves asustadizas
y seguimos al Sur...
—¡Alto Quién vive?!
La Patria!
Y llega la noche con sus muertos y pájaros,
con sus dedos de plumajes
y sus plumas sangrantes mitad cielo
y mitad dentellada.
Y el humo estira al viento
y el viento revuelve las almas.
Pisba sufre de invierno
y las mujeres arrastran sus enfermos
que resuelan frío y tiritan
estremeciendo diente contra diente
y mirando la lluvia.
Y las mujeres ofrecen
ese calor único de la tierra
y abren sus miradas de asombro
y sollozan,
pues bajo la tierra de apariencia dulce

dormitaba el azufre
y el carbón dañaba su luz y amargo
pensamiento.

Así llegaba la aurora con sus flores
y leches
y el rubí con sus nueve corazones,
y la piedra Ágata y la luna
con todos sus tesoros.
Pobre de ti que ves el viaje de tu muerte
desde esa silla negra.

El tiempo sentado en sus faldones repletos
de montañas y pájaros
pregunta
—Quién eres?
—El Primer Ciudadano de América” —respondes.

“—Consoladora —Sé prudente
Amor mío Sé Prudente.”
Así dijo al montar y partir
su última cabalgata
porque ya el año lo arrastraba.

“—América Mi estrella Mayor
Continente de Alma de pájaro
Tus ríos Perla Terrosa y Yerbabuena
Tus caminos Mitad cielo
y sepulcro.
Yo me fui saltando de columna a piedra
y tejas deshechas
donde los gritos me llamaban.
El suelo ardía en los cuerpos y el aire se quejaba

Ay Jueves Santo
mañana me verán tus ataúdes perversos
—Bésame Consoladora
quiero escuchar de nuevo
que soy
el único del Mundo.
Vuelve a decirlo y Bésame
vierte sobre mí el agua
y el sabor de la Noche
y la vida.

Asolados Territorios Socha Socha
Pequeño Pueblo,
nos diste Pan
y nos vestimos tus enaguas.
Y los vientos que mordían nuestro alrededor
preguntaban
—Alto Quién Vive?
La Patria!
Ya le estarán pegando fuego a tu casa.
Ahora le estarán pegando fuego a tu casa,
tu casa. En tu ciudad.
Ah! Mi querido tío Quién más que Usted lo sabe,
ya Caracas no existe,
no existe la ciudad de mi Infancia...
Sueño
Sueño Olvidado y Péfido
déjame revolver esos árboles que chillan odio
y Muerte.
Es fuerte el sol del Magdalena
y brilla en mis cubiertos de Oro y Plata.
—Capitán!
aparte su humo Eche a un lado ese olor a tabaco
me estorba el frío y el habla fuerte.

Y Tú
Ayúdame por el jardín,
desde el asiento muelle
quiero ver
la puesta de sol
el amable verdor, los húmedos
balcones.

EL VIENTO Y LA PIEDRA

(Selección)

(1984)

BÚHO

Los matorrales viejos
acidulan un ocre sarmentoso
y corren conejos y pajaritos
por un aire gris.
Y está el búho que acaba de salir
por los roquedos
mirando y remirando en el arroyo
su imagen brumosa que una nube
arrastra sin fin.
Y el cielo es un océano
y sabe a plumas
arroja plumas
y bate un raro olor a sangre.

PRECIPICIO

Para Ana Enriqueta

Los rebaños en la parda meseta:
moscas sobre una hoja marchita.
Un pájaro
una aterida conversación de torcaces.
El alma: Añoranzas
El corazón: Ese oscuro cristal que brilla
y grita al fondo.

ARROYO

A Patricia Guzmán

Tiene una carrera de cola de pájaro.
Pájaro Mosca
Colibrí largo
y baila y baila sobre el trébol.
Habla como el ala de una cigarra
Dice que es Páramo
Cielo verde
Copas...
Y se va.

MURO

A Salvador Tenreiro

Y algún día serás muro
y estarás escrito con tizne,
un “ay” en la grieta,
una sonrisa en la ceja honda
—Me dirás
“Es un tiempo gris,
Es la espuma de un sentimiento
tardío”
Y tendrás escrita una flor con amarillo
[torpe y ceñudo,
alguna flor como una sombra
verdosa y húmeda.

BUEY

En memoria de César David Rincón

Vivir en el lomo de un buey
un buey de pelaje amarillo y verde.
Abajo canta la dulce flor de muerto
y asciende la mañana en su gonzalito.
Vivir con luna.
estar de arreboles
–Vimos rodar un trueno y al fantasma del refusil
entre piedras.
Alguien teje de lejos a lo lejos
la encabritada vereda.

TABACO

Para Humberto Febres

Sobre los parapetos, colgando de las trojas
la plumosa turba de aromas.
Es la purísima hilacha Varinas
Ya viene su humo azul
Ya sale su barco y ya se van sus torres
a nortes turbios y salones de juego
acunando el sueño de mujeres evanescentes.

HALCÓN

Al fin aguas profundas

Vi el aire
Vi el cielo
y entre las flores muertas
colores de pugna.

Solo en el Paraíso

Inestable, fluido, más bien turbio
Yo húmedo, yo sombra.

Por eso canto Por eso vigilo

Estoy cantando
Estoy riendo
Estoy de vigilia.

En mi intimidad, a dúo, invisible y en silencio
brillo con mi banda carmesí.
Yo el turbio,
de color amarillo y quemándome,
canto y me libero, espinoso y fresco,
solitario entre los míos, en mi multitud.

Altísimas torres, murallas
y repentino y en silencio
El resplandor.

¿No es esta la distancia?
Unas lilas y al fondo los elevados contrafuertes.
No más tierra No más gravedad
El reino de la pluma
El ingrátido porvenir.
Ya soy el blanco de una garza
Me doy a unos declives
El cielo: Puertas profundas.
El recodo del valle: Unos riachuelos.
Las músicas de ayer se han ido
empieza el verano.
Como noche me recojo
Como día salgo de mí.

Quisiera verme en esos promontorios
donde reptan luces impacientes.
Ser glauco y sorprender desde la altura
un oculto enemigo
y descender de uno a otro sur
de un norte a otro,
y en la profunda oscuridad
ser una luz descifrando lejanas luces.

Una infancia es un recuerdo
y más que una corriente a saltos.
Una infancia Tú
Una mañana Tú
Un muro húmedo y salvaje.

Tú y Yo gemelos
Por eso canto, por eso vigilo.

Frías casas, blanco frío
Vuelo y permanezco

sube sube alcanza los ángeles!
Y los dorados campos y el hermoso mar
rugen más allá.

Ésta es mi fiesta: Una flor
La llevo a mi frente
transita por mí
Alabado sea
Quiero que se tiña de rojo
se tiñe, se oscurece.
Embriágame
y abrázame adentro
en mi casa de cien mil puertas.
Me has animado, me has cuidado
Y yo regreso
No a mí sino a tu luz
donde se habita en certidumbre.

Óyeme estrella
Que un calor bravo en su volcán
crezca de mí.
Resplandor Ábreme los ojos
Que mi corazón sea señor
Que esté Yo rodeado de un aura
Soy el Amarillo, el rojo áspero, el púrpura intenso.
Si pudiera lanzar un agudo chillido y extender las alas!

Todavía hay campánulas
La helada no ha marchitado al pájaro ni la retama
¡Bravo por el fulgor del risco
No a la presunta lluvia!
Ya se escucha el sonido
Ya suben las flores.

No más urnas No más prisiones
Levántate y observa
Qué esplende Qué acecha Qué domina.
Caminaré bancos de pasto.
Veré selvas de piedra
Para ennoblecerme ¿algo más alto?
Me siento y brindo: Trazo caballos,
desnudo el Edén.

Luz!

Mi cerebro quiere beber
Maravilla, borra el espacio entre Tú y Yo.

Para encantarme he venido.
Para vivir el color violeta aquí me he posado.
Estremezco las ramas, me estremezco yo
en el aire opuesto de flores.
Soy pequeño en esta dulce casa.
Soy ligero en esta ventana.

AGUAS LUSTRALES

AGUAS LUSTRALES

A Harold Alvarado Tenorio

Cuando se quedó atrás la oscuridad
me encontré desplazándome con fuerza incontenible
en el agua lustral de mi primera noche,
todo rayo de luz mi cuerpo,
y miles junto a mí, todos hermanos
fluyendo hasta rabiar,
fijos hacia adelante, apremiando con furia.
Y el corazón ausente exigía más y más
y así llegamos.
Y ya el umbral,
apretujados y feroces,
aquella impresionante multitud disímil y enconada
ardía en alaridos.
¡Salté!
Y no pude volverme.
Y quedé solo, extraño y asombrado,
creciendo en fuegos y devorando un cielo ajeno:
primero brasa, luego un sol, luego una inmensa estrella

rodando y dando saltos por espacios y mundos
que mañana algún sueño ajustará a otro sueño.

PREHISTORIA

Una antigua boca de mí sorbe los cráneos de sus parientes muertos
y me llaman quejidos sombríos
escarbando ira y miedo.

Y aparece la muerte acucillada
en su espejo tortuoso;
y desde el sentimiento aún confuso
que el gorila ni el tigre alcanzaran nunca en sus ciegos rugidos,
la luna del poema se expande
en el vivo fuego y el rudo balbuceo;
y el cielo en sus carbunclos
espanta visiones y destiempos
en el ardor de esa comida ronca
donde clarea la eternidad;
y así el poema asciende hacia otros soles
iluminando el sitio
en que la intimidad abre su inmensa oreja,
y se vuelca entre raptos y extravíos
ardiendo en universos cada vez más lejanos,

abriendo y entrañando
hacia las regiones no humanas
—Otras—
que sueñan sin embargo sueños mortales.

DESPERTAR

Para Adela Matos Palomares

El animal rojizo
bañándose con aire nuevo,
estrenando su fuerza
va en el fulgor de ondulantes praderas.
Ningún acoso en el resonar de sus patas.
No ayer No mañana Sólo su imagen y bramido.
Perseguido de su gran esplendor,
sólo espacio para su hambre, pasto salvaje y viento.
Todavía no se ha inventado la muerte.
El infinito no se ha escapado todavía.
Tan sólo una gloriosa voluntad
Resplandece.

BAJOS FONDOS

In memoriam *Antonio Pérez Carmona*

Codo a codo camino con mis cielos sombríos.
Hace días el sabor de otras vidas refluye en mí,
y todo es gris y el peligro me escruta.
Escucho voces como nacidas de un tiempo último
y ando bajo presión de ojos que me espían.
Hay tantas citas que cumplir
y cosas siempre ocultas,
perdidas o muy difíciles de hallar.
Y oigo mis procederres turbios
y la fiera que guardo.

Mi calle está ahíta de grietas,
con estos pies como de arena y trapo
ruedo a cada momento
y unos perros me empujan,
y el acoso me apura por diferentes direcciones.
No hay amigos aquí,
si la persona mayor asiente
dudo y pareciera no aceptar.
En sus corrientes ogradas no hay vuelo,
las mismas nubes resultan de un volumen gravoso.

Qué de entrecruces y esquinas hondas.
Aquí y allá sombras y siluetas se escurren.
Noten esas ventanas, los ojos torvos escondiéndose.
Hay unos ruidos sordos, un decir bajo y rápido.
—“¡Déjenme salir!”—grito desde el fondo.
Afuera no hay nadie, es madrugada.
No hay luna.
El sol no existe.

LOBOS Y HALCONES

*A Lolita y José Antonio
A Maracaibo*

Será cierto haber sido un halcón y remontar siete cielos de
[un tranco?
El resplandor de ojos en la sombra alzaba la cabeza orgulloso de
[su lejanía
y después avanzó con sus imágenes pálidas y sesgadas.
Hay un jardín y música y voces animadas de euforia,
los convidados apagan una sed insistente.
Sé que todo aquí es un largo amor, una primera adolescencia que
[se deslumbra
pero el haberme remontado por esa escala y ascender hasta el
[brumoso puente me resulta imposible.
Mi amigo dirige la orquesta de fuerte percusión y timbres agudos
se trata de un sonido de tintes rojizo y verde humoso
como las aldeas de que hablamos en el trasnocho y la
[despreocupación.
No es como antes pero el zumbido de estas voces tiene un
remoto parecido a las invocaciones de años más extrovertidos y
[urbanos
cuando lo único valedero era el poema.
¿Qué quieres?
Noviembre es acuoso y su gris de un acecho permanente.
Y de nuevo quiero continuar acostado, perezoso y tibio.
Pero la fiesta vuelve,
las canciones de ternura alcohólica persisten
y esos cantantes de la tristeza y el despecho anclan a lo hondo:
No es verdad que haya sido el halcón
El halcón estuvo todo el tiempo acurrucado en esa rama
donde acomodamos juntos un acontecer taciturno.

Me parece escuchar una conversación que discurre en
[altibajos inusuales.
Quiénes serán esos actores graves y ceñudos que predicán con
varas de enramada aún fresca sus pieles y plumajes enardecidos?
En sus voces reconozco unos versos que estudié para decirlos
[en un viaje, una celebración.

Hay un espacio donde van y vienen rostros amigos y rostros
[sin perfiles.
está presente el calor de un juego apasionado,
la danza y el amor gentil
aparecen y desaparecen como en el ardor de cerebros
[ansiosos y enervados.
Pero no es cierto que haya remontado de un tranco los siete
[cielos del poema
y esté sentado entre maderas y metales oyendo la modulación
[encantada.
La verdad apenas he permanecido un instante en el Paraíso
y sus murallas de nieve y cristal verde tan sólo han fulgurado en
[una frase sin memoria.
Aún así persiste la volatería radiante de pequeños y grandes
[nadadores del aire
“—Ven a coronar el halcón! Ven a detener la nube sobre su
[orgullo predador—”
Más tarde cuando ya todo ha desaparecido me pregunto de
[nuevo
¿De qué halcones, de cuáles pájaros se trata?
¿La infancia, con sus alturas y laberintos?
¿La sangre que atisba ya sus pesadumbres y victorias?
Cierto: El porvenir ha sido una vez más convertido en cordero
y el aire se solaza en sus huesos.
Los halcones eran ciertamente lobos y los lobos me esperan
[para celebrar,

y al echar a correr entre los matorrales advierto sobre los claros
[de la fronda
el gran cielo expandido
y con él un halcón dorado, vuelta y vuelta en sus mares altos
con los ojos fijos en mí.

ALGUNOS AMIGOS

HOMBRE DE BLANCO

—Orlando Araujo—

Alguien dispara entre esos cardonales
y su caballo reventado con los belfos en sangre
le sirve de trinchera.

—*Y un caballo es también
el ala de una vida...
ese amigo mío lo confirma*
—*enjuto, severo –dice– un descendiente de alemanes en un rincón del
[sanatorio...*

—... *y es también casa y techo.
El cielo del caballo es oscuro y llora,
azul y canta
recio y mata de frente
relincha y gime en la pasión que su jinete arrastra y corre en su andanza.
No cava trinchera el soldado de caballería,
si su caballo cae
es ya pacto sellado.*

Tumba es la carcasa del caballo, tierra su vientre...

Su habla es fantasmal –pero él luce impecable en su liqui liqui
[de plata
Hace rato el teléfono le hizo saber que su enjuto y severo
Compañero de viaje

ya estaba lejos con su escopeta y su caballo rondando quién sabe
[qué chiribitales

montañas bien arriba
y habitaría en su más allá
por Misintá, por Torondoy o Escuque
tal vez por eso la puerta de batientes se explayó
y alguien dijo de afuera

—Nos veremos por Nutrias o más abajo y al oeste hacia las aguas
de Caparo...

—O más al Sur, hacia Quién sabe

Al relator —impecable, sonriente y seductor— lo tropecé por Barinitas,
ya entrado al piedemonte,

en otras partes lo había visto en compañía de unas mujeres

—pues le encantaba un arrejunte.

Por Nicaragua quería colgarse un pistolón sobre su liqui liqui plateado
y regresarse en bongo con la revolución flameando una bandera

[victoriosa.

La verdad su corazón generoso y noble
sufría de una puntada que lo iba descosiendo
y velaba a la sombra de una clínica pálida,
y en sus adentros por un mal de la tierra
merodeaba unos caminos viejos
rociados de agua perfumada
y montaba un caballo mosqueado
con la idea de seguir hasta Nutrias
puerto de plumas, cueros y tabaco,
sobre orillas de garzas, por aguas emboscadas
y escuchaba el tumulto —mulatos, blancos, indios sudorosos...
Nutrias sí,

Puerto de cien mil plumas.

CARLOS CONTRAMAESTRE, EL ALQUIMISTA

Caminos!

Un cielo retraído y la roca lo vieron esfumarse
pues como toda alma valiente había partido muy temprano
y escuchó rabias y quejidos, destierros y anuncios hostiles
rondando su alma subversiva...

Ahora se le oía decir:

“—Igual que humo los amigos se despiden...

Alquimista, has dejado de arder...”

Pero de los restos de brasas
saltó un pájaro de tela perfumada y liviana.

“Fue en Tovar por la mañanita,
y era yo por entonces buhonero y contrabandista entre pinches
y desarrapados.”

Luego se volvió en sí

—“No habría querido yo cerrar mis días aquí” —agregó con voz triste—
acostado ya en la mesa de operaciones
y acurrucado se escondió en un dormir.

Ya entrando al caos

su amigo y sabio reparador de santos lo atajó

“Ah Doctor cuánto le agradezco descubrirme

Usted que ha hecho de los tumores y reventones de la carne
una nueva resurrección.”

se había puesto de monje loco

y se encontraba ahora exorcizando al pueblo.

Había colgado una carne infecta, en una callecita de Sabana Grande
que escuchaba los cerebros de comerciantes, financistas y charlatanes
y asperjaba con azufre y creolina la “Democracia” de Betancourt.

FRAY LUIS SOBREVUELA SALAMANCA

A Alfredo Pérez Alencart

Yo que amo a Salamanca y la miro en mí mismo
su Tormes y su Toro y sus graves conventos,
la piedra que la funda y la arcilla que asciende
extasiada en sus muros, sus praderas y patios;
en el aire otoñal color de golondrina
y el esmeralda fluido de intensas primaveras
Yo que soy su bandera, su victoria y su víctima
no me duelo en mirarla desde una torre ciega
pues desciendo con ella y con ella regreso:
tortuosos caserones de rojiza congruencia
de su trama escogí una espadaña en vuelo
—extensión de sus arcos, pródigos de armonía;
y el huerto que cruzara mi paso adolescente
hacia la luz, por la verdad, por la belleza.
Esto era ayer que otra tarde en el claustro
musitara un *dicebamus*...
el verano es ahora y la celda arde suave
sin rencor, sin ahogo, en la imagen del puente
—largo en el gris de piedra
que duele como el verso
del Eneas virgiliano al contar su desgracia.
No es mía la tristeza, la obsequié a mis contrarios
mudos en el pasado, atrapados del miedo.
De mí sé de volar sobre esos techos lentos
que levitan conmigo hasta el cielo más alto.
Salamanca de Tormes, de frailes, de caballos
de tabernas y espadas
donde el verbo se pule con música de esferas:
Salamanca soy Yo, créanme el cielo y Cristo

por sus nombres sagrados
–humildes e irradiantes–
imposibles al ojo de inteligencias muertas
que un astro oscuro
avienta hacia la nada.

AGUSTÍN CODAZZI EN LAS ALTURAS

Para Ana María Oviedo

Esos rugosos, tenebrosos pastos
camino de balcones, banqueando picas iba yo
donde se pasa en medio de oro
todo de plata y todo rutilante,
y así, Oso de la Montaña, encaramado a gatas en la niebla
atravesé el tampaco.

Ni las muñecas fantasmales
ni la boca que arrastra a los viajeros a su roca ventosa
me entretuvieron en el miedo,
y escuché gente así, gritando en el zig-zag aguas abajo.

Después copé su altura
Chachopo, Tuñame, las Tetas, Tonocó y Cabimbú
y hacia el final
Las Rosas y El Rosario.

Barinas la vieja apareció chiquita entre sus pajonales
y el reino del confín amarilleaba un río sinuoso, lejos
Pero quién me dijera que iría directo a perecer de fiebres
o ganarme la ruina en lenguas perversas
por echarme a salvar la noche de estas sierras
aniquilándome
tostándome de luto.

No llegaría pues a devolverme
ni me alcanzaría el calor ante el resfrío
ni el empuje lograría su pulso ante la calentura.
Y estaba viendo al pajonal, a su airecito de odio y de malicia,
anonadado, cuando el susurro de Aracelis, mi esposa,
se allegó a confortarme
—No fuera yo de anime ni de yesca
bajo aquel pedazo de tela encerada entre los musgos,
abrigado en mi pobre cobija y mi camisa de bayeta;

aunque no escasearían en Barinas ni en muchos otros puntos
quien dijera
que los había querido alucinar todo charlatanismo doctorero
para engañarlos y sacarles la plata,
y así me regresaba
con esta enfermedad de excusa.
Y en todo eso la calentura fatigaba y entre los riscos de La Bellaca
y al pie del Motumbo
faldeaba con el viento.
Y me espetaban de la niebla que por aquellos lados
no había bajado nunca hombre enfermo
a hombro ni hamaca
y me esperaban sus cuchillas.
Estábamos en la región de los mirtos
y el say say y el quiripe, y los romeritos y caóticos
sobrepujaban la inclemencia.
Y los musgos, algas y líquenes abrigaban la vegetación
casi amorosamente
sobreviviendo a aquellas destempladas regiones.

MUSA Y OLVIDO

MUSA Y OLVIDO

¿Y el recuerdo?

–Una aventura

hacia una luz que es casi sombra,

allá lejos,

en un sol consumido.

Yo ahora voy por una isla

a mis veintidós años flaco y tímido

adorando mujeres transparentes,

recostadas en flores, en espuma,

iluminadas del amor y el delirio.

Y de esto guardo un pozo donde por un camino

y un tiempo negro yazgo muerto,

y escucho la tiniebla entre unas piedras

Eh! –me dice con voz autoritaria– Puedes salir!

y en la gran ola blanca de esta inercia

la noche se retrae

y una estrella asombrada gana aquel cielo torvo

y en su misterio vuelvo a ser.

*“A estas horas, este auto viejo que recorre la noche, recuerdas a Cris
y ella está sola y lejos si es que existe,
aunque aún sea la estrella en tu ola
con Su esplendor lunar”*

Luego la oscuridad sopla unas brasas

y alza sus brujas ávidas

Quién eres? Dónde vives? –oigo decir,

y una nueva alegría me respira
y desando por calles, por iglesias
y el cielo va abismándose entre soles
donde su dulce clima escribe
que el tiempo adora esa estación brumosa,
con sonidos de arena y rosas firmes...
...como Cris, de dulce acero y flores

y en este carro viejo en la noche y la niebla –el aire insiste

Tú recuerdas a Cris

Cierto... y en el recuerdo espío su eternidad,
pero desde el mar tenebroso el olvido y sus brujas
se acercan dando vueltas.

Dios! Entre su azul y mis montañas
cuánta sal y qué extensos desiertos!

NERUDIANA

asumo el sueño de mis breves imágenes,
su pequeño fulgor
y su perfil de tierras disparejas.
y no sé qué mujeres secretas
tiempos y casas idos ya
 aparecen,
y aunque no alcanzo a distinguirlos
en su halo envolvente
se advierten vacilantes en su hermosura reposada;
luego se desperezan y despiertan
soltando tibias, venturosas,
sus cabelleras largas y extenuadas.
Qué amores y visitas.
—“Ven –dicen–, un paso en el espejo y volveremos juntos
Atrévete y volveremos juntos”
Voces de una música, una canción de nunca más,
 imposibles y ajenas.
La pulsión de sus bocas se hace honda y dolorosa,
Su dulce jugo me destruye,
y después se prolonga en un quejido tenso
perdiéndose en el humo
con su tristeza fría de cercos de violeta.

EL VIENTECITO SUAVE DEL AMANECER
CON LOS PRIMEROS AROMAS

(Selección)

(1969)

[1]

Amor Amor Mira Ha llegado el tiempo de florecer
Ha llegado el tiempo de soñar Ya se han bajado las nubes
Ya se han revelado los jazminales Las margaritas están levantando
con mucho oro y mucho diente de blanco

Ya las rosas han cuajado sus nácares

Sí

Mira Es la hora de beber Baja el licor y encanta
con tan finos ardores

Ay Alegría! Te vi

con celo me estremeces.

Y con besos me despierto Cuánta salud es mi huésped

La dicha aparece y se hace más alta

Ven

—Ay pero qué es lo que en verdad llamas El Amor?

Primero todos los colores Primero el rojo el azul el amarillo el blanco
[mate de la perla

El verde con sus ramas

Y también las canciones de flores La música de las hojas al volar
los versos que dice la berbería y el lirio
y la madre selva y la cayena y el malabar
Sin dejar de nombrar aromas esas llamas que entran por las aletas
de la blanda nariz Aromas Porque la casa del Amor es la casa de los
Aromas

Ah Sí

Y todas las ternezas que lavan la piel Aires cargados de finísimo polen
y bálsamos que por esos caminos desandan
y levedades de todos los árboles
y talco de tantas quebraduras de tierra...

[2]

Amor Amor

—Qué habla suena!

—Demencia mía, locura,
escucha tu amistad con el cielo.

Y yo te digo que abrirán tus puertas Abrirán tu pálida hoja derecha

La espléndida hoja izquierda Allí me verás

En los umbrales estaré seré el Primero Y no habrá más

El Primero Y tocaré tu seda

—Entremos

Ah Ésta es mi música Ésta es mi puerta

Sí Hazme a un lado Me dijo tu puerta

Quítame la esmeralda Arranca las flores

No hay otro camino a este sueño

Y si me huyeras Si te convirtieras en quietud Saltaría sobre ti

Qué podría ser si no.

tu pequeña corriente

[6]

Como ojos de pájaro el tejedor tejía tus ventanas
Las puertas con un canto de niebla
Delgadas aletas del postigo se mecían
y se veía cómo jugaba en la piedra el palisandro
Y un clavel en el mármol

Sol y alas Pónganme Rosas y Verano, Tejedor
Una lluvia en el lado de mis caderas Una ventisca por mis tetas
Pero no acabes mi casa sin aromas,
Tejedor.

Plantaron en mi niñez fuertes vigas Roble cuyas famas
se alzaron con plenitud
Me adentraron en tierra Endurecí Me hice la piedra de sustento

—De verdad

Amor

De verdad

—dijiste

Qué hermoso Qué suave y reposado y brioso a la vez! Y cómo
sabe hablar tu fuego!

[8]

Me llaman el Señor de las Flores Me dicen Licor de Copas Floridas
Atiéndeme

No dejes que tus flores se vayan No dejes
que tus pétalos huyan

Me llaman El Señor de las Flores El Licor El de Copas Floridas
Cubierto de Pétalos

Vuelve la vista y Mírame

—Dónde Dónde estás Amor

Arde Arde entre las rosas Pájaro divino

Y ya que estamos en el lecho Nómbrame Y dime Qué
y Quién soy

—Dulzura llamaré el lado de tu alma Tu rostro
de Lluvia

Y al bajar con mis manos desde tu garganta y todos tus sueños
Te diré

—Espuma Aceite Pequeña Luna

Tienes un sendero donde siempre hay rocío

Vives en una casa alta y tu silencio es preciosa música

—El licor que tú bebes

en tu boca sabe con sabor de cereza y a todo da el más puro
fuego

Yo me embriagué nombrándote

Seguía el camino por donde —lejana

ibas protegida del cielo.

[12]

Todas las mañanas el Magnífico Tejedor levantará las flores

Allí se ha de reír

“—Qué de rosas no he de beber en este corazón” —dice

Sustentará su fama y vivirá con gallardía

Y jamás morirá

Porque

¿En qué sitio puede perecer El Amor? Y dónde está

el puñal que lo hiera?

Olvido Aléjate No dormirás en su mismo lecho

—Tejedor, Tejedor

¿Has visto nuestros corazones?

Cásanos la noche con el vuelo!

Relumbraban el Cedro y El Bronce

Señor Mío Corre las manos entre su talle Desnúdalos

Allí se hicieron unas aves

Se figuraron yéndose En hilera Yéndose

Y juega en los dibujos de la piedra el palisandro

y un clavel en el mármol

Y vives tú, Amada, como una corriente

que desciende y desciende

sin morir

[13]

“Hazme, Amor” –dijiste
Y dispuse llevarte

Hice tus ataduras de tierra Y tus puertas del cielo

No. El invicto no sabrá tocarte Es necesario haber perdido y haber
muerto en el sueño

Amor, Entra
Sí, Entra
con el sueño

Con los ojos perdidos en el placer
Todo espuma por las mejillas Todo sangre
Por las aletas de la nariz más que aroma Sabor y aroma
y movimiento en sus celdillas

El agua y su ácido
remontando arriba de las nubes Arriba
Mis oídos en su delicado punto y sin perder roce ni música ni
aéreo besar ni forcejeo ni paso de ninguna burbuja
Mis oídos escuchaban el sonido de la carne
Y aspiré el perfume
y toqué la noche
Con mi cuerpo aromado
con mi sombra embriagada
se durmió El Cielo

SIDERALES

UMBRALES OCULTOS

*Ven a escuchar el tiempo
corre entre sus paredes invisibles
que en apariencia todo delimitan.*

*En imposibles viajes el tenebroso Antagonista
Sus brazos Nunca, sus manos Ácido y Potencia
Explayan la vasta claridad
Y el rugoso tullido
Acusa su larga y áspera fragmentación.
De este inesperado alimento
Parten furiosos mensajeros,
El primer Éxtasis y la primera Convulsión.*

¿Qué resplandece en ese fondo tenebroso?
¿Acaso he encontrado una grieta para salir?
y estoy libre del universo
La clave es el relámpago
y aunque quisiera regresar
y lanzarme entre vegetaciones y tormentas
oscuridades y destellos me retienen.
Ahora voy deslizándome como quien nace
y en su delgado y curvo espejo
las radiantes tinieblas me avasallan.

El resplandor se acerca,
todavía no he franqueado puerta alguna
pero ¿quién si no Yo acaba de cruzar el firmamento?
Escucho el gran mar
oigo su latido firme y rítmico
y mi cerebro se oscurece.
Estoy acostado en mi ceniza
duermo profundo otras auroras.
Y después salto, vuelo, arribo a mi pequeño puerto
y extendiendo frente a mí el inmenso mapa.

Cierto

yazgo sobre la oscuridad quemado y escrito
con briznas frías y hojas rugosas
desdibujándome en la nada,
la nada misma hundiéndose y ganando a la luz su extraño fruto
espumas arriba donde tomo respiro
para asumir umbrales ocultos.

AQUÍ Y AHORA

Para Leopoldo Castilla

La soledad de una muralla...
el sol rechina entre sus piedras
y un turpial abre su opulento fulgor...
–Qué fascinación este lugar ansioso.
Un gesto súbito
y el predio se ha borrado.
Arrecia el fuego y se retuerce una serpiente,
el turpial enmudece
y la muralla, el pájaro, la serpiente y yo mismo
nos sorprendemos bajo la sombra de un jardín.
Todo está aquí por comenzar,
lagartos y un aliado invisible
vamos a rastras por la arena.
Ahora es imposible detenerse sin avanzar
–Estuve antes aquí:
la serpiente bebía plácida al sol
y el pájaro se bañaba en la luz...
–echo de menos su canto fúlgido y señero
y el perfil ávido de la serpiente...
Qué fascinación este lugar ansioso –Ves?
Todo está aquí por comenzar y aun yo mismo
vengo escurriéndome por otros senderos.
Vamos
te desconciertas pero hoy todo escapa violentamente

...Y aún es mía la púrpura en su árbol invisible.

LOS SIGLOS VENIDEROS

Lo que vi fueron las montañas sin fin
La sombra del lobo
El fantasma del caballo pálido

En el más pequeño de los suyos el gran espacio continúa
En la copa de una inmensa rosa hay un lago encantado
Aquí asumo la metamorfosis
Asumo aquí la plenitud iridiscente
Planto aquí mi arsenal florido
El viajero no se ha extraviado
de sus ojos brota la flor,
y aunque la agitación anuncia oscuridad
la fertilidad brilla con magnífica obsesión.

Grandes nubes se precipitan.
Vuelos y chillidos.
el monstruo está sentado en una escalinata pedregosa,
la doncella abre sus pétalos radiantes.
la pequeña célula patalea
y salta prendida a su cerebro con patas eléctricas,
después roe la piedra oscura y enigmática
y su envoltura del tamaño de una casa pequeña
hace crac-
y canta.
Para los dragones es sólo el comienzo,
han crecido enfrentados
al vacío indescifrable
y asechan en su vaga claridad
entre la nada
y el color que está al fin.

En esta puerta se verán
los dragones y el cazador fugaz
cuando el flautista y el cerebro
pasen alegres jolgoriando
arriba de su oscura belleza.
Prohibido retroceder,
Prohibido volverse
–dice a la entrada El Gran Universo–

MUERTE DEL SOL

A Tito Núñez

Elegía para el Sol donde cante su muerte
con quejidos radiantes corriendo por su fuego,
y la noche tras él estrujándole el cuello,
y él corriendo y corriendo buscándose hacia adentro,
luego se echa a llorar
y deja tras de sí
en su sacudida
un fuego hambriento.
Ella lo asfixia con su frío
y él se despide todo gris, sordo y viejo
hasta que da la espalda
arrastrando consigo
todos los árboles
todas las mañanas
y la dicha y las flores que sembrara una vez
en su vida radiante

CANCIÓN

Qué canción tan vasta en la casa
que nunca se detiene
¡La madre naciente en joya!
El frío no dura en ella ni el viento
la desgracia
y la luz perfuma su pecho.
Alegría entre sus ciegas y calvas hermanas
la ha escogido,
la maravilla la consiente
y urdida en una brasa azul
asienta el firmamento.
Dios ha levantado un pequeño ojo
en la más pequeña de las sombras
y asciende con su bella
en fulgor!

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA

Vida y obra de Ramón Palomares

1935 Ramón David Sánchez Palomares nace en un pequeño pueblo de los Andes, Escuque, en el estado Trujillo, en el seno de una humilde familia, sensible a la literatura y al arte y en gran parte dedicada a la enseñanza, especialmente su tía *Polimnia* Sánchez de Olmos, a quien el poeta recordará como su madre adoptiva y en cuya casa creció dadas las limitaciones económicas de sus padres Rómulo Sánchez Vivas y Agripina Palomares.

“Como es propio aquella relación familiar con la enseñanza implicaba unas veces más, otras menos el gusto y afición por las ‘bellas letras’, y en esto un disfrute y acentuada amistad por la poesía (eran lectores de Fray Luis de León, Rubén Darío, Amado Nervo y Antonio Machado, entre otros) y no eran escasas las ocasiones en que escribían, y en fin, amorosamente, hacían de esta relación parte de sus vidas, sacudiendo así de algún modo, lo que pudiera parecer muchas veces un tinte de halo gris en su discurrir aparentemente ajeno de pasiones. Y pienso que deriva de allí mi temprana afición a la lectura creativa, a la belleza y al propio ejercicio de la escritura, pues hubo para mí la cercanía de libros de cuentos y revistas infantiles de excelente calidad como para que germinara muy dentro alguna inquietud, una pequeña raíz de encanto de esas que guarda un niño en su retraída soledad” (*Conversación*).

El abuelo, Julio Helvecio Gallego, se graduó en Ciencias Políticas en la Universidad de Los Andes, en 1890, y entre los de su generación se le estimó como maestro y poeta. Su padre fue un lector apasionado de los clásicos, su hermano Laurencio sería reconocido como poeta de valía, y sus tíos Julio y Amable Sánchez Vivas alcanzaron a publicar varios textos poéticos en los periódicos de la ciudad capital: *La Esfera*, *El Herald*o, el *Papel Literario de El Nacional* de Caracas.

De manos de su tía Polimnia, y también de su tía Enriqueta, recibió Ramón

Palomares su formación primaria, compartiendo las horas de aprendizaje con el descubrimiento de la naturaleza que le rodeaba.

“Para cuando nació Escuque era una aldea grande que albergaba alrededor de unos dos mil habitantes. El cultivo del café se mantenía, ya no tan próspero, y se echaba de menos los días del fin de siglo cuando el auge de la población conoció una madurez plena: club social, periódicos (naturalmente modestos), farmacias, teatro, colegios de primer orden en cuanto a la región; podría decirse un movimiento intelectual importante, una elevación apreciable de su cultura. Ya por estos finales de los años treinta la declinación apuraba y era inevitable: la industria petrolera arrastraba los trabajadores del campo y las gentes de cierta preparación y economía emigraban a Caracas o Maracaibo. En cuanto a mí, ésta era mi casa. Un gran entorno verde, su centro amplio y mío, quinientas habitaciones, en medio de ellas una iglesia nueva —edificada treinta años atrás sobre las ruinas de la antigua capilla. Un río a media distancia sonaba su agua estrepitosa entre barrancos y colinas, y los arroyos se multiplicaban por los potreros y sembrados por donde uno tantas veces podía ir y venir, ya caminando o, si le parecía, en pleno vuelo, siempre a la luz del día. Digo la luz del día, porque de noche, ya se sabe, la luz agónica y la piedra de las calles con sus retorcidos yerbajos estancaban una opresiva soledad y a las nueve en punto con el toque de ánimas sólo había espacio para el sueño... o el sobresalto del insomne. Con el tiempo tuve la cercanía de aquellos seres estáticos y bienaventurados, y aprecié de cerca las alas breves o muy grandes de tantos ángeles de las hermosas naves de la iglesia —ayudante de los oficios religiosos. Por tanto que perdí iba ganando un cine los domingos, canciones de amor y después de los cuentos de hadas los libros de aventuras. Y por supuesto se deja de contar muchas cosas. Cuando por estos días regreso a Escuque, después de recorrer tantas y tan queridas montañas, encuentro que la aldea se ha reducido para mí a una pequeña casa: su patio estrecho y su datura harta de campánulas, ahíta de amor, que comparte su aroma con mis fantasmas íntimos y alguno que otro familiar ojeroso, y por supuesto aquella vecina de enfrente —la bondad de toda una vida—, atrincherada en su ventana contra la hipertensión y la edad: con su saludo una tacita de café ligeramente pasado de azúcar” (Ramón Palomares. “A propósito de Escuque”, texto mimeografiado, Mérida, mayo, 1999, p. 2).

1941 Para formalizar sus estudios de primaria Ramón Palomares es inscrito en la Escuela Eduardo Blanco de Escuque.

1948 Consecuente con la vocación docente del ala paterna de su familia, se decide a viajar a Barquisimeto para poder iniciar estudios de Normal en la Escuela José Miguel Sanz.

1949 Continúa los estudios de Normal en la Escuela Miguel Antonio Caro de Caracas.

1952 Será en la Escuela Normal Federal Román Valecillos de San Cristóbal donde se gradúe como maestro normalista y en la Escuela Diego de Bustillos de Betijoque trabajará por primera vez como maestro.

“Tuve oportunidad, una vez finalizada mi educación primaria, de seguir estudios de maestro normalista en Barquisimeto, de allí nos trasladaron a Caracas, y para cuarto y último año de aquellos estudios, debido a huelgas y protestas estudiantiles en que me viera envuelto, terminé por graduarme en San Cristóbal, en 1952. Me desempeñé entonces como maestro en el pueblo trujillano de Betijoque donde se vivía entonces en una larga calle sola. Decidí irme a Maracaibo donde seguramente habría un horizonte más amplio y posibilidades más ventajosas para mí; sin embargo un año después me hallaba en Caracas comenzando estudios superiores en el Instituto Pedagógico Nacional para formarme como profesor de educación secundaria en la especialidad de Castellano, Literatura y Latín.

“Ya en la adolescencia comenzaban a insinuarse con mayor firmeza las lecturas de orientación literaria y reflexiva; a esta altura, cuando se ha leído ya a Gallegos, y estimado a Andrés Bello y se ha escuchado y recitado innumerable poesía romántica y disfrutado el sonido de los modernistas y admirado los versos de Rubén Darío, y aún más, sentido y resentido los poemas de amor de Neruda; entonces aparecía en manos amigas el iniciático Hermann Hesse de *Sidbarta* y *Narciso* y *Goldmundo* y luego Máximo Gorki para abrir paso a los escritores rusos y, en fin... Como es de suponer había otros muchos asuntos acerca de los cuales leer y discutir y en esto entraban aquellos tocantes a la situación política y las luchas sociales porque entonces vivíamos ya en la dictadura perezjimenista y los acontecimientos presionaban hacia alguna forma de militancia, o al menos de alguna prevención de orden político. Así se hizo tiempo para la fundación en compañía fraterna, de un periódico en el pueblo de Escuque –*Fragua* le dimos por nombre– y pues ya entre los catorce y diecisiete años se tocaba un umbral decisivo para la vocación de escribir fuera prosa o verso –o ambos–, y al confrontarme con la gran ciudad, con la inteligencia, ímpetu y experiencia de nuevos grupos de jóvenes que andaban en una aventura semejante por la idea de libertad y belleza (lo

que de alguna manera se decía como encontrarse, hallar su realidad, realizarse), la exigencia ya era mayor y la conducta frente a esa exigencia más decidida; pude contar entonces con amigos extraordinarios que se ocupaban bien de su trabajo o bien de sus estudios, igual que yo del mío pero que se hallaban desde hacía tiempo y ya de manera definitiva en el campo de la creatividad” (*Conversación*).

1953 Inicia sus estudios en el Instituto Pedagógico Nacional de Caracas y sufre dos importantes pérdidas. Muere su padre Rómulo Sánchez Vivas y en ese mismo año su tío Julio Sánchez Vivas.

Verá publicado sus poemas en la revista *Élite* y comenzará su aproximación a escritores y publicaciones periódicas.

1955 En el Papel Literario de *El Nacional* publicará varios de sus primeros poemas y el 4 de agosto aparecerá su “Elegía a la muerte de mi padre”.

“Esta ‘Elegía a la muerte de mi padre’ puede considerarse a justo título como una de las elegías más dramáticas con que cuenta la poesía venezolana, comparable a la que hizo Vicente Gerbasi en ‘Mi padre el inmigrante’, y también a la –tan diferente– ‘Elegía a la muerte de Guatimocín, mi padre’, de Caupolicán Ovalles” (Ludovico Silva. “El reino de Ramón Palomares”, *La torre de los ángeles*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, p. 159).

1957 Se incorpora al grupo literario Sardio que, entre otros, integrarían los jóvenes poetas y escritores Guillermo Sucre, Adriano González León, Salvador Garmendía, Rodolfo Izaguirre, Luis García Morales, Francisco Pérez Perdomo, Elisa Lerner, Marcos Miliani.

“Palomares inevitablemente participó en este desenfrenado proceso de juventud intelectual recién liberada, asociándose a los grupos Sardio y El Techo de la Ballena (considera que para él sólo la experiencia sardista tuvo importancia sostenida). Sin embargo, repetimos, en sus publicaciones se apartaba desde un principio, negándose a escribir los fulminantes *ars poéticas* y manifiestos que tanto abundaban en sus años de aprendizaje” (Paul Borgeson, Jr. “Lo andino y lo universal en la obra de Ramón Palomares”, *Romance Languages Annual* (Illinois), v. II, 1991, p. 349).

“En mis clases del Instituto Pedagógico encontraba extraordinarios profesores e inmejorables compañeros de curso. Corrían tiempos en que la ciudad de Caracas se revestía de una arquitectura airosa y estimulante y las calles todavía estrechas iban abriéndose a una perspectiva más luminosa. Las numerosas construcciones se veían bullentes y activas y aunque tras esta po-

derosa dinámica de trabajo y vitalidad se ocultaba una fuerza oscura y criminal (la Seguridad Nacional, policía política del régimen y las cárceles repletas de jóvenes activistas); nos desenvolvíamos en un espacio grato y hermoso. Existía un excelente clima de creatividad en lo que se refiere a la arquitectura, la música y las artes plásticas, y a pesar de esa helada corriente del miedo la gente de las clases altas que sustentaban ideas democráticas se abrían a la conversación con los jóvenes auspiciando un clima auspicioso de mejores tiempos. Y así era posible presentir el desarrollo y fortalecimiento de tanta gente en el camino que transitábamos hacia un destino. Vivíamos la época de los años cincuenta (1950-1960) y en nuestra oposición a la dictadura nos encontrábamos en situación de valorar con un sentido pleno y vital la experiencia y la concepción de cuanto significan la libertad y la dignidad y nobleza que confiere a quienes la consideran su guía y su verdad y son capaces de luchar y aun sacrificarse por sus principios. En aquellos mis veinte años la pasión por la poesía alcanzó en mí la fuerza necesaria como para ser asumida como el más deseado y auténtico de mis ideales. Encontré en algunas secciones literarias especialmente en el diario *El Nacional*, espacio generoso donde publicar algunos de mis poemas, y encontré sobre todo la amistad y el apoyo de mis compañeros de generación como Adriano González León y maestros de nobleza y generosidad imponderables como Vicente Gerbasi y Juan Sánchez Peláez, que desde muy temprano me asistieron con su afecto y conocimientos, de manera que en aquel tiempo de culminación juvenil, y a pesar de los avatares de una extrema pobreza, tuve mi lugar en aquel mundo encantado que celebrábamos entre canciones, persecuciones políticas, certeza celestial y por supuesto jamás ausente, tormentosa y por siempre bienvenida pasión del amor” (*Conversación*).

1958 Se publica su primer libro *El reino* bajo el sello del grupo Sardo.

“Después, entre lo más emocionante, la publicación del primer libro que nos conmueve tan profundamente por más que ya parecíamos reconocer que su más profundo regalo, su más exquisita generosidad había sido entregada en el momento del esfuerzo creativo y que las complicadas diligencias de la publicación, lejos de ser la fastidiosa instancia que pensábamos, no eran más que ligeros escauceos del gusto y el inmenso cariño por esas páginas cargadas de tan preciosas ilusiones. Su celebración ha permanecido en gracia y alegría dentro de mí por muchos años” (*Conversación*).

“De los últimos libros de poesía escritos en Venezuela por estos tiempos, acaso sea *El reino* el más definido, el más sugerente y relevante (...) Ramón Palomares se ofrece a través de estos quince poemas que constituyen *El rei-*

no como un poeta auténtico. Con un dominante decir personalísimo, ‘afán de domesticar la palabra’, como anotara Plá y Beltrán, no obstante la manse dumbre del tono a lo Fray Luis de León, pero situándose resueltamente en nuestro tiempo. Poesía contemporánea es ésta, inmersa en las razones del instante decisivo en que le ha tocado nacer, y por eso trabaja con los elementos propios a su desenvolvimiento natural, legítimo” (Eugenio Montejo. “Notas sobre *El reino* de Ramón Palomares”, *Separata* N^o 2, Valencia-Venezuela, marzo 1960).

“Libro fundamental, nos ubica ante ‘las furiosas bestias habitantes del corazón’. Más allá de su estética impecable y su fuerza discursiva, nos hace más humanos, más vitales y capaces ante la vida. La fuerza que rezuman sus versos comunica esa energía erótica que conecta con lo más profundo de la vida, aunque ella nos olvide: ‘Por más que no me llamen los aires/estará el aroma vivo/y la alegría bordará la tierra’. Después de leer *El reino* queda no sólo el placer ante lo bello y la languidez residual después de una experiencia intensa, sino el agradecimiento” (María Antonieta Flores. “Los manjares del reino”, *Papel Literario de El Nacional*, Caracas, 6 de agosto de 2002, p. 2).

1962 Lo que el poeta identificara como “los avatares de una extrema pobreza” re-crudecen durante su estadía en Caracas y debe emplearse como profesor en institutos educativos privados, sin cesar de escribir y publicar sus poemas en el *Papel Literario de El Nacional*, la *Revista Nacional de Cultura* y, entre otras, *Crítica Contemporánea*.

1963 Se incorpora al movimiento estético El Techo de la Ballena, y a la revista *Rayado sobre el techo* en calidad de editor.

1964 Palomares ve publicado su segundo libro, *Paisano*, saludado por Oscar Sambrano Urdaneta, en el prólogo de la edición del Ateneo de Boconó, como una obra “cargada de elementos telúricos, poblada de seres mágicos e ingenuos, dotados de una sorprendente gracia y pureza poéticas” (Oscar Sambrano Urdaneta. “Ramón Palomares”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N^o 166, 1964, pp. 144-146).

“*Paisano* es, sencillamente, el libro de un poeta. De un poeta joven que, en poco tiempo, ha conquistado merecida fama (...) Ahora confirman aquella augural emoción, los poemas de *Paisano*. Pequeño, hermoso libro escrito en Boconó. Donde vivió el poeta, rodeado de sus montes, de su río y de sus animales, familiares o salvajes, y de sus cantos. Porque en este libro de Palomares lo esencial es el canto. No el canto que va de los labios hacia afuera para

exaltar con su nobleza virtudes extrañas. Sino el que brota de la esencia misma de las cosas creadas, como para explicar la razón de la existencia, en una armonía infinita, a pesar de la pugna constante –que por otra parte es ingénita manifestación de vida– entre todos los seres, grandes o pequeños, que alientan bajo el sol (...) No creo aventurado, por lo tanto, decir que en el lenguaje poético de Ramón Palomares, hay un lejano pero persuasivo influjo bíblico” (Fernando Paz Castillo. “*Paisano*. Nuevo libro de Ramón Palomares”, *El Nacional*, 4 de junio de 1964, p. A-4).

También publica “El Ahogado”, un poema con sobremontaje del artista plástico Mateo Manaure (Caracas, Editorial Arte).

1965 Se le concede el Premio Municipal de Poesía del Concejo Municipal de Caracas, por *Paisano*, según veredicto firmado por José Sánchez Negrón, Juan Beroes y Juan Manuel González.

“En Ramón Palomares, de las más nuevas promociones poéticas del país, existe un trabajo creador que aun para el lector no solidario, implica el estar frente a un caso singular de los medios expresivos: se trata de haber logrado en *Paisano* de usos y alientos del lenguaje de su región nativa sin que ello sea, quizás por primera vez en este tipo de búsquedas, una pesada aglomeración de modismos ni una demagógica explotación del sentido popular (...) Se coloca a leguas de la facilidad epidérmica y como él no es sólo explorador sino actor del mismo drama, su poesía adquiere los trazos de una profunda autenticidad” (José Olmos. “*Paisano*. Ramón Palomares”, *Cal* (Caracas), N° 30, 15 de mayo de 1964).

Palomares asume el reto de escribir un poema a propósito de la conmemoración de la celebración en Caracas de las exequias del Libertador Simón Bolívar, a partir de la indagación en nuevos recursos expresivos y en particular de la prosa poética. Publica entonces *Honras fúnebres*, en la Colección Poesía de Venezuela que dirigiera Pascual Venegas Filardo. “El poema logra una excelencia formal, a manera de silogismos; cada una de las partes implica confrontación y desarrollo de las otras, hasta llegar a un estado de síntesis, que no siempre es consecuencia directa de las premisas. Por virtud de esta libertad en *modus operandi*, podría hablarse, con propiedad, de independencia de situaciones, y en lugar de un poema orgánicamente unido, el poeta Palomares comunica el movimiento de grandes cuadros que convergen hacia un vértice histórico, capaz de motivar la sensibilidad colectiva” (Argenis Daza Rodríguez. “Palomares”, *Cultura Universitaria* (Caracas), N° 88, julio-septiembre 1965).

Sus poemas “Saludos” y “Elegía a la muerte de mi padre” (de *El reino*) son

traducidos al italiano por Ambretta Marrosu como parte de la antología *Venezuela Chiama* (Salvatore Sciascia Editore, Roma). Este año contrae matrimonio con Carmen Beatriz Berti, quien será su esposa hasta 1974 y madre de sus dos primeros hijos.

1966 Nace en Boconó su hija María Polimnia Sánchez Berti.

El reconocido poeta, crítico y ensayista argentino Aldo Pellegrini incluye sus poemas “Patas arriba en el techo”, “El Noche” y “Baile” (del libro *Paisano*), y subraya su nombre así como los de Juan Sánchez Peláez, Rafael Cadenas, Juan Calzadilla y Francisco Pérez Perdomo en la *Antología de la poesía viva latinoamericana*, editada por Seix Barral.

“...En Venezuela, país donde la actividad poética es particularmente intensa, existen tres grupos: ‘Tabla Redonda’, ‘Sol cuello cortado’ y ‘El Techo de la Ballena’. Este último es el más importante, no sólo por la calidad y el número de sus componentes, sino por la violenta actividad que desarrolla mediante publicaciones, muestras, actos, y la crítica despiadada a la acción gubernamental, a los esquemas morales y a la cultura fosilizada... los poetas unen a una poesía de forma y contenido revolucionario una posición combativa directa, que va desde el orden de lo político hasta la crítica de las costumbres y de la cultura oficializada. La mayoría son muy jóvenes, pero es muy probable que esté entre ellos el porvenir de la poesía de América” (Aldo Pellegrini. Prólogo a *Antología de la poesía viva latinoamericana*, Seix Barral, Barcelona, España, 1966).

1967 Con motivo del Cuatricentenario de la fundación de la ciudad de Caracas Palomares publica su libro-*plaque*, *Santiago de León de Caracas*, que marca un giro y un nuevo logro en su devenir como poeta en tanto que alcanza a otorgar a los episodios nacionales de orden histórico que retoma, un tono y un ángulo original, distante de lo laudatorio y de todo exceso metafórico.

“*Santiago de León de Caracas* es un libro que consagra a Palomares en las letras castellanas, por lo que implican sus páginas de sometimiento a una disciplina y método que no resisten los falsos poetas librados al mero impulso creador. En arte como en todo, la verdadera libertad, la del genio, comienza cuando no se necesita hacer uso de ella. El condicionamiento histórico no amputó las alas al poeta Ramón Palomares y *Santiago de León de Caracas* nació de nuevo” (Helena Sassone. “Ramón Palomares”, *Cultura Universitaria* (Caracas), N^o 93, (1966), pp. 213-214).

Pierde a su tía Polimnia Sánchez Vivas, a quien consideró su “madre adoptiva”.

1968 Nace en Caracas su hijo Lauencio José Sánchez Berti.

Al agobio de no tener trabajo, se suma la inconsolable pérdida de su hermano Laurencio –poeta y fundador del grupo literario Apocalipsis de Maracaibo. “Despedida de Laurencio”, poema escrito en su memoria, se erige, estima Luis Alberto Crespo, “en la ‘nueva versión’ de la elegía que guarda ahora el tono conversacional con el que Palomares se propone dar testimonio de un hecho real y desgarrante” (Luis Alberto Crespo. “De *El reino* a *Adiós Escuque*”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N° 221, (1975), pp. 67-72). Es igualmente otro de los momentos altos del decir de Palomares, de su particular fuerza para entramar voces, situaciones, planos temporales.

“Despedida de Laurencio” (fragmento inicial):

—Apúrate
—Vamos
Y vos lejos, más lejos
—Vamos
Y mucha gente, mucha gente
Ay aparto la gente, me abrazan, lloran
¡Párate Laurel, Laurelito, Zorro, párate!
Pasé la mano por el vidrio
Vi tu nuca
—donde te mataron—

Ay que tengo miedo Siete
Rucha, Mi Poe tengo miedo
—No tengás miedo Zorro No tengás Miedo
Mirá que hay flores Ves? Flores
(Y el olor de la muerte sos Vos, Laurel)
Y ahora todos llorando Todos
y tranco las mandíbulas y aprieto la boca
Todos llorando Todos
Aquí comenzás cantar
“...las aves cruzan los campos”
Ay que tengo miedo Rucha, Mi Poe
—Estoy aquí, muy cerca Zorro
Bajamos los escalones

“...Todo es silencio y calma”
Te asechan Te asechan ¡Te asesinan!”

- 1969** Publica *El vientecito suave del amanecer con sus primeros aromas*, en las Ediciones del Ateneo de Boconó.
 “*El vientecito suave del amanecer con sus primeros aromas*, que así es el título de estos poemas, son pequeñas estampas, en las que uno parece adivinar de pronto, lentos rezagos del *Cantar de los cantares*, y noches alucinantes de los *Poemas de los oasis del hogar* (...) Con ‘embriagada y saludable energía en el lenguaje’, ‘con giros desacostumbrados y como deliberadamente anti-poéticos’, como se presentara al mundo de la poesía, hace unos once años, Ramón Palomares sujeta el tema del amor” (Ermilo Vila. “El amor en Palomares”, *Imagen*, (Caracas), N^o 58, (1969), pp. 6-7).
 Con carácter de profesor invitado asume la Cátedra de Literatura Española en la Universidad Central de Venezuela. Y junto con el poeta David Alizo re-crea un cuento maquiritare: “La rana, el tigre, los muchachos y el fuego”, dirigido a los niños.
- 1970** El poeta se residencia en Mérida y el 1^o de agosto de este año se incorpora al personal docente y de investigación de la Universidad de Los Andes y funda la Cátedra de Literatura Venezolana Contemporánea de la Escuela de Letras de ésta.
- 1972** En traducción de W.S. Merwin para el libro *Doors and Mirrors. Fiction and Poetry from Spanish America* (1920-1970) aparece su poema “El Noche” (Selected and edited by Hortense Carpentier and Yanet Broft, Grossman Publishers, New York). Decide estudiar por equivalencia la carrera de Letras en la ULA y obtiene el título de Licenciado en Letras el 29 de enero de 1975.
- 1973** El Departamento de Cultura y Publicaciones del Instituto Pedagógico de Caracas reúne con el título *Poesía 1958-1965* sus libros *El reino, Paisano* y *Honras fúnebres*, con prólogo de Iraset Páez Urdaneta.
 En traducción al inglés de Meredyth Savage se publican “Elegía a la muerte de mi padre” y textos de *El vientecito suave del amanecer con sus primeros aromas* en “Mundus Artium” (*Journal of International Literature and the Arts*, Ohio, 1973).
- 1974** Aparece *Adiós Escuque* (1968-1974), editado por la Universidad de Los Andes (Dirección de Cultura, Col. Actual, Mérida) y se le confiere el Premio Nacional de Literatura mención Poesía.

“No está demás decir que con esta obra –y desde luego con su trayectoria como poeta– obtuvo el Premio Nacional de Poesía. Me tocó ser uno de los jurados, y unánimemente acordamos la distinción para este grande y aún joven poeta nuestro” (Ludovico Silva, *op. cit.*, p. 153).

Este premio desencadenará distintos tipos de homenajes y actos de reconocimiento como el acuerdo de felicitación pública que acordara por unanimidad el Consejo Universitario de la Universidad de Los Andes, de fecha 6-3-1975, y la declaración de Hijo Ilustre de Escuque que decidiesen otorgarle las autoridades gubernamentales del estado Trujillo. En el marco de estos reconocimientos, se produce el conferimiento del título de Licenciado en Letras (ULA), antes mencionado.

“*Adiós Escuque* (...) es la culminación y el reinicio, pues una ojeada a la obra de Palomares nos permite constatar la ajustada coherencia de una voz que sólo ha cambiado de acento para fundar una y otra vez la poética del encantamiento” (Luis Alberto Crespo, *op. cit.*, pp. 62-77).

“*Adiós Escuque* (...) constituye la culminación de un intenso creador de dieciséis años de infatigable búsqueda en permanente tensión expresiva que, además de revelar un dominio absoluto del instrumental poético, conserva la frescura y la lozanía de sus primeros poemas y mantiene la decantación del universo dramático de su lugar de origen, emparentado con la atmósfera desolada y fantasmal rulfiana de Comala” (Carlos Contramaestre. “Ramón Palomares Voces y Fábulas”, *Papel Literario de El Nacional*, Caracas, 24 de marzo de 1991, p. 1).

1976 Palomares se entrega a una intensa actividad docente, especialmente en las cátedras de Literatura Venezolana, Hispanoamericana y Española, y editorial: promovió la creación de las revistas *Raíces* y *Albarregas*, y se integró al comité de redacción de la revista *Actual*.

1977 Monte Ávila edita, en la colección Altazor, *Poesía*, una antología de la obra publicada hasta esa fecha por Ramón Palomares: *El reino*, *Honras fúnebres*, *Paisano*, *Santiago de León de Caracas*, *Adiós Escuque* y cuatro poemas, hasta entonces inéditos, presentados como Otros poemas: “Pequeña Colina” (1955), “Presente” (1955), “El reino combatiente” (1975) y “Voces en el Jardín Botánico” (1969). *Poesía* será editada por segunda vez en 1985. Entre 1978 y 1979, Palomares prosigue con su actividad académica en la ULA, publicando sus poemas en revistas y periódicos, y cumpliendo con visitas a otros países como Colombia –para compartir su poesía– y Nicaragua –por razones de solidaridad con el pueblo nicaragüense. Antes había estado

en Cuba invitado como jurado del Premio Casa de las Américas. Ilustrada por Mateo Manaure aparecerá una segunda edición de *Paisano*, editado por el Instituto de Cooperación Educativa (INCE) en Caracas.

1980 El trágico año de 1830 para Bolívar y para Colombia es el tema que reconstituye Palomares en *Elegía 1830*, libro-*plaque*, editado por el Concejo Municipal del Distrito Libertador de Mérida y la Universidad de Los Andes como homenaje al Libertador Simón Bolívar en el Sesquicentenario de su muerte.

El Ateneo de Escuque abre al público una biblioteca en su honor: Biblioteca Ramón Palomares.

Decide aprovechar su año sabático en Inglaterra. Cursa estudios generales de inglés en Bournemouth y en Londres prosigue con el estudio del idioma y de la cultura inglesa, motivado por leer en su idioma original a poetas que mucho le interesaban, además de Shakespeare.

1984 Publica *El viento y la piedra*, *plaque* con grabados de Omar Granados, edición de 100 ejemplares patrocinada por el Grupo de Empresas Grespán. “Allí en su sol caído [en Mérida] alumbra un libro muy solitario. Su suntuosidad y su embrujo contradicen el inexplicable silencio que lo rodea. Yo sé que fue publicado por el Grupo de Empresas Grespán en 1984 para exaltar la poesía de Palomares y sé también que fue para obsequiar a unos cuantos. Hablo de *El viento y la piedra*, hablo de su fulgurante brevedad, cuya belleza realizan los grabados de Omar Granados y disfrutan su decir” (Luis Alberto Crespo. “Mirar y escucharse en Ramón Palomares”, prólogo de la antología *Lobos y Halcones*. Caracas: Tierra de Gracia, 1984, pp. 10-11).

1985 Palomares, conocedor de la geografía y de la historia de su entorno natural, celebra el CDXXV aniversario de la fundación de Mérida con la publicación de *Mérida, elogio de sus ríos*, *plaque* con diseño y montaje de Omar Granados (Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Libertador y la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes).

“En su último libro, *Mérida, elogio de sus ríos* (1985) Palomares lleva a posibilidades poéticas extraordinarias esa producción de un ámbito poético a través de la acumulación metafórica (y la combinatoria metonímica sostenida y ‘empujada’ por esa acumulación). El libro *plaque* está formado por seis poemas: uno sobre la ciudad y cinco sobre sus ríos. En el primer poema (‘Ciudad’), suerte de ‘pórtico’, acumula metáforas para describir la ciudad concebida (metaforizada) como un río: ‘Arte fluido que corres en el asfalto/

de trébol áspero y sangre metálica'. Los siguientes poemas, canto a los ríos por acumulación metafórica crean una mitología de los ríos merideños donde parecen fluir las 'orquídeas, lirios y raíces' de una nueva poética del escritor". (Víctor Bravo. "Ramón Palomares, elogio de su poesía", Memorias del Primer Simposio de Literatura Trujillana "Mario Briceño Iragorry", Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario "Rafael Rangel", Barquisimeto, 1988, p. 161).

1988 De las aguas de los ríos que definieron el destino de Mérida emerge Palomares para anotar, advertir, comentar, dialogar, poetizar los márgenes de la bitácora de viaje del expedicionario alemán Alejandro de Humboldt por las regiones equinocciales, las *Alegres provincias*, como decide titular esa nueva obra Palomares. Así, el poder encantatorio del lenguaje de Palomares se torna "viaje del idioma a lo salvaje y al paraíso, confundidas en la estupenda intimidad la voz del sabio y la voz del poeta, porque su hechizo nos hace olvidar su verdadera autoría" (Luis Alberto Crespo. *Lobos y Halcones*, op. cit., p. 10).

1989 La revista *Poesía* (N^{os} 75-76) de la Universidad de Carabobo rinde homenaje a Palomares convocando a un amplio grupo de críticos, académicos, poetas, venezolanos y extranjeros para compilar las diferentes lecturas y aproximaciones a su poética. En dicho número destaca "El arquetipo", ensayo poético de Palomares, varios fragmentos de prosa poética en las que vertiese recuerdos de infancia y dejase sentada su concepción de la palabra, del acto de poetizar, así como una antología mínima y las respuestas que diese al cuestionario de Reynaldo Pérez-Só y Pedro Velásquez.

1990 Palomares asciende a la categoría de Profesor Titular de la ULA, con lo que completa su trayectoria docente.

La Bienal de Escritura del Ateneo de Escuque abre un concurso de poesía que lleva su nombre y al que en cada edición intenta siempre respaldar la iniciativa con su presencia.

Al mencionar Escuque conviene abrir un paréntesis en esta cronología y comentar la necesidad que tiene Palomares de recorrer las vías que llevan desde la ciudad de Mérida, donde reside, hasta Trujillo o Táchira. Conducir su automóvil, solo o en compañía de su familia o de amigos sensibles a esos parajes, es motivo de profunda alegría para el poeta. Trata de ir con frecuencia a su casa de Escuque que ha ido restaurando en su bella austeridad original, para contento, especialmente, de Gonzalo Ramón y Leticia Eugenia, sus hi-

jos menores, a quienes les llena de ilusión compartir ese espacio con su padre y con primos y niños vecinos. Como contraparte, mientras está en Mérida, pájaros y cascadas, la montaña misma, se meten en sus horas a través de un gran ventanal. Y son muchas las mañanas que se regala Palomares visitando el Jardín Botánico, para contemplar el arte –diríase– cinético con el que se colorean y crecen abrazándose los bambúes, y para escuchar el rojo de la Rosa de Montaña. Igualmente, mucho le agrada viajar hasta Nueva York y visitar a su hija Poli e ir de librerías, comprar discos, redescubrir museos, parques.

(Estas facetas de la vida de Ramón Palomares aquí descritas las hemos conocido de cerca, gracias a la proximidad que originalmente nos prodigara la poesía).

- 1991** Viaja a España por invitación de la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) para recibir la edición de *Trilogía* (1990), antología que reúne una selección de *El reino*, *Adiós Escuque* y *Paisano*, prologada por el poeta Carlos Contramaestre y presentada en acto oficial preparado por la AECI con palabras de José Ramón Medina.

“En síntesis: Palomares trasmutó lo particular en universal, desentrañando la inocencia, la nostalgia del origen hecho carne de revelaciones en su escritura de novedosos giros lingüísticos. Su obra singular, condensada en esta antología, es uno de los aportes más trascendentes y más sólidos de la poesía latinoamericana actual” (Carlos Contramaestre, *op. cit.*, pp. 14-15).

En esos días de abril, el público español tuvo la oportunidad de escuchar a Palomares en un recital celebrado en el Instituto de Cultura Iberoamericana. Luego partiría hacia Salamanca para participar en el V Foro Cultural Iberoamericano organizado por dicha universidad.

La I Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas” le rinde homenaje en virtud de la originalidad que distingue su voz en el horizonte de la poesía venezolana e hispanoamericana, voz que aquilata la riqueza del habla de la gente del paisaje andino, impregnada de mitos y con marcado acento de lo telúrico. Voz que por virtud de su inimitable fuerza y perfección expresiva se inscribe en lo universal.

Palomares inicia un nuevo capítulo en su vida. Contrae un segundo matrimonio y forma una nueva familia junto a María Eugenia Chávez, con quien tendrá dos hijos.

- 1992** Nace en Mérida su hijo Gonzalo Ramón Sánchez Chávez. Se jubila como Profesor Titular de la Universidad de Los Andes.

- 1993** Nace en Mérida su hija Leticia Eugenia Sánchez Chávez.
Año de contrastes: en lo íntimo el poeta vive el duelo de la muerte de su madre Agripina Palomares. Y en lo público es nombrado Individuo de Número de la Academia de Mérida y condecorado con la Orden Francisco de Miranda en su Primera Clase.
- 1994** Publica *Mérida, fábula de cuatro ríos*, en una edición de Fundacite como homenaje a la Academia de Mérida (Fundacite, Mérida, 354 p.).
Con este título Palomares evidencia sus dotes de cronista y una vez más su decir reanima y reinicia mundos, ahora con el ánimo de que el lector pueda darse cuenta de “algunos azares y circunstancias de la tranquila villa [Mérida] no propiamente como una relación histórica sino asumiendo el sabor nostálgico y ensoñador que refiere su ilación poética”, y que el poeta enriquece incorporando al libro “las hermosas narraciones” de valor histórico, desde las suscritas por Fray Pedro de Aguado hasta las de don Tulio Febres-Cordero.
El poeta sufre una lesión cardíaca de la que se recuperara progresiva y satisfactoriamente.
- 1997** Los poetas Luis Alberto Crespo y Enrique Hernández-D’Jesús seleccionan un grupo de poemas de los poemarios de Palomares, excepto *Mérida, elogio de sus ríos* y *Mérida, fábula de cuatro ríos*, y dan cuerpo a una nueva antología de su obra con el nombre *Lobos y Halcones*, título del poema de cierre del conjunto Poemas inéditos (1997). (*Lobos y Halcones*. Antología. Caracas: Tierra de Gracia Editores, 1997, 148 p.).
La VI Semana Internacional de la Poesía, organizada por la Fundación Casa de la Poesía Pérez Bonalde, se celebra en su homenaje.
- 2001** El 14 de junio de este año la Universidad de Los Andes le confiere el doctorado *honoris causa*, junto con Juan Sánchez Peláez y Rafael Cadenas, en un acto considerado sin precedentes.
- 2003** La Bienal Literaria promovida por la Gobernación del Estado Trujillo lleva su nombre, y el Fondo Editorial Arturo Cardozo de la Coordinación Trujillana de Cultura, publica *Antología mínima. Cuadernos de memoria*.
- 2004** La Biblioteca Básica de Autores Venezolanos de Monte Ávila Editores publica *Ramón Palomares. Antología poética*, con prólogo de Luis Alberto Crespo y cronología de Enrique Hernández D’Jesús (Caracas, 2004, 263 p.).

En Salamanca, el 26 y 27 de noviembre, se celebra el 7º Encuentro de Poetas Hispanoamericanos, donde se le rinde homenaje a los poetas Francisco Brines y Ramón Palomares, auspiciado por la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura, Fundación Camino de la Lengua Castellana y el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. En esta ocasión fue editado el libro *El canto del pájaro en la piedra*, con una selección del poeta Alfredo Pérez Alencart, dibujos de Carlos Contramaestre y Elías Sánchez.

2006 Se hace merecedor del Premio Internacional de Poesía Víctor Valera Mora, convocado por vez primera por el Ministerio de la Cultura y celebrado en Valera. El jurado, integrado por creadores de España, Colombia, Cuba y Venezuela, destacó entre los atributos de la obra de Palomares “la innovación formal, la originalidad, la tensión telúrica y el fresco manejo del lenguaje y de la herencia cultural del campesino de esa región de los Andes venezolanos” (“Ramón Palomares, Premio Víctor Valera Mora 2006”, Agencia Bolivariana de Noticias, Valera, 30 de abril de 2006).

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

I

BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

- Adiós Escuque*. Mérida: Universidad de Los Andes, Dirección de Cultura (Colección Actual), 1974, 93 p.
- Alegres provincias*. Caracas: Fundarte (Colección Delta, N° 25), 1988, 57 p.
- El canto del pájaro en la piedra* (Antología). Salamanca: Fundación Camino de la Lengua Castellana y Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2004, 126 p.
- Elegía 1830*. Mérida: Universidad de Los Andes / Concejo Municipal del Distrito Libertador, 1980, 6 p.
- El abogado*. Caracas: Editorial Arte, 1964 (*Plaquette* / pintura sobre montaje de Mateo Manaure).
- El reino de Escuque* (Antología). La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2005, 200 p.
- El reino*. Caracas: Grupo Sardió, 1958, 111 p. Caracas: Monte Ávila Editores, 2001, 114 p.
- El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas*. Boconó: Ateneo de Boconó, 1969, 28 p.
- El viento y la piedra*. Mérida: Empresas Grespan, 1984 (*Plaquette* con grabados de Omar Granados).
- Honras fúnebres*. Caracas: Poesía de Venezuela, 1965, 35 p.
- Lobos y Halcones* (Antología). Caracas: Tierra de Gracia Editores, 1997, 148 p.
- Mérida, fábula de cuatro ríos*. Mérida: Academia de Mérida, 1994, 354 p.
- Mérida, elogio de sus ríos*. Mérida: Ediciones del Concejo Municipal de Mérida / Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, 1985 (*Plaquette* diseñada por Omar Granados).
- Paisano*. Boconó: Ateneo de Boconó, 1964, 70 p.
- Poesía (1958-1965)*. Caracas: Instituto Pedagógico, 1973, 198 p.
- Poesía* (Antología). Caracas: Monte Ávila Editores (Colección Altazor), 1977, 269 p.
- Santiago de León de Caracas*. Caracas: Ediciones de la Comisión del Cuatricentenario de Caracas, 1967, 89 p.

- Trilogía (El reino, Paisano, Adiós Escuque)*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1990, 168 p.
- Ramón Palomares. Antología poética*. Caracas: Monte Ávila Editores (Colección Biblioteca de Autores Venezolanos), 2004, 263 p.
- Vuelta a casa* (Poesía inédita). Mérida: Universidad de Los Andes, Dirección de Cultura, Ediciones Actual, 2004, 33 p.

II BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

1. LIBROS Y ENSAYOS

- BARROETA, José. “La significación de la poesía de Ramón Palomares”, *El padre, imagen y retorno*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992, pp. 109-129.
- CODINA, Norberto. “Ramón Palomares. El viejo lobo mismo pasando por esta vida”, *El reino de Escuque* (Antología). La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2005, pp. 7-21.
- GUERRERO, Gustavo. “La flor y el abismo: tradición de la poesía venezolana”, *La religión del vacío y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 112-113.
- LISCANO, Juan. *Panorama de la literatura venezolana actual*. Caracas: Alfadil, 1984, 414 p.
- MAGGI, María Elena. “La poesía de Ramón Palomares y la imaginación americana”, *Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos*. Caracas, 1982, p. 132.
- MEDINA, José Ramón. *Noventa años de literatura venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1993, 634 p.
- _____. “Contribución a una historia de la poesía venezolana”, *Revista Iberoamericana* (Pittsburg), N° 40 (1994), pp. 125-140.
- PÁEZ URDANETA, Iraset. “Prólogo”, *Poesía* (1958-1965). Caracas: Instituto Pedagógico, 1973, pp. 7-77.
- SAMBRANO URDANETA, Oscar. “Prólogo, *Paisano* (1961-1962)”, *Ateneo de Boconó* (Boconó), 1964, p. 70.
- SILVA, Ludovico. “El reino de Ramón Palomares”, *La torre de los ángeles*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, pp. 153-162.
- _____. “*Paisano* o el imperio de la luz”, *La torre de los ángeles*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991, pp. 163-169.

2. HEMEROGRAFÍA

- ALFONSO, Rafael José. “El paisaje: metáforas del extravío en tres poetas venezolanos”, *El Diario de Los Andes* (Valera), N^o 5-2 (1989), pp. 16-17.
- ALVARADO TENORIO, Harold. “Conversación con Ramón Palomares”, *Vanguardia Dominical del Suplemento Literario del diario Vanguardia Liberal* (Bucaramanga-Colombia) (29 de noviembre de 1974), s/p.
- ARANGUIBEL, Rómulo. “Ramón Palomares. El Reino”, *Cultura Universitaria* (Caracas), N^o 65 (1958), pp. 120-121.
- BARRETO, Juancho. “Cosmogonía y mito en Ramón Palomares (I)”, *El Diario de Los Andes* (Valera), 1989, p. 18.
- _____. “Cosmogonía y mito en Ramón Palomares (II)”, *El Diario de Los Andes* (Valera), 1989, pp. 16-17.
- BARROETA, José. “La imagen del padre en *El reino* de Ramón Palomares”, *Solar* (Mérida), N^o 8 (1991), pp. 31-35.
- BORGESON, Jr., Paul W. “Lo andino y lo universal en la poesía de Ramón Palomares (I)”, *El Vigilante* (Mérida) (s.d., 1987), p. 12.
- _____. “Lo andino y lo universal en la poesía de Ramón Palomares (II)”, *El Vigilante* (Mérida), 1987, p. 12.
- _____. “Lo andino y lo universal en la obra de Ramón Palomares”, *La Tuna de Oro* (Universidad de Carabobo-Valencia), N^{os} 13-14 (1992), pp. 10-11.
- BRAVO, Víctor. “Ramón Palomares. Elogio de su poesía”, *Memorias del Primer Simposio de Literatura Trujillana “Mario Briceño Iragorry”*, Universidad de Los Andes, Núcleo Universitario “Rafael Rangel” (Barquisimeto) (1988), pp. 158-161.
- _____. “Ramón Palomares. El raro don de hacer sonar lo innombrable”, Verbi-gracia de *El Universal* (Caracas) (9 de junio de 2001), p. 2.
- CRESPO, Luis Alberto. “De *El reino* a *Adiós Escuque*: Ramón Palomares y la poesía del realismo mágico”, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N^o 221 (1975), pp. 67-72.
- _____. “La reedición de *Paisano* viendo y hablando como las montañas”, *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (25 de febrero de 1979), p. 2.
- _____. “Nativo de Ramón Palomares, preámbulo de la creación y apocalipsis de un país”, *Nativo* (La Victoria-Aragua), N^o 1, 1979.
- CONTRAMAESTRE, Carlos. “Voces y fábulas en la poesía fulgurante de Ramón Palomares”, *Presencia Literaria* (La Paz-Bolivia), 1989.
- _____. “Ramón Palomares: voces y fábulas”, *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (24 de marzo de 1991), p. 1.

- DAZA GUEVARA, Argenis. "Ramón Palomares. *Honras fúnebres*", *Cultura Universitaria* (Caracas), N° 88 (1965), pp. 125-126.
- ESPAR, Teresa. "Ramón Palomares: poesía y lenguaje", *El Nacional* (Caracas) (s.d., 1987), cuerpo C.
- FLORES, María Antonieta. "Los manjares del reino", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (6 de agosto de 2002), p. 3.
- FUENTES, Ricardo. "Santiago de León de Caracas de Ramón Palomares", *Imagen* (Caracas) N° 2 (1967), p. 23.
- GONCALVES, Blanca. "Poesía por Ramón Palomares", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (22 de mayo de 1977), p. 2.
- GONZÁLEZ, Marcos. "Alegres provincias o Humboldt revisitado", *La Tuna de Oro* (Universidad de Carabobo-Valencia), N° 9 (1990), pp. 2-3.
- GONZÁLEZ QUITRAL, Igson. "Ramón Palomares: el creador de una gran metáfora", *Poesía* (Valencia), N° 75-76 (1989), pp. 78-85.
- GUZMÁN, Patricia. "Algún pájaro avisa", *Poesía* (Valencia), N° 75-76 (1989), pp. 75-77.
- _____. "El lugar como absoluto. Vicente Gerbasi, Ramón Palomares, Luis Alberto Crespo", *Venezuela: Fin de Siglo* (Actas del simposio Venezuela: cultura y sociedad al fin de siglo) (Brown University, 1991), Julio Ortega; comp. y prol. Caracas: Ediciones La Casa de Bello (Colección Zona Tórrida, 46), 1993, pp. 197-200.
- _____. "Salvación, Entrega y Perdición. Gerbasi, Palomares, Crespo", *Literatura y Cultura Venezolanas* (Ponencias del coloquio Literatura y Cultura Venezolanas, Centre d'Études de Littérature Vénézuélienne, Paris 11, 12 y 13 de mayo de 1995). François Delprat; prest. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, Colección Zona Tórrida, 1996 (458 p.), pp. 233-251.
- _____. "Ramón Palomares, el sagrado padre que emigró de la muerte hacia Escuque", *Verbigracia de El Universal* (Caracas) (24 de agosto de 1997), p. 2.
- _____. "Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Rafael Cadenas. Tres hombres a prueba de poesía", *Actual* (Mérida, Venezuela), N° 47-48 (2001), pp. 47-53.
- _____. "Ramón Palomares. El raro don de hacer sonar lo innombrable", *Verbigracia de El Universal* (Caracas), 9 de junio de 2001, p. 1.
- JIMÉNEZ EMÁN, Ennio. "La simbología nahualt y la aprehensión de la naturaleza en la primera parte de *Paisano* de Ramón Palomares", *La Oruga Lumínosa* (San Felipe), N° 12 (1982), pp. 34-36.
- LEÓN, Eleazar. "Poesía de Palomares", *El Nacional* (Caracas) (2 de diciembre de 1977), p. A-5.

- LOVERA DE SOLA, Roberto. "Alegres provincias", *El Nacional* (Caracas) (29 de mayo de 1989), cuerpo C.
- MAGARIÑOS, Santiago. "Ramón Palomares", Papel Literario de *El Nacional* (Caracas) (7 de marzo de 1974), p. 3.
- _____. "Ramón Palomares: de los poetas jóvenes el más poeta", *El Nacional* (Caracas) (5 de marzo de 1975), p. C-14.
- _____. "Cuatro poetas hablan del poeta laureado", *El Nacional* (Caracas) (5 de marzo de 1975), C-14.
- _____. "Ramón Palomares. Premio Nacional de Literatura", *El Nacional* (Caracas) (5 de marzo de 1975), p. 11.
- _____. "Ramón Palomares representa una expresión trujillana en una dimensión universal", *El Nacional* (Caracas) (17 de junio de 1975), p. C-10.
- MAGGI, María Elena. "La poesía de Palomares: viva expresión de una cultura", *Poesía* (Valencia), N° 75-76 (1989), pp. 56-73.
- MANNARINO, Carmen. "Las *Alegres provincias* de Palomares", *Imagen* (Caracas), N° 100, 59-60 (1989), pp. 12-13.
- MARTINO, Florentino. "La originalidad poética de Ramón Palomares", Papel Literario de *El Nacional* (Caracas) (5 de noviembre de 1967), p. 3.
- MEDINA, José Ramón. "Presencia y poesía de Ramón Palomares", Papel Literario de *El Nacional* (Caracas) (26 de marzo de 1991), p. 6.
- MÉNDEZ, Ángela del Carmen. "Ramón Palomares con respecto a la nostalgia y el tiempo", *El Impulso* (Barquisimeto) (4 de febrero de 1990), p. C-5.
- MIRANDA, Julio. "¿Cuántos son los Palomares?", *El Diario de Caracas* (Caracas) (12 de febrero de 1989), p. 3.
- MONTEJO, Eugenio. "Notas sobre *El reino* de Ramón Palomares", *Separata* (Valencia), N° 2 (1960), p. 13.
- OCANTO CLEMENTE, José. "Ramón Palomares en la poesía", *El Universal* (Caracas), 1975, p. 1-25.
- OLMOS, José. "Paisano de Ramón Palomares", *Cal* (Caracas), N° 30, (1964), p. 8.
- PÁEZ URDANETA, Iraset. "Significado y estructura de *Paisano*", *Imagen* (Caracas), N° 23 (1971), p. 11.
- PAZ CASTILLO, Fernando. "Paisano. Nuevo libro de Ramón Palomares", *El Nacional* (Caracas), 14 de junio de 1964, p. A-4.
- PLÁ Y BELTRÁN, Pascual. "Ramón Palomares. *El reino*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N° 130 (1958), pp. 146-147.
- PARAYMA, Pedro. "De cómo Ramón Palomares nos dice Adiós en su regreso", *Génesis* (Mérida), N° 2 (1975), pp. 44-45.
- PÉREZ-ALENCART, Alfredo. "Para despertar el idioma", *Verbigracia de El Universal* (Caracas), 29-12-2001, pp. 2-3.

- PEROZO NAVEDA, Blas. "Palomares. El rescate de los valores auténticos y la función del artista en una sociedad injusta", *Panorama* (Maracaibo), 1968, p. 9.
- RIVERO, Adhely. "Alegres provincias", *Poesía* (Valencia), N^o 75-76 (1989), pp. 87-89.
- RODRÍGUEZ CARUCCI, Alberto. "La historia en la poesía de Ramón Palomares", *Solar* (Mérida), N^o 2 (1990), pp. 41-44.
- _____. "Ramón Palomares. La otra vertiente poética", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (1^o de diciembre de 1991), p. 4.
- _____. "Otra vertiente de Ramón Palomares", *La Tuna de Oro* (Universidad de Carabobo, Valencia), N^{os} 13-14 (1992), pp. 12-13.
- ROJAS GUARDIA, Armando. "Palomares y el más inocente de los oficios", *Solar* (Mérida), N^o 2 (1990), pp. 39-40.
- ROJAS, Sara. "Sobre poesía dispersa de Ramón Palomares (1955-1985)", *Revista A.P.U.L.A.* (Mérida), N^o 1 (1990-91), pp. 51-53.
- _____. "Alegres provincias o el viaje al silencio", *Frontera* (Mérida) (Suplemento especial de la I Bienal Nacional de Literatura "Mariano Picón Salas"), 1991, p. 7-B.
- _____. "Ramón Palomares: Mérida, elogio a sus ríos", *Solar* (Mérida), N^o 8 (1991), pp. 36-39.
- _____. "La poesía dispersa de Ramón Palomares", *Solar* (Mérida), N^o 12 (1992), pp. 3-10.
- SÁNCHEZ PELÁEZ, Juan. "Ramón Palomares. *El reino*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N^o 136 (1959), pp. 149-150.
- _____. "Ramón Palomares: *Paisano*", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), N^o 166 (1964), pp. 145-146.
- SANOJA HERNÁNDEZ, Jesús. "Ramón Palomares: tuteo con la vida y con la muerte", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (29 de mayo de 1977), p. 1.
- SASSONE, Helena. "Ramón Palomares. *Santiago de León de Caracas*", *Cultura Universitaria* (Caracas), N^o 93 (1966), pp. 213-214.
- SILVA, Ludovico. "*Paisano* de Ramón Palomares o El Imperio de la Luz", *Cal* (Caracas), N^o 31 (1964).
- _____. "Ramón Palomares: *Paisano*", *Panorama* (Maracaibo), 1964, p. 10.
- _____. "Ramón Palomares: venturas y desventuras de un premio", *El Nacional* (Caracas) (8 de marzo de 1975), p. C-1.
- SUCRE, Guillermo. "*El reino* de Ramón Palomares", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas), 21 de agosto de 1958, p. 8.
- VALERO, Salvador. "Canto a Ramón Palomares", *Carlos Contramaestre, Salvador Valero* (Caracas), 1981, pp. 125-126.

- VENEGAS, Pascual. "Ramón Palomares. Premio Nacional", *El Universal* (Caracas) (6 de marzo de 1975), p. 17.
- VILLA, Ermilio. "El amor en Palomares", *Imagen* (Caracas), N° 58 (1969), pp. 6-7.
- VILLAFañE, Juan. "Ramón Palomares", *Máscara* (Buenos Aires), N° 6 (1986), pp. 17-20.
- VOCANTO, CLEMENTE, José. "Ramón Palomares en la poesía", *El Universal* (Caracas) (9 de marzo de 1975), pp. 1-25.
- WISOTZKI, Rubén. "Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares y Rafael Cadenas. La poesía pone a salvo la dignidad del país", *El Nacional* (Caracas) (17 de junio de 2001), p. C-16.
- ZARCOS, Gabriel. "Palomares", *Papel Literario de El Nacional* (Caracas) (29 de junio de 1969), p. 3.

ÍNDICE

VUELTA A CASA

RAMÓN PALOMARES. EXISTIR EN LO INNOMINADO, por Patricia Guzmán	IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XXXVII

EL REINO (1958)

El viajero	9
Saludos	13
Elegía a la muerte de mi padre	16
El monje	19
Errantes	22
El nadador	26
Asuntos del teatro	30
Las comedias y los días	30
Máscaras	34

HONRAS FÚNEBRES (1962)

1. La llegada	39
2. Impresiones	41
3. Exhumación	43
4. Descripción de la ciudad cuando pasa el cadáver	45
5. Las batallas	47
6. Otras naves de compañía	49
7. El navío	51

8. En las cámaras fúnebres	53
9. Un gran sueño	55
10. Llegada del navío a puerto	56
11. A través de la alta montaña	57
12. La ciudad	59

PAISANO (1964)

Juegos de infancia	65
Culebra	65
Un gavilán	66
El sol	67
Patatas arriba en el techo	68
Entre el río	69
De noche	70
En el patio	71
Tierra de nubes	72
El Noche	72
Juan León	73
Huyendo	75
Cazadores	77
Ismael	78
Hermanos	80
Páramo	81
Sol	82
Solita	83
Reseco	84
Gran leyenda	85
Abandonado	85
Abandonado	87
Abandonado	88
Muerte	89
Muerte	90
Muerte	91
Baile	92
Baile	94
Baile	96

SANTIAGO DE LEÓN DE CARACAS (1967)

Diego de Losada	99
I. Borburata de los fantasmas	99
Fundación	99
Con Pedro Reynoso	102
La cruz de Antonio Sedeño	103
Miguel, el de Buría, y los suyos	104
¡Allí está Pedro Ponce!	105
Regreso al sitio de Narváez	106
A brazo partido con Infante	107
Ese día de los caciques mariches	109
Cielos de Barquisimeto	110
Regreso	111
Cuando el venado y el tigre de mar... ..	112
Que tiemblen las culebras enemigas	114
Lago de hombres	115
Así combaten los del humoso bosque	116
La puerta de nuestros dioses	117
Uno de corazón picado	120
Infiernos que traen perros y fuego (Muerte de Guaicaipuro)	121
Porque hasta el aire se ensañó	123
II. El caballero Juan Rodríguez Suárez	124
Ah Guaicaipuro ah Guaicaipuro	124
Nadie arrancará sangre bajo mi capa	126
El valor fue su oficio	129
III. La noche de Ulloa	130
Garcí González de Silva	130
Brindis de Ulloa	131
Paramaconi	132
Francisco Infante	133
El Sitio de Narváez	134
Pascua de abril	135
Vio Paramaconi... ..	136
Habla Garcí González	138
Nuestra población	139
Ulloa se despide	141

IV. Habla la sogá. Muerte de Francisco Fajardo	142
La casa de Cristóbal Cobos	142
Fajardo va derecho a la muerte	144
Ya se acerca	145
El espejo	147
Presagios	148
La comida	149
Transformación	150
¡Agárrenlo!	151
La sogá	153
Morir	154
Los asesinos proceden	155
Acto de matar	156

ADIÓS ESCUQUE (1968-1974)

Pajarito que venís tan cansado	161
Todos los corazones	162
El sietecito está de buenas	162
Diciembre andando por el cielo	164
Ah rigor	165
Las catequistas	166
La niña Rosa habla con sus quimeras	168
Serenata	170
Puerta de golpe	171
Mi madre se despide	171
Despedida de Laurencio	173
Viejo lobo	177
El patiecito	179
Llorando a nuestra madre adoptiva	180
Yo mismo pasando por esta vida	181
De raíz	183
Nativos	183
Pleno verano	185
Abuelos muertos, tías, retías y demás sombras	187
Diablo viejo	188
El alma dándole de beber	188

Con el ánimo bien templada	189
Con los ojos perdidos en tus montañas	190
Viejo diablo	191
El hijo pródigo	191
La caída	194
El jugador	197
Adiós	199
Adiós	199

OTROS POEMAS

Pequeña colina	205
Presente	207
La forastera	208
El reino combatiente	209
Voces en el jardín botánico	211

ALEGRES PROVINCIAS

(UN HOMENAJE A HUMBOLDT) (1988)

Un pequeño barco viaja hacia América... ..	219
--	-----

VUELTA A CASA (1992-2006)

Vuelta a casa	263
Esta historia comienza	263
Vuelta a casa	269
Desandar	270
Mi madre llega al cielo	271
Andamios verdes	272
Más allá del rocío	273
No había riqueza	274
Corazón de la noche	275
Bichito de monte	277
Quimera	279
Quimera	279
Un sueño	281
Ave María	283
Jonás	285

Enfermedades graves	286
El tren de Motatán	287
Travesía y caminos	290
Abrazo en Santa Ana. Carta del pacificador Morillo	290
Soldado	292
Travesía	293
Colonial	295
Elegía 1830	297
El viento y la piedra (1984)	304
Búho	304
Precipicio	305
Arroyo	306
Muro	307
Buey	308
Tabaco	309
Halcón	310
Aguas lustrales	314
Aguas lustrales	314
Prehistoria	315
Despertar	316
Bajos fondos	317
Lobos y Halcones	318
Algunos amigos	321
Hombre de blanco	321
Carlos Contra maestre, el alquimista	323
A don Mariano Picón Salas	325
Fray Luis sobrevuela Salamanca	326
Agustín Codazzi en las alturas	328
Musa y olvido	330
Musa y olvido	330
Nerudiana	332
Miriam de Boconó	333
El vientecito suave del amanecer con los primeros aromas (1969)	334
1	334
2	336

6	337
8	338
12	339
13	340
Siderales	341
Umbrales ocultos	341
Aquí y ahora	343
Los siglos venideros	344
Muerte del sol	346
Canción	347
CRONOLOGÍA	353
BIBLIOGRAFÍA	371

TÍTULOS PUBLICADOS DE POESÍA LATINOAMERICANA

- 2
PABLO NERUDA
Canto general
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría
- 58
CÉSAR VALLEJO
Obra poética completa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Enrique Ballón
- 73
JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García
- 120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco
- 122
VICENTE GERBASI
Obra poética
Selección y prólogo:
Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo
- 131
HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA
Obra poética
Prólogo, cronología y bibliografía:
Ana María Del Re
- 172
PABLO ANTONIO CUADRA
Poesía selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Jorge Eduardo Arellano
- 188
LEÓN DE GREIFF
Obra poética
Selección y prólogo:
Cecilia Hernández de Mendoza
Cronología y bibliografía: Hjalmar de Greiff
y Cecilia Hernández de Mendoza
- 205
OLGA OROZCO
Obra poética
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Manuel Ruano
- 207
LUIS CARLOS LÓPEZ
Obra poética
Selección, prólogo y cronología
y bibliografía: Guillermo Alberto Arévalo

212

GONZALO ROJAS

Obra selecta

Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Marcelo Coddou

214

ANDRÉS ELOY BLANCO

Poesía

Selección y prólogo: Domingo Miliani
Compilación del apéndice, cronología
y bibliografía: Rafael Ángel Rivas Dugarte

219

FRANCISCO LAZO MARTÍ

Poesía

Selección: José Ramón Medina
y Carlos César Rodríguez
Prólogo y cronología:
Carlos César Rodríguez
Bibliografía: María Beatriz Medina
y Carlos César Rodríguez

225

JOSÉ CORONEL URTECHO

Oda a Rubén Darío. Poemas selectos

Prólogo: Cintio Vitier
Selección, cronología y bibliografía:
Víctor Rodríguez Núñez

228

JOSÉ MARÍA EGUREN

Obra poética. Motivos

Prólogo, cronología y bibliografía:
Ricardo Silva Santisteban

Este volumen, el CCXXXIII de la Fundación Biblioteca Ayacucho, se terminó de imprimir el mes de noviembre de 2006, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela.

En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva de la familia tipográfica Simoncini Garamond, tamaños 9, 10, 11 y 12.

En su impresión se utilizó papel Hansa mate 60 gr.

La edición consta de 3.000 ejemplares
(500 empastados y 2.500 en rústica).

PATRICIA GUZMÁN

(Venezuela, 1960). Poeta y crítica literaria. Doctora en Literatura Hispanoamericana (París, 2000). Coordinadora de suplementos literarios en la prensa venezolana y colaboradora en revistas especializadas nacionales y extranjeras. Autora de los poemarios: *De mí, lo oscuro* (1987); *Canto de oficio* (1997); *El poema del espeso* (1999); *La boda* (2001); *Con el ala alta. Obra poética reunida 1987-2003* (2004); y compiladora de *Yo, el otro* (1992, autobiografías apócrifas).

VÍCTOR BRAVO

(Venezuela, 1949). Ensayista, crítico e investigador literario. Doctor en Literatura Iberoamericana (2001). Autor de los libros: *Cuatro momentos de la literatura fantástica en Venezuela* (1986); *Los poderes de la ficción* (1987); *José Antonio Ramos Sucre: poeta del mal y el dolor* (1996); *Rostros de la utopía* (1998) y *Terrores de fin de milenio* (1999), entre otros.



Portada: Detalle de *Tejedora de nubes* (1956) de Manuel Quintana Castillo (1928).

Óleo sobre tela, 144 x 99 cm.

Colección Fundación Museos Nacionales
Galería de Arte Nacional. Caracas, Venezuela.

Reproducción fotográfica: Alain Ocaña.

Ramón Palomares

VOZ EXTRAÑA Y SENCILLA destinada a ensanchar el horizonte de la poesía venezolana y a resonar en las dos orillas del Atlántico. Extraña en virtud del acento profético, cabalístico y mágico que el poeta le imprime. Y sencilla, porque el arduo trabajo lingüístico al que se entrega Ramón Palomares, en pos de la reconstrucción del universo a través del lenguaje, parte de su necesidad de nombrar su lar, su paisaje primigenio –y lo primigenio y esencial que se revela en las voces que arrastra el viento entre los pueblos andinos de Venezuela.

Esta antología supone el regreso del poeta sobre sus propios pasos, tras la idea de entregar a los lectores “algo más que otra antología” y, en consecuencia, integrar un conjunto de poemas, fechados en distintos años y concebidos en la más total libertad de espíritu, con el entusiasmo de celebrar la belleza de la sonoridad de las palabras y las ilimitadas posibilidades expresivas que se derivan del encuentro entre la palabra escrita y el sonido que el poeta intenta traiga ésta.

Lo diminuto pleno comparece destellante en la poesía de Palomares y se suma a los rasgos que le han ganado un lugar único en la órbita de la poesía hispanoamericana. Lo diminuto pleno de latencias de lo que está por ser, de lo por nacer y perecer al unísono, le “llaman”, arroban los ojos de su corazón y retumban en su alma porque él tiene la facultad para lograr que al interior de cada verso aún lo más pequeño y ordinario se recubra de enigma y maravilla, y el sólo hecho de verlos pase a justificar la vida.

Patricia Guzmán

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

ISBN 980-276-433-7



789802 764334

Colección Clásica